



A.R.L.1.5.48.40

194274

R
8574

X

Amplio

NO SE PRESTA

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000340420

LA FABIOLA.
ROMANCE HISTORICO
COMPUESTO POR EL
EMINENTISIMO CARDENAL WISEMAN.
Y TRADUCIDO
DE UN EXTRACTO ITALIANO
POR EL R. P.

Fr. Sebastian Perez,

CATEDRÁTICO DE SAGRADA TEOLOGIA EN EL
SEMINARIO CONCILIAR DE LOGROÑO.



**Gobierno
de La Rioja**

Educación, Cultura y
Deporte

LOGROÑO Dirección General de
Cultura

Imprenta de D. Domingo Ruiz

Biblioteca de La Rioja

1858.

LA FABIOLA

CAPITULO 1.

LA CASA CRISTIANA.

SI el lector se halla dispuesto á acompañarnos, iremos á dar una vuelta por las calles de Roma del mes de Setiembre del año 302. El sol ha bajado, y dentro de dos horas se pondrá. El cielo está trasparente y despejado, la atmósfera ha refrescado, y una porcion de gente empiezan á salir de sus casas, encaminándose unos á los jardines de César, y otros á los de Salustio, para disfrutar del paseo y averiguar que noticias corren.

La parte de la ciudad á donde deseamos conducir á nuestro amigo lector, es la designada y conocida con el nombre del Campo de Marte, que comprendia el espacioso llano formado de tierras de acarreo entre las siete colinas de la antigua Roma y el rio

Tiber. Este ámbito, que en los tiempos antiguos era un campo descubierta, por estar destinado á los ejercicios atléticos y militares del pueblo, comenzó ya antes de la conclusion del periodo republicano, á ser invadido por algunos edificios públicos.

Pompeyo habia construido en él su teatro, y Agripa el panteon y los baños adyacentes; poco á poco fué al fin ocupado por casas particulares, mientras que las colinas que eran en la primera época del imperio el distrito aristocrático, se apropiaron á mas vastas construcciones. Así el monte palatino, despues del incendio de Neron, se hizo casi demasiado estrecho para la residencia Imperial, y el circo Máximo que con ella lindaba. El Esquilino fué usurpado por los baños de Tito levantados sobre las ruinas de la Casa Dorada, y el Aventino por los de Caracalla: en el periodo de que vamos á tratar, el emperador Diocleciano. está cubriendo un terreno en cuyo recinto habrian cabido varios palacios, con sus termas ó baños calientes sobre el Quirinal, no lejos del jardin de Salustio que acabamos de mencionar.

El sitio particular á donde ahora conducimos nuestros pasos, se halla en el campo de Marte y en una situacion tan especial,

que podemos describirle con tal exactitud, que desde luego le reconocerá cualquiera á quien no sea estraña la topografía de la antigua ó de la moderna Roma. Durante el gobierno republicano existia en el campo de Marte un ancho espacio cuadrado, rodeado de tablas, y dividido en cajones y jaulas donde se celebraban los *comicia* ó reuniones de las Tribus para votar. Llamábase el *septa* ú *ovile* por su semejanza á un rédil. Augusto llevando á cabo el plan descrito por Ciceron en una de sus cartas á Attico, transformó esta tosca armazon en una magnífica y sólida fábrica. La *septa Julia*, como se la llamó despues, era un pórtico suntuoso de 1,000 pies de fachada y 500 de profundidad, sostenido por columnas y adornado de pinturas. Aun existen sus ruinas, por las que ver se puede ocupaba el terreno que cubren hoy á lo largo del Corso, los palacios de Doria y Veraspi, el colegio Romano, la iglesia de S. Ignacio y el oratorio de Carabita.

La casa á donde invitamos á nuestro lector que entre con nosotros está precisamente en frente y al lado oriental de este edificio, incluyendo en su área la iglesia dedicada en el dia á S. Marcelo, y estendiéndose por detrás hasta el pié de la colina Quiri-

nal. Como se advierte, encierra una considerable porcion de terreno, á la manera que lo hacian las antiguas casas nobles romanas; por defuera su aspecto es desnudo y triste, porque sus paredes poco altas, carecen de adornos arquitectónicos, y presentan apenas una que otra ventana. En medio de uno de los lados de este cuadrilátero se encuentra una puerta en *antis*, es decir, formada tan solo por un *hispanum* ó cornisa triangular sostenidas por dos medias columnas. Prevaliéndonos de nuestro privilegio de antores de imaginacion, de trasladarnos sin ser vistos á todas partes, pasaremos adelante con nuestro amigo ó sombra. Atravesando el pórtico, sobre cuyo pavimento leemos con gusto embutido en mosaico el afectuoso *salve ó seas bien venido*, nos encontramos ya en el *atrium* ó primer patio de la casa, rodeado por una galería de columnas.

En el centro del pavimento de mármol brota una fuente derramando suavemente un chorro de agua pura, conducido de las colinas tusculanas por el acueducto de Claudio; y alternativamente elevándose y bajando, cae en una ancha taza de mármol rojo, sobre cuyos cantos rebosa en afelpadas hondas, y antes de llegar al mas ancho receptáculo inferior, salpica con una menuda lluvia las

CAPÍTULO II.

El hijo del mártir.

Es un gallardo mancebo, notable por su gracia, su viveza y su candor; atraviesa el atrio y se dirige con tan ligeros pasos al interior, que apenas nos deja tiempo de bosquejarlo. Tendrá como catorce años, pero es muy alto para su edad; y su porte es tan varonil como son sus movimientos elegantes: su cuello desnudo y sus miembros se han desarrollado bien, merced al continuo saludable ejercicio que hace: su fisonomía revela un corazón franco y sensible; y en su elevada frente, al rededor de la cual ondean los castaños naturales rizos de su cabellera se lee claramente su inteligencia. Viste la corta *prætexta*, que es el trage que usan los jóvenes, y que solo le llega hasta un poco mas abajo de la rodilla, llevando colgada al cuello la *bullæ* ó esfera hueca de oro; un lio

de rollos de papeles y pergaminos que le trae el criado que le sigue, indican que regresa de la escuela.

Mientras le hemos estado delineando, ha recibido un abrazo de su madre á cuyos pies se sienta. Contéplale allí ella un rato en silencio por descubrir en su semblante la causa de su tardanza, pues ha entrado una hora mas tarde que los demás dias. Pero él responde á esas miradas con una espresion tan franca y una sonrisa tan inocente, que desvanecida al momento toda sombra de duda, le dice:

—«¿Porqué has tardado tanto hoy, hijo mio? ¿te ha sucedido algo desagradable en el camino? Espero que no.

—Nada, dulcísima madre, te lo aseguro. Al contrario, todo ha sido agradable; y tanto, que apenas me atrevo á contarlo.»

Una sonrisa suplicatoria arrancó al expansivo niño una deliciosa carcajada, y continuó:

Pues bien: creo que tendré que hacerlo. Ya sabes que no soy feliz, ni puedo dormir contento cuando no te he referido lo bueno y lo malo, que he hecho durante el dia. La madre volvió á sonreirse, sin acertar á discurrir que seria lo malo. He leído, que los Escitas metian todas las noches en una urna

una piedrecita, ya blanca, ya negra, segun habia sido dichoso ó desgraciado para ellos el dia; si yo hiciera lo mismo, seria para recordar en blanco ó en negro los dias en que he tenido ó no motivo de referirte todo lo que he hecho. Hoy sin embargo vacilo y me asalta el escrúpulo de si deberé ó no referirtelo todo.»

¿Sería porque el corazon de la madre latiese mas rápidamente agitado por una primera zozobra, ó porque leyera en sus miradas una mas tierna solicitud, por lo que el jóven cogiéndole la mano, se le aproximó á los labios? Y continuó.—

No tengas cuidado, querida madre, tu hijo nada ha hecho que pueda afligirte. Dime, si quieres saber todo lo que me ha acontecido hoy, ó solamente la causa porque me he detenido.

Dímelo todo, Pancracio, contestó ella; pues nada de lo que te concierne puede serme indiferente.—

—Así lo haré. Este dia que era el último de mi asistencia á la escuela, ha sido singularmente favorecido, pero lleno de estraños incidentes. En primer lugar obtuve el premio de la declamacion, que nuestro buen maestro Casiano nos señaló para la tarea de la mañana, y esto condujo como luego oirás,

á ciertos descubrimientos singulares. El asunto era que *el verdadero filósofo debe estar siempre dispuesto á morir por la verdad.*

Jamás he oído cosa mas fría é insípida, (no creo que hago mal en decirlo) que las composiciones de mis condiscípulos. No es culpa suya, ¡pobres muchachos! ¿Qué verdad pueden ellos conocer ni que instinto tener para morir por sus falsas opiniones? pero á un cristiano, ¡cuántas deliciosas ideas le sugiere ese tema! Así me sucedió: mi corazón se inflamaba y mi corazón ardía al escribir mi ensayo, lleno de las lecciones que de ti he recibido, y de los ejemplos que tengo en casa por todas partes á la vista. El hijo de un mártir no podía sentir de otro modo. Pero, cuando me tocó la vez de leer mi declamación, por poco me descubren mis afectos. En el calor de la recitación la palabra *cristiano* brotó espontáneamente de mis labios en vez de la de *filósofo*, y la de *fe*, en lugar de la de *verdad*. Cuando incurrí por primera vez en esta equivocación, noté que Casiano hizo un movimiento involuntario de sorpresa; la segunda vez, vi desprenderse de sus ojos una lágrima al inclinarse hacia mí afectuosamente diciéndome en voz muy baja: «cautéla, que te están escuchando oídos muy listos, hijo mio.»

—¡Con que Casiano es tambien cristiano! interrumpió la madre. Cuando te envié á su escuela, me indujo á ello la reputacion que goza de sabiduría y moralidad; ahora doy gracias á Dios por haberla preferido. Pero en estos tiempos de peligro y de zozobra, nos vemos precisados á vivir como estraños sin conocer ni aun de vista á nuestros hermanos. Ciertamente, si Casiano hubiera manifestado su creencia, bien pronto habria quedado su escuela vacía. Pero prosigue, hijo de mi alma, ¿eran fundados sus recelos?

—Temo que si: porque cuando todos mis condiscípulos, que no habian parado la atencion en mis dos equivocaciones, aplaudian estrepitosamente mi sentida declamacion, reparé en los negros ojos de Corvino que me miraba con ceño, y se mordía de cólera los labios.

—¿Y quién es ese Corvino, hijo mio, y porqué se mostraba tan irritado?

—Es el de más edad y el más robusto, pero el mas negado de todos los muchachos de la escuela; mas eso no es culpa suya. Me ha tenido siempre una ojeriza y una mala voluntad, cuya causa no acierto á adivinar.

—¿Y te dijo, ó te hizo algo?

—Si; y ese fué el motivo de mi detencion. Al salir de la escuela y entrando ya en el

campo cerca del río, se dirigió á mí con gesto insultante, y me dijo en presencia de todos mis compañeros:—«Ven acá Pancracio, Tengo entendido, que hoy es la última vez que nos vemos *aquí* (apoyando sobre esta palabra con un énfasis particular); pero tenemos antes que ajustar una larga cuenta; te has complacido en hacer alarde en la escuela de tu superioridad sobre mí y otros mayores, que valen mas que tú. No se me han pasado por alto las miradas altaneras que me lanzabas al arrojar por la boca tu inchada declamacion, ni ciertas espresiones que pagarás bien caras y bien pronto. Mi padre, ya lo sabes, es Prefecto de la ciudad, (la madre se estremeció ligeramente), y se está preparando algo que podrá tocarte. Antes de que nos separemos estoy decidido á vengarme de tí. Si eres digno del nombre que llevas y no es una palabra vana, principiemos un combate mas propio de hombres que el del estilo ó las tablillas. Ven á luchar conmigo brazo á brazo ó con el cinto. Me estoy deshaciendo por humillarte como mereces, en presencia de estos testigos, de tus insolentes triunfos.

La inquieta madre respirando apenas, é inclinándose hacia él para no perderle una palabra, exclamó:

—Y tú hijo mio qué le contestaste?

—Le dije sin alterarme, que se equivocaba mucho; porque jamás habia hecho á sabiendas, cosa alguna que pudiese incomodarle á él ni á mis condiscípulos, y que ni por sueños se me habia ocurrido arrojar mi superioridad sobre ellos; y en cuanto á lo que me propones, Corvino, sabes muy bien que siempre he rehusado esos juegos, que principian por no ser mas que un ensayo de destreza, y terminan en riña encarnizada, ódio y sed de venganza. ¿Cómo quieres que acepte ahora, precisamente cuando tú mismo proclamas que quieres principiarlos con esos mal intencionados sentimientos con que generalmente concluyen? Mis compañeros se habian entre tanto colocado en círculo al rededor nuestro, y desde luego conocí que se habian declarado contra mí, porque gustaban divertirse presenciando uno de esos inhumanos pasatiempos. Así que, á Dios, camaradas, (añadí cordialmente) felicidades; me despido de vosotros en paz. —No tan pronto, exclamó Corvino, el rostro todo encendido de ira.

Al llegar aquí, el semblante del jóven se cubrió de púrpura, balbuceó, tembló de arriba á abajo, y casi ahogado y sollozando prorrumpió: ¡Madre mia, no puedo conti-

nuar, no me atrevo á referirte lo demás.

—Por amor de Dios, por la memoria de tu padre te ruego, «dijo la madre colocando la mano sobre la cabeza del niño;» que no me ocultes nada, mira que no volveria á gozar de un momento de sosiego, si no me lo cuentas todo. » ¿Qué mas te dijo ó te hizo Corvino?»

—El muchacho recobrando su serenidad despues de una corta pausa, y á favor de una oracion secreta continuó:

«No tan pronto, exclamó Corvino, no te escaparás de esa manera, cobarde, adorador de la cabeza de un asno. Nos has ocultado donde vives, pero yo lo averiguaré; entre tanto, toma esta memoria de mi firme propósito de vengarme. Y al decir así, me dió una bofetada tan recia, que me hizo titubear y casi perder el sentido, mientras que los muchachos que nos rodeaban aplaudian vociferando con salvaje alegría.»

Rompió aquí el jóven en abundante llanto, y aliviado con él del peso que le oprimia el corazon siguió diciendo:

«¡Con qué furor me hirvió entonces la sangre! El corazon se me partia, y me pareció oir una voz que escarneciéndome no cesaba de repetirme: «Cobarde, cobarde,» al oido. Era sin duda algun espíritu infernal. Sin embargo, me sentia con fuerzas bastan-

tes, y la cólera las triplicaba para asir de la garganta á mi injusto agresor y derribarle sin aliento. Figurábaseme escuchar ya los aplausos celebrando mi victoria, y los silvidos dirigidos á él. Duro fué mi combate interior. Dios no permita que vuelva á verme en mi vida espuesto á otro tan terrible.»

—Y qué hiciste, hijo de mi alma? suspiró llena de ansiedad la trémula madre.

—Mi ángel guardian postró al demonio tentador. Acordeme de nuestro divino maestro cuando en casa de Caifas se vió rodeado de enemigos á cuyos insultos oponia, perdonándolos, su paciencia y mansedumbre. ¿Qué otra cosa podia hacer mas que imitar su ejemplo? Alargué la mano á Corvino, diciéndole: «que Dios te perdone, como de todo corazon te perdono yo, y te colme ademas de bendiciones!» Casiano, que habia presenciado de lejos el lance, acudió en aquel momento y los muchachos se dispersaron huyendo. Roguele por nuestra creencia comun, ya reconocida y confesada entre ambos, que no persiguiese á Corvino por lo ocurrido, y así me lo prometió. Y ahora, dulcísima madre, murmuró el jóven con blando y modesto acento reclinándose sobre su seno. «¿no crees que tengo razon al llamar dichoso este dia?»

CAPITULO III.

La consagracion.

EN tanto que así platicaban habia principiado á anochecer. Una criada anciana, que entró sin que la sintieren, y encendió las lámparas colocadas en candelabros de mármol y de bronce, se retiró lentamente. La brillante claridad que de improviso despidieron, iluminó el grupo enagenado de la madre y del hijo, que permanecian en silencio, despues que la santa matrona Lucina habia contestado á la última pregunta de Pancracio, tan solo imprimiendo un beso en su encendida frente. No era emocion de madre la que agitaba su pecho únicamente; ni el inefable que una madre experimenta cuando habiendo imbuido á su hijo en ciertos principios sublimes de difícil observancia, le ve espuesto á la ardua prueba y salir de ella noblemente vencedor. Ni era tampoco la satisfaccion de tener por hijo á uno dotado de tan heróicas virtudes: pues con mayor fundamento que la madre de los Gracos al presen-

tar sus hijos á las maravilladas matronas de la republicana Roma, como sus únicas joyas, podia esta madre cristiana vanagloriarse del que habia educado para la iglesia.

Otro afecto mas profundo, ya que no diga mas sublime, era el que en aquel momento la dominaba; habia llegado el periodo aguardado ansiosamente por ella muchos años hacia; la hora suprema, por cuya aparicion habia dirigido al cielo sus oraciones con maternal fervor. Mas de una madre piadosa ha consagrado su hijo desde la cuna á la mas santa y noble profesion que se conoce en el mundo; ha orado y suspirado por poder llegar á verle, primero un casto Levita, y mas tarde un santo sacerdote en el altar; ha estado espiando con incansable vigilancia sus naciescentes inclinaciones, y ha procurado dirigir suavemente sus primeros pensamientos hácia el santuario del Señor. Y cuando este hijo era único, como Samuel lo era de Ana, aquella consagracion, desprendiéndose de cuanto mas tiernamente ama, merece bien calificarse como acto de heroismo. ¿Y cómo ensalzar bastante aquellas matronas de la antigüedad á una Felicitas Sinforsosa, ó á la madre sin nombre de los Macabeos, que ofrecieron y entregaron á sus hijos, no á uno, sino á muchos, y aun to-

dos, para que fuesen mas que sacerdotes, víctimas devoradas por la hoguera?

Un pensamiento de esta especie era el que en aquel momento ocupaba el corazon de Lucina, la cual cerrando los ojos, y en estático recogimiento, lo elevaba hacia Dios, pidiéndole fortaleza. Bien que se creyese llamada hacer el generoso sacrificio de lo que le era mas caro en la tierra, y lo que hubiera muy de antemano previsto y deseado, no le era dado alcanzar el mérito de tamaña abnegacion sin experimentar agudismo dolor. ¿Y qué pasaba entre tanto por la mente del jóven que tan silencioso y absorto se ponía? No era por cierto la vision de algun eminente puesto á que se imaginase destinado, ni la de la venerable basílica que habia de ser tan diligente y frecuentemente visitada 1,600 años despues por el anticuario y el devoto peregrino, y daria su nombre que continuará poseyendo, á la inmediata puerta de la ciudad de Roma. Ni se presentaba á su imaginacion la Iglesia que se edificaria en honra suya en los siglos de la fe á orillas del lejano Támesis; y que aun despues de su profanacion seguiria siendo tan preferida para lugar de sepultura por los devotos, fieles aun á su querida Roma.

Ni presagiaba que el Papa Honorio I. co-

locaria un dosel ó *ciborium* de plata del peso de 287 libras sobre la urna de porfido que encerraria sus cenizas. Ni en fin la certidumbre anticipada de que su nombre se incluiria en todos los martirologios, y su imagen coronada de gloria, se veneraria en muchos altares en memoria del niño mártir de la iglesia primitiva. Pancracio era un jóven cristiano, candoroso, acostumbrado como á cosa corriente á cumplir con los mandamientos de Dios, y observar los preceptos de su santo evangelio; y estaba contento aquel dia, porque habia llenado su deber en circunstancias de terrible prueba. Ni el orgullo, ni la vanagloria entraban para nada en sus reflexiones, pues de otro modo su comportamiento habria dejado de ser heróico.

Cuando deponiendo sus serenos pensamientos y saliendo de su meditacion levantó los ojos, en la claridad que iluminaba con nuevo y vivo esplendor el aposento, se le presentó el rostro de su madre, la cual le estaba mirando con una espresion de magestad, y de ternura que no se acordaba haber notado en ella jamas. Era la de un ser casi inspirado: su semblante el de una aparicion del cielo, y sus miradas las que se figuraba podrian ser las de un ángel. Estasiado y sin advertirlo habia variado de pos-

tura y se habia arrodillado delante de ella. ¿No era ella, quien como un espíritu encargado de su custodia lo habia servido de escudo contra todo mal? ¿No fiera justo que la acatase como la santa, cuyas virtudes le habian servido de modelo desde la infancia? Lucina rompió el silencio, y en tono grave y con visible emocion.

—«Hijo mio, le dijo, llegó por fin el dia, por el que tan sinceramente he clamado en mis oraciones, por el que tan de lo hondo de mi corazon he suspirado. Con solícita vigilancia he estado espiando en tí el desarrollo del germen de cada virtud cristiana, dando mil gracias á Dios cuando han principiado á despuntar. He notado tu mansedumbre, tu amor á Dios y á sus criaturas. He visto con gozo tu fé viva, tu indiferencia por las cosas mundanas, y tu compasion á los pobres. Pero he estado aguardando con ansiedad la hora que me patentizase si te bastaria ó no para contentarte la modesta creencia de las escasas virtudes de tu madre, y si eras el digno heredero de las mas nobles prendas de tu padre el mártir. Esa hora, loado sea el señor, ha llegado.—

—¿Y qué he hecho para que así se haya cambiado ó mejorado el concepto en que me teniais? preguntó Pancracio.

—Escúchame; me parece que este día que era el último de tu asistencia á la escuela, se ha dignado el señor darte una lección, que vale por todas las que en ella hayas recibido, revelando al propio tiempo, que ya debes deponer el carácter de muchacho, y comenzar á ser tratado como hombre, puesto que sabes pensar y espresarte, y lo que mas es, conducirte como tal.

—¿Qué es lo que quieres decir, madre mia?

—Lo que me has referido de tu declamación esta mañana, contestó Lucina, evidencia lo lleno que estaba tu corazón de nobles y generosos sentimientos. Eres demasiado sincero y demasiado honrado para escribir y espresar con tanto fervor, que es un glorioso deber el morir por la fe, si no lo hubieras creído y sentido así.

—Y así lo creo y lo siento en verdad, exclamó el jóven. ¿Qué mayor dicha puede un cristiano apetecer en la tierra?

—Dices muy bien, hijo mio, continuó Lucina, pero yo deseaba que tus hechos confirmasen tus palabras. Lo que te aconteció despues, me ha probado que no solo eres capaz de sufrir el dolor físico con intrepidez y paciencia, si no lo que ha debido ser mas duro para un patricio, la desgarradora ignominia de un deshonroso bofeton y las in-

sultantes burlas y miradas de una turba desapiadada. Has hecho mas: has mostrado, que tienes bastante fortaleza para perdonar á tu enemigo, é implorar además por él. Hoy has subido hasta las elevadas sendas de la montaña con la cruz acuestas; un poco mas, y sentarás el pié sobre su cumbre. Te has portado como verdadero hijo del mártir Quintino. ¿Quiéres asemejarte á él?—

—Madre, madre mia, querida, dulcísima madre, interrumpió agitado el jóven: ¿puedo ser hijo suyo, y no ansiar parecerme á él? Aunque no he tenido la fortuna de conocerle, ¿no he tenido siempre su imágen presente? ¿No ha sido su recuerdo la gloria de mis pensamientos? Cuando todos los años hacemos conmemoracion de él, como de uno de los que vestidos de blancas túnicas componen el ejército que rodea al cordero, en cuya sangre ha bañado su vestidura, ¡con qué transporte de alegría he celebrado su triunfo! ¡Cuánto he rogado de lo mas íntimo de mi alma, que impetres para mí, no nombradía ni distinciones, ni riquezas, ni goces mundanos; sino que la única cosa que de él queda en el mundo, sea empleada del modo mas útil y honroso para su hijo y mas glorioso para Dios.

—Y qué cosa es esa, hijo mio?

Su sangre, respondió el jóven, que todavía corre por mis venas, y solo por ellas. Estoy persuadido, que debe desear que *esa sangre* como la que por la suya circulaba, se vierta tambien por amor á su redentor y en testimonio de su fé.—

—Basta, basta, hijo mio, exclamó la madre agitada por una santa emocion. Quítate del cuello ese símbolo de la juventud; porque te guardo otra insignia mejor.

Pancracio obedeció, y se descolgó la *bu-lla* de oro.

Has heredado de tu padre, sigue diciendo la madre en tono aun mas solemne, nobleza, posicion elevada, opulencia y cuantas ventajas ofrece el mundo. Pero de tu herencia he puesto á un lado un tesoro hasta que te hicieres acreedor á él. Lo he escondido de tí hasta ahora, aunque le aprecio en mucho mas que oro y joyas: ya es tiempo que te lo devuelva.

Esto diciendo, se quitó con trémula mano la cadena que llevaba al cuello, y de la cual pendia un saquito ricamente bordado, salpicado de piedras preciosas. Abrióle y estrajo de él un pedazo de esponja seca, pero muy manchada.

Esta tambien, Pancracio, es la sangre de tu padre, dijo con voz apagada y bañados

en llanto los ojos. Yo misma la recogí al salir de la herida mortal, cuando disfrazada me puse á su lado y le ví morir en medio de los sufrimientos que por Jesucristo recibia.»

Contemplola un instante enternecido, la besó fervorosamente, y sus lágrimas cayendo sobre ella, la volvieron á humedecer, y la hicieron recobrar la apariencia primitiva, como si acabara de brotar del corazón del mártir.

La santa matrona la aproximó á los trémulos labios del jóven, que el santificante contacto enrojeció. Intimamente conmovido por los afectos del hijo y del cristiano, veneró la sagrada reliquia y sintió como si el espíritu de su padre le hubiese penetrado y agitado hasta lo mas profundo de su corazón, para que el fluido que contenia corriese mas libremente. Parecióle que toda la familia se hallaba otra vez reunida. Lucina colocó el tesoro en su relicario, y lo colgó al cuello de su hijo diciéndole: Cuando vuelva á ser humedecido, que sea por un manantial mas noble que los ojos de una debil muger.» Pero el cielo que la veia, no pensaba lo mismo. Y el futuro campeón fue ungido, y el futuro mártir fue consagrado con la sangre del padre mezclada á las lágrimas de la madre.

CAPITULO IV.

La herida.

MIENTRAS que en casa de Lucina pasaban estas tiernas escenas que hemos descrito en los capítulos anteriores, tenia lugar una bien diferente en otra casa de Roma, situada en el valle que separa el Quirinal del Esquilino. Pertenecia ésta á Fabio, caballero riquísimo, como lo manifestaban la suntuosidad y el esplendor de su palacio, dividido en tres peristilos en que á porfia brillaban los tesoros de las artes Europeas con las mas esquisitas producciones del lujo oriental.

Fabio era uno de aquellos epicureos romanos, que no pensaba sino en gozar de todas las comodidades y placeres de esta vida, sin ocurrírsele siquiera que pudiera haber otra. Aunque no creia en Religion alguna, no por esto dejaba de venerar exterior-

mente todas las divinidades del paganismo. Pasaba la mayor parte del día en los baños ó termas; de estos se trasladaba al Foro para oír perorar algún orador ó arguir á algún abogado; ó bien se dirigia á alguno de los muchos jardines públicos donde se reunian los caballeros romanos: cuando se hacia tarde, regresaba á su casa, donde le aguardaba una opipara cena, celebrada siempre con algunos convidados elegidos entre sus amigos ú otros parasitos atraídos por el aliciente de una buena mesa. En casa era bondadoso é indulgente con la multitud de esclavos que poseia, dejando el manejo y cuidado de todo á sus libertos.

Pero no es verdaderamente Fabio el que queremos dar á conocer á nuestros lectores; es otra persona, á quien Fabio ama como las pupilas de sus ojos, y única heredera de sus cuantiosas riquezas: es la hija de Fabio que segun la costumbre de Roma, lleva el nombre del padre, pero dulcificado con el diminutivo de Fabiola.

Una escalera de mármol conduce al segundo piso del palacio donde está la habitacion de Fabiola, llena por uno y otro lado de multitud de aposentos, que terminan todos en una azotea, hermoseada con una fresca y graciosa fuente, y enriquecida con

toda clase de plantas raras y exóticas. En esta habitacion se hallan cuantas producciones esquisitas y curiosas ha creado el ingenio de los artistas romanos y estrangeiros: todo se halla distribuido con tan hermoso orden y elegancia, que manifiesta el gusto mas fino de la noble doncella á quien pertenecen.

Aproximándose la hora de la cena, Fabiola está preparando sus atavios para presentarse en la mesa con el esplendor que la corresponde. En el momento á que nos referimos, Fabiola está recostada sobre un lecho con embutidos de plata, trabajado en Atenas, en un gabinete del estilo cizeno, es decir, con ventanas de cristal que bajan desde el techo al pavimento y se abren sobre la florida azotea. Mirábase á un grande espejo de cuerpo entero que estaba colgado en la pared opuesta: á su lado sobre una mesa de porfido, se ve una coleccion de cien frasquitos de aromas, perfumes, y toda clase de esencias á que eran tan aficionadas las damas romanas, y en cuya compra empleaban cuantiosas sumas. Sobre otra mesa de palo de sándalo de la India se veian brillar ricas y variadas joyas, perlas y otros dijes.

No intentamos hacer aqui una descrip-

cion de las facciones y belleza de nuestra heroína; si solamente de sus dotes y cualidades morales. Fabiola que en este tiempo se hallaba en la florida edad de veinte años, á ninguna otra cedía en hermosura y riquezas, y era obsequiada de muchos jóvenes que ambicionaban su mano. En la índole y caracter era el reverso de su padre. Orgullosa, altanera, imperiosa y colérica, ostentábase como una Emperatriz en derredor de su pequeño mundo que gobernaba, y con pocas excepciones á todos hacia sentir el yugo de su tiranía. Hija única y huérfana, pues habia perdido á su madre al nacer, habia sido criada con excesivo mimo por su indolente padre. Instruida por los mejores maestros, habia adquirido todas las artes y doctrinas propias de las mas ilustres damas romanas; pero abandonada asi misma, y no habiendo sido jamás contrariada en sus gustos por su indulgente padre, jamás habia sabido refrenar una pasion, un capricho, ó mala inclinacion: afortunadamente, la nobleza y elevacion de su alma la habian librado de caer en aquellos vicios, á que una educacion tan descuidada hubiera arrastrado á personas mas vulgares. Su pasion eran los libros; habia leído mucho, especialmente de filosofia, en cu-

yas profundas especulaciones encontraba su espíritu un alimento agradable, dando la preferencia á la escuela del epicureismo refinado intelectual é incrédulo, que á la sazón estaba en voga en Roma. Del cristianismo no tenía mas que una idea vaga y confusa, como de una secta material, grosera y vulgar, tanto, que según ella, no valía la pena de ocuparse de ella, ó investigar sus fundamentos. En cuanto al paganismo, aunque esteriormente observaba sus ceremonias, interiormente se burlaba de sus dioses, de sus vicios, de sus fábulas y de su idolatría. Nada creía mas allá de esta vida: así que no pensaba sino en gozar de sus placeres. Aborrecía sin embargo la perversidad de la sociedad pagana, y aunque exigía de los jóvenes que la obsequiaban la servidumbre de sus humillaciones, se burlaba de sus frívolas adulaciones. Así conservaba sin tacha su conducta, y dejaba hablar á los que le trataban de egoísta y desdeñosa.

Ya está Fabiola recostada, como decíamos, en un hermoso sofá, dispuesta á adornarse ó por mejor decir á que la ataviasen las tres esclavas que están á su servicio. Tiene en la mano izquierda un espejo de plata, mientras que con la derecha maneja una arma verdaderamente estraña para tan delicada

mano, pues era una pequeña daga puntia-
guda con puño de marfil primorosamente
cincelado con una argolla de oro para sos-
tenerlo; arma favorita de las damas roma-
nas con que castigaban á sus esclavas, ó de-
sahogaban la ira que la mas ligera contra-
dicion les causaba.

Las tres esclavas ocupadas en vestir á
Fabiola son de tres razas diferentes, com-
pradas á gran precio, ya sea por su agra-
dable presencia, ya sea por alguna rara ha-
bilidad en que cada una se aventaja. La una
es negra; pero de aquellas razas africanas
mas nobles, que como la Abisinia ó Nu-
midia no ceden en hermosura á las razas
Asiaticas. llámase Afra, nombre que ha to-
mado de su nacion: su habilidad consiste
en el conocimiento que se le atribuye de los
simples y sus usos medicinales, de los cos-
méticos y otros menos inocentes, como
filtros, sortilegios y venenos. La otra que
se llama Graya, es una Griega de vivaz y
desenvuelto ingenio, escogida entre mu-
chas por su esquisito gusto en trages y por
la pureza y elegancia de su pronunciacion.
El nombre de la tercera, Sira, indica que
es del Asia: descuella entre sus compañe-
ras por sus primorosos bordados, distin-
guiéndose sobre todo por el cuidado que po-

nia en servir á su señora: pacífica y modesta, hacia singular contraste con las otras dos, locas, aviesas, jactanciosas, que se dan aire de importancia por nada que hagan; siempre hablando ya para adular á su ama, alabando sus caprichos, ya para congraciarla con alguno de los pretendientes á su mano que las ha pagado el último ó mas prodigamente.

—En el momento en que estamos, no cesaban de hablar las dos esclavas de la hermosura de su señora y del esplendor de sus adornos.

—Y tú nada dices, Sira? asi interrumpió Fabiola la locuacidad de las otras.—Tu no me alabas? estás taciturna en comparacion de Afra y Graya; eres avara de elogios para tu ama.

—Y qué precio podrán tener, respondió Sira, los elogios de una pobre esclava para una Señora tan noble como sois vos! acostumbrada á oírlos de labios mas finos y elegantes? por otra parte, cuando vuestros iguales os elogian, les dais crédito; pero cuando los elogios salen de las esclavas, acaso los desprecias, sin darles crédito.—Las dos compañeras, al oír esta frase, la miraron con despecho; irritada tambien Fabiola por un sentimiento demasiado elevado para una es-

clava, y que parecía una reprension dirigida á ella, la replicó con furor.

—No sabes, Sira, que eres mia? no sabes que te he comprado por una cuantiosa suma para que me sirvas como mejor me agrade? El mismo derecho tengo al servicio de tu lengua que al de tus manos. Sí se me antoja ser alabada, adulada y cantada por ti, quieras que no quieras, tienes que hacerlo. Seria bueno que una esclava tubiera otra voluntad que la de su ama, cuando esta es Señora hasta de la misma vida!

—Si; respondió Sira, con tranquila dignidad; si; vuestra es mi vida y cuanto con la vida se acaba; el tiempo, las fuerzas, el cuerpo, la respiracion, porque todo esto lo habeis adquirido con vuestro dinero. Pero ademas de todo esto poseo una cosa que no son suficientes todos los tesoros de un Monarca, para comprarla; una cosa, que no puede encadenarse con todos los hierros de la esclavitud; una cosa, que traspasa todos los límites de la vida, que no se acaba ni muere, cuando muere el cuerpo.—Y no me dirás que cosa es esa?—El Alma.—El Alma! exclamó Fabiola, asombrada de que una esclava tuviese tan inaudita pretension; y no me dirás que es lo que tú entiendes por alma?

—Yo no se filosofía, respondió la esclava; pero por alma entiendo la viva é íntima conciencia de mi misma, por la que me siento superior á todas las cosas visibles que me rodean, y á la que repugna la destrucion. De aqui procede el horror que tengo á la adulacion y mentira. Y mientras viva en mi esta alma invisible, ni á la mentira ni á la adulacion me doblegare; es decir, que nunca; porque el alma nunca muere.

Las otras dos esclavas que muy poco ó nada entendian de lo que Sira decia, quedaron asombradas al oír la increíble fortaleza con que Sira se habia espresado. La misma Fabiola quedó como atónita; pero recobrando su altivez, exclamó con viva y marcada impaciencia.—Dónde has aprendido tú semejantes locuras? Quién te ha enseñado á delirar de ese modo? Yo que he estudiado tantos años, he llegado por fin á convencerme de que todas las ideas de sustancias esperituales son sueños de poetas ó sofistas, y como tales las desprecio; y pretenderás tú, tosca é ignorante esclava, saber mas que tu ama? Crees tú, que cuando tu cadáver sea arrojado al monton de los demás esclavos muertos por los escesos de la crápula, ó á causa de los azotes, cuan-

do ese cadáver sea arrojado á una infame hoguera, y convertido en cenizas, crees tú, sobrevivir con tu conciencia? te parece que despues has de gozar una segunda vida de libertad y de gloria?

—*Non omnis moriar*, dice uno de vuestros poetas, respondió con modestia la esclava, pero con un entusiasmo tan ferviente, que dejó pasmada á Fabiola: Si: espero, estoy cierta de sobrevivir á todo esto; creo y sé, que una mano poderosa vendrá á recoger los mas pequeños atomos de mi cuerpo. Existe un Ser Omnipotente que llamará á exámen los cuatro vientos del Cielo, y obligará á cada uno de ellos á restituirme la mas menuda parte de mi cuerpo dispersada por ellos; yo volveré á tomar este mismo cuerpo, no para ser esclava vuestra ni de nadie, sino para ser libre, gloriosa y feliz, amante y amada con un amor sempiterno. Tengo esta firme esperanza, y la tengo profundamente gravada en mi pecho.

—Qué delirios son esos de imaginaciones orientales que te inutilizan para el cumplimiento de tus deberes? Ya te curaré yo de ellos: pero dime en qué escuela has aprendido esas extravagancias, que yo nunca he leído en ningun autor griego ó latino?

—Lo he aprendido en mi patria; en una escuela donde no se hace distincion alguna entre el griego ó el bárbaro, entre el libre ó el esclavo.

—Cómo? gritó exasperada la soberbia romana, con que desde ahora y sin aguardar á tu soñada vida despues de la muerte, tienes la presuncion de igualarte á mí;? y quién sabe si hasta te juzgas superior á tu ama? Vamos pues: espílicate; quiero que sin velos ni equívocos me manifiestes todo tu pensamiento.—Incorporóse Fabiola en actitud de curiosa y viva impaciencia, pero á cada instante tomaba aumento su agitacion, como si en su interior combatiesen los mas violentos afectos, en tanto que Sira respondia con firme y sereno continente.

—Señora: vos sois incomparablemente superior á mí en gerarquía, en autoridad, en instruccion, en talento, en todo cuanto hace apetecible y placentera la vida: no temeis que temer la mas mínima sombra de rivalidad ó envidia en cuanto á belleza ó hermosura de las facciones, mucho menos de parte de una mugercilla tan miserable é ignorante como yo soy. Pero si he de manifestar francamente mi pensamiento, como me lo mandais.. Interrumpióse aquí titubeando un poco; mas obedeciendo á

una señal imperiosa de su ama, continuó:

—Pues bien: vos misma podeis juzgar, si una pobre esclava, íntimamente persuadida de que dentro de sí posee un espíritu vivo é inteligente, una alma inmortal, cuya verdadera patria es el Cielo, cuyo verdadero tipo es la misma Divinidad, si esta esclava, digo, podrá juzgarse inferior en dignidad moral ó elevacion de pensamientos con respecto á otra persona, que, posea cuantas dotes quiera, confiesa, no aspira ni pretende otro destino mas sublime que el que está reservado á aquellos lindos y armoniosos pajarillos que sin esperanza de libertad, van picoteando los dorados alambres de aquella jaula.

—Los ojos de Fabiola arrojaban llamas de cólera: por la primera vez se veia contrariada y humillada por una esclava; ciega por la ira, lanza la daga que tenia en la mano derecha sobre la intrépida sirva; esta levantando instintivamente el brazo para defenderse, recibió en él la aguda punta que le hizo la herida mas profunda de cuantas hasta entónces habia recibido. El dolor agudo que sintió arrancó algunas lágrimas de los ojos de Sira, al paso que de la herida brotaba abundante sangre. Fabiola quedó como avergonzada del exceso de

su crueldad, aunque involuntaria, sintiéndose mas humillada á la presencia de sus esdoclavas.

—Ve pronto, dijo á Sira que estaba restañándose la sangre con un pañuelo, ¡anda corriendo á que Eufrosina te cure y vende la *herida*. No era mi intencion hacerte tanto daño. Pero aguarda un poco; que voy á darte alguna compensacion.—Y revolviendo las alhajas que habia sobre la mesa.—Toma, añadió, este anillo, y por esta noche quedas dispensada del servicio.

Con esto se dió por satisfecha Fabiola, creyendo haber reparado su falta con aquel regalo.

Sira se volvió para retirarse; mas fué sorprendida por la inesperada aparicion de una hermosa doncella que parada en la puerta, hacia delante de una cortina de carmesí un relieve brillantísimo.

Las habitaciones interiores de las casas romanas generalmente estaban separadas unas de otras tan solamente por las cortinas, asi cualquiera persona podia entrar sin ser advertida, particularmente en medio de una escena tan viva como la que acabamos de describir. Sira reconoció al instante al nuevo personage, el que vamos á dar á conocer á nuestros lectores.

Era una jóven de solos doce ó trece años, toda vestida de blanco, sin otro adorno alguno. Retratábanse en su semblante la sencillez y candor de la niñez con la inteligencia de la edad madura. En sus hermosos ojos se transparenta no solo la inocencia de paloma de que habla el poeta de los cantores, sino que despiden continuamente rayos de un amor tan puro, que no parecía sino que los tenía fijos en un objeto visible solo para ella, y fuera de todos los que la rodeaban. Su frente [espaciosa y serena es el asiento del candor y de la pureza; una graciosa sonrisa asoma en sus rubicundos labios, y sus delicadas facciones llenas de juvenil frescura, revelan los encontrados afectos que alternativamente experimenta su tierno y ardiente corazón. No parecía pensar mas que en si misma, y sin embargo su alma estaba absorta y dividida entre el amor de sus parientes y el de su invisible amante.

Al verse Sira delante de esta hermosa aparición semejante á la de un ángel, detúbose un poco como estasiada en su presencia. Mas la niña tomándola la mano y besándosela con reverencia la dijo: Todo lo he visto. Espera en el cuarto de la entrada hasta que yo salga.

CAPITULO V.

El convite.

PRESENTOSE de improviso la niña angelical en la habitacion de Fabiola: era su prima Ines á la que amaba entrañablemente. La iracunda y altanera hija de Fabio parecia otra, cuando estaba á lado de Ines. Asi apenas la vió entrar, y completamente serena, la recibió con toda la afabilidad y dulzura que con ella y solo con ella tenia. Ines venia al convite que le habia hecho Fabiola, deseando la acompañase aquella noche en que Fabio habia convidado un nuevo huesped, que hacia poco tiempo habia llegado de Oriente. Llegada la hora de la cena, bajaron al triclinio. Entre los convidados, ademas del parasito Proculo, y el sofista Calpurnio, habia otros dos personajes que merecen una mencion especial. El pri-

mero, al que se conocia estimaban las dos primas Fabiola é Ines, era un tribuno de las guardias pretorianas. Aunque jóven, pues no pasaba de treinta años, habíase señalado por su valor, y gozaba del favor de los Emperadores, Diocleciano Emperador del Oriente, y Maximiano Herculeo en Roma. De hermosa presencia, afable y elegante sin afectacion, robusto y valiente sin orgullo, honrado, generoso y prudente, Sebastian era el tipo de un soldado completo, y de un jóven pundonoroso.

Bien diferente de este era el otro convidado llamado Fulvio, el nuevo astro de aquella noche: Jóven tambien, y de un aspecto afeinado, vestia con esmerado primor, y afectaba maneras elegantes y corteses.

Aunque desconocido y extranjero, como lo daba á entender su pronunciacion, habiase sin embargo introducido en las familias mas distinguidas de Roma ya por la seduccion de sus finos modales, ya por saberse que disfrutaba el favor de la Corte. Habia llegado á Roma, acompañado tan solo de un anciano, el cual parecia serle muy adicto: nadie sabia si era esclavo ó liberto, ó amigo; aunque por la edad podia ser su padre y se llamaba Eurotas. Hablaban siempre una lengua desconocida; Fulvio parecia

tener con el misterioso viejo una deferencia cordial, aunque alguna vez parecia forzada, lo que hacia mas oscuro el enigma de sus relaciones.

Conocidos los principales personajes del convite, diremos, que animándose la conversacion de sobre mesa, vino por último á racaer sobre los cristianos, de los cuales en aquellos dias corrian noticias funestas, pues todos aseguraban que Diocleciano iba á sacar de las minas de España, de Cerdeña y del Quersoneso un grande número para que trabajasen en las *termas*. Despues de varios discursos y noticias que dieron los convidados, se instó á Calpurnio, como el mas erúdito de la reunion, diese su parecer sobre tan singular clase de hombres, de quienes tantas y tan estrañas cosas se decian. Calpurnio, satisfizo esta curiosidad diciendo en tono grave y solemne.—Los cristianos son una secta estrangera, cuyo fundador ha muchos años floreció en la Caldea. Dos hermanos, Pedro y Pablo, trageron á Roma su doctrina en tiempo de Vespasiano. Algunos pretenden que estos son los gemelos Moises y Aaron, el segundo de los cuales vendió al primero su primogenitura por un cabrito, con cuya piel deseaba hacerse un par de guantes. Yo no soy de este parecer; pues en

los libros místicos de los Hebreos está escrito, que el segundo de estos hermanos, lleno de envidia al ver que las víctimas del primero daban mejores presagios que las suyas, lo mató, como Rómulo á Remo, con la quijada de un asno, por lo que Mardoqueo Rey de Babilonia lo mandó colgar en una horca de cien codos de altura por las instancias de su hermana Judit.

Mas sea de esto lo que quiera, habiendo llegado Pedro y Pablo, como he dicho, á Roma, se descubrió, que Pedro era un esclavo fugitivo de Poncio Pilatos, y este lo hizo crucificar sobre el Janículo. Por esta causa sus secuaces que eran muchos, tomaron la cruz por su símbolo, y la adoran con suma reverencia, teniendo á grande honra el ser azotados y aun sufrir una muerte ignominiosa por asemejarse mas á sus maestros, con quienes se reunirán alla arriba, como ellos dicen, en no se que lugar entre las nubes.

Esta exacta y brillante esplicacion del origen y naturaleza del Cristianismo fué escuchada con admiracion por todos los convidados, escepto por dos, Ines y Sebastian, quienes cambiando una mirada de compasion, ocultaron con una sonrisa lo que á la sazón hubiera sido inútil manifestar.

Despues tocó el turno de la conversacion á los juegos del anfiteatro, y Fulvio dijo.— Dentro de poco tiempo debe llegar de la Numidia una grande manada de leones y leopardos para los espectáculos del próximo invierno. Y un soldado valiente, como vos, añadió, volviéndose de improviso á Sebastian, y mirándolo con ojos suspicaces y escudriñadores, un soldado vizarro, como vos, no podrá menos de complacerse con aquellos brillantes combates, al ver sobre todo, correr la sangre de los enemigos de la República, y de nuestros augustos Emperadores.— El Capitan incorporándose sobre su lecho, y mirando con firme y magestuoso semblante á su interlocutor, respondió: Fulvio: indigno sería yo ciertamente del dictado de valiente que me habeis dado, si fuese capaz de mirar con placer y sangre fria semejantes luchas; si es que luchas pueden llamarse, las que se dan entre una rabiosa fiera y un niño ó una muger inerme. No: estoy pronto á desenvainar mi espada contra cualquier enemigo de los príncipes ó del Estado; pero lo estoy igualmente á esgrimirla contra el leon ó leopardo que se arrojase, aunque fuera por orden del mismo Emperador, sobre una victima inocente é indefensa. =

Fulvio encolerizado iba á levantarse de su

asiento; visto esto por Sebastian, lo asió del brazo con mano fuerte; y, quieto, le dijo: escuchadme hasta el fin. No soy el primero ni el mas illustre Romano que ha pensado asi. Ciceron, el mismo Ciceron decia: Magníficos son sin duda estos juegos y espectáculos; pero cómo podrá recrearse una persona culta en ver á un hombre débil despedazado por un forzado animal, ó á un noble animal atravesado por un venablo? No me avergüenzo, me vanaglorío de pensar del mismo modo en esta parte que el mas grande de los oradores romanos.

—Con que segun eso no tendremos el gusto de veros en el anfiteatro? dijo Fulvio en tono meloso pero burlon.

—Si me veis, contestó el oficial, estad seguro, que será de parte de las víctimas, no de parte de las bestias destinadas á devorar á aquellas.

—Brabo, Sebastian, exclamó Fabiola, batiendo palmas; y con este mi aplauso quede terminada la discusion. Jamás he oido á Sebastian que no haya manifestado los mas nobles y generosos sentimientos.

—Fulvio se mordió en silencio los labios, y todos se levantaron para partir.

Sira entre tanto habia encontrado á la buena Eufrosina, la antigua y fiel nodriza

de Fabiola, la que curó la herida de Sira. No teniendo esta nada que hacer, se habia bajado á un cuarto contiguo á la puerta, para llevar como tenia de costumbre la mayor parte de su cena á una pobre niña ciega que se llamaba Cecilia, á la que amaba y cuidaba con amor de hermana. Con este mismo amor era correspondida por la buena Cecilia, unidas ademas con los vinculos de una misma fé, y distinguiéndose una y otra con el candor de una vida inocentísima. En este ejercicio de caridad fué Sira sorprendida por la noble Inés, que despidiéndose de su prima Fabiola, se dió prisa por ir á la cita que habia dado á Sira. Inés habia suplicado á Fabiola le cediese la esclava Sira, y habíalo conseguido no sin gran dificultad, por que Fabiola sabia apreciar la elevacion de sentimientos, y á los arranques de ira que le habian causado las respuestas de Sira, habia sucedido una afectuosa estimacion para con la esclava á la que tan mal habia tratado.

Pero cuando Inés vino á ofrecer la libertad y un asilo tranquilo en su propia casa, Sira la dió las mas espresivas gracias, pero de ningun modo pudo reducirse á aceptar tan grande beneficio.—Dispensad, Inés, la dijo, dispensad mi negativa. He consagrado á

Dios toda mi persona por la conversion de Fabiola. Oh! que bella conquista seria esta para nuestra fé, y para el cielo! No vengais, pues, con vuestros beneficios á truncar, separándome de Fabiola la esperanza de mi vida. Admirada Inés de tan singular heroismo, y dándose por vencida, con tan inesperada súplica.—Quédate pues en el sitio que has elegido: una virtud tan generosa no puede menos de alcanzar el triunfo, y mi humilde casa es indigna de albergarte.

CAPITULO VI.

El reconocimiento.

AUNQUE hemos dicho que Eufrosina curó la herida de Sira, no hemos referido las escenas que tuvieron lugar: vamos á hacerlo ahora retrocediendo algunos minutos. Al presentarse Sira á Eufrosina, la buena anciana, estremecida al ver la profunda herida, no pudo contener una compasiva exclamacion. Pero conociendo que habia sido hecha por Fabiola, vaciló perpleja entre dos contrarios afectos.

—Pobre muchacha! decia, lavando la llaga primero, y aplicándole luego las hilas.

—Qué herida tan terrible! Qué has hecho para que así te hayan tratado? Sientes mucho dolor? La herida ciertamente es cruel, pero hecha por la mano de la criatura mas bondadosa y compasiva... Toma un poco de

este cordial, para que el derrame de tanta sangre no te produzca algun parasismo. Sin duda se habrá visto precisada á herirte!

—Si: yo tengo toda la culpa: quién me metia á mi á arguir con mi Señora?

—Disputar con ella! arguir con ella! Dioses del Olimpo! quién ha oido jamás que una esclava se ponga á arguir con su ama! y con una ama tan instruida! El mismo Calpurnio no se atreveria á entrar en discusion con ella. Ya no lo extraño: la habrás irritado tanto que, en su arretrato, no sabia lo que se hacia. Pero es preciso que esto no se divulgue, ni se sepa la falta que has cometido. No tienes alguna tela ó lienzo con que te envuelva el brazo, y que parezca ser un adorno? Otras esclavas conservan los regalos que las hacen, pero tu ya se que no te cuidas de estas cosas; sin embargo, iremos á buscarlo. Y entrando en el dormitorio de las esclavas que comunicaba con su habitacion, abrió Eufrosina el arca de Sira, y despues de haber revuelto en vano los pocos trapos que contenia, sacó del fondo de ella un pañuelo cuadrado, magníficamente bordado, y aun recamado de perlas. Púsose Sira muy encarnada, y rogó encarecidamente á Eufrosina que no la obligase á llevar aquella prenda que tanto desdecía de su estado, sien-

do por otra parte un recuerdo de mejores tiempos, preservado hasta entonces con tanto esmero.

Pero Eufrosina que quería cubrir la falta de su ama, se mostró inexorable, y no paró hasta que hubo adornado el brazo con el fino y lujoso pañuelo.

Concluida la cura, pasó Sira al cuarto en que los esclavos podían recibir á sus conocidos, que era en frente de la habitacion del portero. Llevaba en la mano un canastillo cubierto con una servilleta, y apenas entró, vino á su encuentro saltando una muchacha de diez y seis á diez y siete años, pobre, pero decentemente vestida; echole los brazos al cuello con un semblante tan resplandeciente de gozo, que cualquiera que la hubiese visto, dificilmente hubiera adivinado que era ciega.

—Siéntate, querida Cecilia, la dijo Sira afectuosamente y conduciéndola por la mano á un pequeño banco.—Hoy te traigo muy ricos manjares; vas á tener una cena suntuosa.

—Pues qué no la tengo todos los días?

—Pero hoy me ha enviado mi ama un plato muy esquisito y te lo traigo á tí.

—Tu ama es muy bondadosa; pero aun eres tu mas, querida hermana: mas por qué

no te lo has comido tu? para ti, y no para mi lo ha destinado tu ama.

—Porque tengo mas gusto en que tu te lo comas que en comerlo yo.

—No, Sira, no: de ningun modo: no debe ser asi: Dios ha dispuesto que yo sea pobre, y por mi parte debo hacer cuanto pueda para que se cumpla su Santísima voluntad. Me contento con los vestidos y manjares de los pobres, sin apetecer jamás los de los ricos. Con mucho gusto cómo tu potage, porque sé que me lo dá la caridad de una pobre como yo. De esta manera, tú tienes el mérito de la limosna, y yo el consuelo de conocer que soy delante de Dios una pobre ciega. Así me amará mas el mismo Dios. Prefiero quedarme á la puerta con Lázaro, á sentarme á la mesa del rico.

—Cuanto mejor y mas discreta que yo eres! hija mia: te daré gusto: voy á llevar este plato á mis compañeras.

—Aquí te aguardo hasta que vuelvas.—

Sira subió al aposento de las esclavas, y depositó delante de sus glotonas y envidiosas compañeras la fuente de plata, cosa que no las sorprendió, por que Fabiola solia algunas veces darles esta prueba de su benevolencia; pero Sira tuvo la debilidad de no atreverse á presentarse á las otras con el rico

pañuelo: así es que se lo había quitado antes de entrar: mas temiendo desagradar á Eufrosina se lo volvió á poner lo mejor que pudo. Volviendo por el patio, bajaba á reunirse con su amiguita la ciega, cuando divisó á uno de los caballeros convidados, que lo atravesaba con dirección á la entrada. Sira se guareció tras de una columna, para evitar cualquier insulto.

Aquel caballero era Fulvio: al reconocerlo Sira, quedó inmóvil, y como clavada en el suelo. Palpitóle el corazón, y se le comprimió como si fuera á reventar. Tembláronle las rodillas, chocando una con otra; estremeciósese todo su cuerpo, y cubriósese su frente de un sudor frío. Tal fué la impresión que le causó la aparición de Fulvio! el *reconocimiento* de Fulvio la dejó como petrificada. Hizo, sin embargo, un esfuerzo; santiguósese con la señal de la cruz, y disipado instantáneamente el encanto, huyó precipitadamente sin ser vista.

Pero no bien acababa de ocultarse tras de la cortina que cerraba la entrada de la escalera, cuando llegó Fulvio cabizbajo al lugar en que la esclava había estado escondida. Al ver en el suelo tendido un objeto, retrocedió de espanto: se reparó un poco: miró al rededor, vió y se convenció de que

estaba solo, y que nadie le miraba, escepto uno en quien no pensaba pero que leía en su perverso corazón. Volvió á contemplar el objeto, é inclinándose para cogerlo, retiró varias veces la mano sin atreverse. Oyendo al fin un ruido como de gente que se aproximaba, y reconociendo los marciales pasos de Sebastian, levantó precipitadamente del suelo el pañuelo que se habia caído del brazo de Sira. Estremeciése al plegarlo; y al notar horrorizado las recientes manchas de la sangre filtrada por el vendage, salió bamboleando como si estuviera ébrio, y corrió á encerrarse en su casa.

Pálido, febricitante y apenas teniéndose en pie se metió en su dormitorio, rechazando brusca y asperamente los servicios que oficiosamente le prestaban sus esclavos; solo consintió le acompañase su fiel y anciano compañero al que mandó atrancar la puerta. Fulvio sin hablar palabra arrojó sobre la mesa el pañuelo, señalando con el dedo las manchas de sangre. El cobrizo anciano no despegó sus labios; pero á la vista de aquel *pañuelo* ensangrentado se puso tan blanco como livido estaba el semblante de su amo.

—No hay duda que es el mismo *pañuelo*, dijo al fin el viejo en su lengua estrangera; pero *ella* murió.

—Estas bien seguro? Eurotas, pregunto el amo, echándole una de sus mas penetrantes miradas de gavilan.

—Tan seguro como lo puede estar de cualquiera cosa, quien no la ha visto con sus propios ojos. Pero dónde has encontrado ese pañuelo? de dónde proceden esas manchas de sangre?

—Mañana te lo contaré todo; esta noche me siento malo. En cuanto á las manchas de sangre, estaban frescas cuando lo hallé, y no se de donde podrán provenir, sino es que sean anuncio de venganza, y de una venganza tan tremenda como la que son capaces de meditar y ejecutar las furias. Esa sangre no ha sido vertida ahora.

—Cállate: no es este el momento de abandonarse á sueños fantásticos. Te ha visto alguno recoger el *pañuelo*?

—Nadie: estoy seguro.

—Pues en este caso ningun peligro correremos: mas vale que haya caido en nuestras manos que en otras. Una noche de descanso nos ayudará á discurrir lo que mas nos convenga.

—Dices bien Eurotas: pero esta noche dormirás en mi aposento.

—Mientras Fulvio y Eurotas tenian esta conversacion, ocurría lo que ya hemos di-

cho de las tiernas escenas de Sira con Cecilia, y de la misma Sira con Inés. Fulvio en su blando lecho era agitado por sinistros sueños en que se la representaba el ensangrentado *pañuelo*, y Sira estaba algo inquieta aunque resignada por la pérdida de su *pañuelo*, y por el *reconocimiento* que habia hecho de Fulvio.

CAPITULO VII.

Cautelas y Tramas.

EN los tiempos á que se refiere nuestra narracion, gozaba la Iglesia uno de aquellos largos intervalos de paz tan favorables á su progresivo desarrollo. Desde la muerte de Valeriano acaecida en 268 ninguna persecucion se habia levantado contra ella: esto no quita, que esta tregua de mas de treinta años, fuese de cuando en cuando ilustrada con algunos gloriosos martirios.

En estos periodos de paz, los Cristianos podian practicar los ritos de la religion, no solo con regularidad, sino hasta con cierto esplendor. Las tumbas de los martires en las catacumbas continuaban siendo el objeto de veneracion mas frecuente; pero no servian de Iglesia para la celebracion de los divinos misterios. Para este uso servian por lo regular las casas particulares de los mas

ilustres ó ricos de los fieles, en un triclinio ó sala espaciosa mas retirada, que se adornaba y disponia como un templo ó capilla. No era sin embargo tanta la libertad de la Iglesia que los fieles no debiesen tomar muchas precauciones: viviendo continuamente mezclados con los paganos, debian estar de guardia para ocultar sus secretos. De aqui es, que como lo atestiguan infinitos monumentos de aquellos primeros siglos de la Iglesia, muchos sugetos que figuraban en la mas elevada sociedad, y ocupaban destinos de categoría y aun puestos de confianza cerca de los emperadores, profesaban la religion cristiana, sin que lo sospechasen sus mas íntimos amigos gentiles, y aun en algunos casos de que tenemos noticia, hasta lo ignoraban sus parientes mas cercanos.

Uno de estos era Sebastian, uno de los miembros mas ilustres de la Iglesia Romana, á la que en aquellos dias sirvió como de protector y campeon, prevaliéndose con este objeto de todo el poder que le daba su dignidad de tribuno ú oficial de la guardia imperial y del grande favor que le dispensaba el Emperador. Poco tiempo hacia que de un modo prodigioso habia convertido Sebastian á la fé una multitud de paganos, entre los cuales se contaba Cromacio, Prefecto

de la Ciudad, y su hijo Tiburcio. Siendo imposible á Cromacio continuar en su destino, lo habia renunciado, sucediéndole Tertúlo, prefecto del Pretorio y padre de aquel Corvino que segun dijimos en el principio habia desafiado á Pancracio su condiscípulo. Temiéndose, que el rumor de tantas y tan insignes conversiones se traspirase al público, y apresurase el golpe de una nueva persecucion, de la que ya se presentian señales nada equívocas, Sebastian de acuerdo con el Pontífice Marcelino, cuyo brazo derecho era, pensó en los medios de salvar á sus neofitos, y al mismo tiempo hacerlos instruir completamente en la fé. Para esto le pareció muy oportuna la suntuosa granja que Cromacio poseia no lejos de Capua, que por las innumerables estatuas de que estaba adornada antes que Cromacio las hubiera destrozado por deshonestas é idólatras, se llamaba la granja *ad statuas*. Pocas noches antes de la cena referida en casa de Fabio, se tuvo en el mismo palacio de los Césares y en la habitacion de Sebastian una numerosa reunion de cristianos, para concertar definitivamente el modo con que se habian de tener estas reuniones y el lugar donde debian tenerse. Aquí fué donde tratándose de quien debia ponerse á la cabeza de la peque-

ña colonia destinada á Capua, nació una hermosa porfia entre el Santo Sacerdote Policarpo y Sebastian, anhelando cada uno por el deseo del Martirio permanecer en Roma, donde el peligro era mayor. Pero el Papa puso término á la contienda por medio de una carta, en la que encargaba á Policarpo acompañase á los neofitos, y dejase á Sebastian la ardua empresa de animar al martirio y proteger á los fieles de Roma.

Mientras se tomaban estas precauciones por los cristianos, Corvino y Fulvio andaban maquinando sangrientas tramas contra ellos, movidos del odio que cada uno alimentaba por diversas causas, y mas aun por las grandes sumas que esperaban denunciando á los cristianos. Corvino, no pudiendo satisfacer su codicia con el patrimonio paterno, discurría medios de hacer fortuna: entre estos el mas espédito le parecia la dote de alguna rica heredera: por cuya razon habia puesto los ojos en Fabiola. Pero demasiado tosco, torpe y necio para hacerse lugar entre las gentes de buen tono, se valió para el logro de sus planes de las artimañas mas análogas á su índole; creyendo conseguir lo que deseaba por las artes mágicas: para esto se dirigió á Afra la esclava negra de Fabiola que entre los tontos pasaba por

gran maestra de filtros y encantamientos. Afra prometió á Corvino mares y montes, pero haciéndole pagar bien caras estas promesas. Una noche que Corvino se quejaba del mucho dinero que Afra le habia sacado sin resultado alguno, la astuta negra le dió un consejo que le pareció escelente, y que en efecto era el mas oportuno para su fin, y el mas propio de su sordida y cruel naturaleza.

—Porqué le dijo, no obras tú como un tal Fulvio, á quien yo conozco, para hacerte rico en poco tiempo y sin trabajo alguno?—Y qué es lo que hace ese Fulvio? preguntó Corvino?—Pesca el oro en la sangre, repuso la maligna africana, dirigiéndole una mirada y sonrisa de hiena. En Asia descubrió una conjuracion contra Diocleciano, conjuracion tramada por él mismo, y ahora ha venido á Roma con fuertes recomendaciones para que lo empleen en esta clase de servicios.

—Pero es el caso que yo no soy capaz ni de urdir conspiraciones ni de descubrirlas. Lo que haria á las mil maravillas seria castigar y atormentar á los delincuentes, pues el tribunal de mi padre Tertulo me ha servido de escelente escuela.

—Pues yo te enseñaré, añadió Afra un modo muy fácil: has de saber, que en mi

pais hay una clase de aves que vuelan casi pegando á la tierra, pero tan veloces que el caballo mas ligero no las alcanzaria; pero en vez de perseguirlas, se las espía en algun punto, se cogen con facilidad porque solo esconden la cabeza.

—Y que es lo que tú quieres decir con esto? á quiénes representan estas aves?

—Te hablo de los cristianos: no sabes que va á descargarse sobre ellos una nueva persecucion?

—Si: ya lo se: y qué persecucion! la mas cruel que hayan experimentado.

—Pues bien; sigue mi consejo: no te canse en cazarlos corriendo en su persecucion; pues acaso despues de tanta fatiga, no cogieras mas que una miserable presa. Mira bien por todas partes; y trata de hallar una ó dos bien nutridas, de esos ricos que ponen algun estudio en ocultarse; despues arrójate sobre ellos; aprópiate una buena porcion de sus bienes confiscados, y tráemela, que yo haré que te fructifique el ciento por ciento. —

Corvino no perdió sílaba, é inmediatamente quiso realizar el consejo. Para que mejor le saliese la empresa, le pareció conveniente buscar la alianza de aquel Fulvio que le habia propuesto por modelo, cuyas astucias le podrian ser muy útiles y le servirian de es-

cuela. Fulvio que al primer golpe de vista reconoció en Corvino un instrumento muy apropiado para sus planes, no se desdeñó asociarse con él, aunque le repugnaban los bruscos modales de aquel estúpido histrion.

Bien pronto se les presentó la oportunidad de encontrar una presa de aquellas que con tanta ansia buscaban. Descubrieron pues (omitimos decir como) que Ines era cristiana, y que su casa servia á los cristianos como punto de reunion, donde se celebraban en el silencio de los primeros albores los misterios y las prácticas de su religion. Mas tarde consiguió Fulvio tener en sus manos casi todos los hilos de la red en la que procuraba envolver á todos los cristianos de Roma. Con malicia satánica sobornó y ganó á un pobre neofito, llamado Torcuato, uno de aquellos que hacia poco habia convertido Sebastian; jóven fogoso, pero que presumia mucho de su virtud; por lo que facilmente podia ser conquistado por el enemigo. El apóstata, caido que hubo en poder de Fulbio, fue el traidor y el espia de sus hermanos, y continuando en sus prácticas con hipócrita impiedad, se informaba y tomaba apuntes de los lugares y personas segun las instrucciones de Fulvio. Procuró sobre todo registrar, saber y hacerse bien

el cargo de las catacumbas en cuyos subterráneos, al desencadenarse la persecucion, se ocultarian los cristianos, para celebrar de noche los divinos misterios, y donde facilmente podria sorprenderlos quien tuviese el hilo de aquellos intrincados y misteriosos laberintos. No tardaremos en ver como desempeñó este papel, cuando desencadenada la tempestad contra los cristianos, este nuevo Judas, arrojada la máscara, hizo abiertamente de conductor bajo las órdenes de Fulvio y de Corvino.

Entre tanto, Fabiola, llegado el mes de Octubre, salió de Roma, segun la costumbre de entonces y de ahora para gozar las delicias del Otoño en una graciosa granja, situada sobre la pendiente de la colina, que domina la baía de Gaeta.

Llevó con ella á Sira, la esclava herida, en la que cada dia descubria nuevas y mas raras cualidades, y á la que cada dia apreciabamos. Fabiola habia sabido de su prima Ines, un dia despues de la visita y convite que ya hemos referido, como Sira habia preferido su servicio á la libertad ofrecida por Ines, y que esto lo habia hecho por afecto á su ama. El hermoso corazon de Fabiola se enterneció con esta noticia; y lo que al principio le parecia casi imposible, esto es, amar

á una esclava, veia ahora que era muy natural; sentia para con Sira tal afecto, que si ahora no era, algun dia seria un verdadero amor. Hablando con ella mas frecuentemente que lo que antes acostumbraba, conoció, que Sira habia recibido una educacion esmerada; que leia y escribia con igual facilidad y elegancia el latin y el griego; asi es que comenzó á tratarla con mayor consideracion, hasta hacerla su secretaria y lectora.

Sira no cambió por esto en sus modestas y humildes maneras; pero se prevalia del favor y de la familiaridad que con su Señora tenia para insinuarle, siempre que la ocasion se ofrecia, el amor de aquella sabiduría celestial de que estaba llena, y al que pretendia convertir á su ama.

El referir los modos, las conversaciones, los discursos de Sira y de Fabiola en su dichosa soledad de Gaeta nos alargaria demasiado. Ya es tiempo que salgamos de estas escenas de paz, y nos traslademos al sangriento teatro de guerra que va á abrirse en Roma, y en donde veremos brillar con los mas vivos resplandores á la Iglesia de Dios en las catacumbas.

CAPITULO VIII.

El consejo de Estado.

YA hacia algun tiempo que se enfurecia en Oriente la persecucion movida por Galerio y Diocleciano, cuando dió Maximiano Herculeo el decreto de encenderla en todo el Occidente, principalmente en Roma. Esta vez el nombre cristiano no solamente debia ser castigado con atroz rigor, sino que enteramente debia esterminarse de la faz del imperio, sin escepcion alguna, degollando primero á las cabezas y pastores, y entrando despues en la general matanza el pueblo y la grey cristiana. Pero si este plan tan bárbaro habia de dar los resultados que se deseaban, era necesario tomar antes todas las precauciones y providencias necesarias, armonizar en un concierto oportuno todos los instrumentos y egecutores de tan grande carniceria, y sobre todo, tener muy oculto el sanguinario decreto hasta el dia fijo en que

se promulgaría á un mismo tiempo por todas las provincias del imperio occidental, á fin de que, cayendo la tempestad de improviso de tantos puntos, no pudiesen salvarse las víctimas, y con el horrible y universal fragor se aumentase la opinion y el terror del poder imperial.

Para concertar toda la empresa, y resolver las últimas determinaciones, tuvo Maximiano en Noviembre una reunion de estado, en la que ademas de sus principales ministros y oficiales entre los que figuraban Tertulo, prefecto de la ciudad y su hijo Corvino, fueron tambien convocados los primeros prefectos ó sean gobernadores de Sicilia, Italia, España y Galia para recibir las órdenes imperiales. Asistieron tambien algunos oradores, filósofos y sabios, entre los que brillaba Calpurnio, que ya nos es conocido; con otros muchos sacerdotes paganos que habian venido de diversas partes para defender la causa de sus Dioses y añadir fuego á las iras sanguinarias del Emperador; si bien es verdad, que no necesitaba Maximiano otro estímulo que el de su inata ferocidad. Este bárbaro, natural de Sirmio en Esclavonia, soldado aventurero, sin educacion alguna, sin mas dotes que un brutal valor, y unas fuerzas atléticas, por las que se

le habia dado el sobrenombre de Herculeos, habia sido elevado al trono por Diocles, bárbaro tambien de origen, y conocido con el renombre de Diocleciano. Avaro y prodigo á un mismo tiempo era Maximiano hasta el exceso; entregábase á los mas groseros vicios y á los inmundos crímenes que la pluma de un cristiano se resiste á escribir: sin freno alguno á sus pasiones, sin el mas mínimo sentimiento de justicia ó humanidad, jamás este monstruo coronado habia cesado de oprimir y matar á cuantos le contrariaban ó estorbaban; apagando en la sangre sus ódios y sus venganzas. A la ferocidad del ánimo correspondia la horrible fealdad de su rostro; su estatura agigantada, sus bárbaras facciones propias de su raza, el cabello y pelo de su barba mas amarillo que rubio, desordenado, áspero y lanudo, los ojos siempre inquietos, chispeando fiereza y liviandad: todo esto hacia estremecer aterrorizados á cuantos le miraban. Solos los cristianos daban señales de no temerlo; de aqui nacia el ódio que Maximiano les tenia.

Ahora que por la inminente persecucion se prometia nadar en su sangre, gustaba con anticipacion aquellas bárbaras alegrías con que se recrea un borracho al olor de una cercana crápula.

Reunióse la asamblea sobre la colina Ceia en el palacio de Laterano, pertenencia de los Emperadores desde que Neron habia hecho matar como reo al Senador Plancio Laterano, su antiguo poseedor; palacio que preferia Maximiano al grande palacio de los Césares situado sobre el Palatino. Elevóse un rico trono de marfil en la orbita semicircular de la estremidad de la espaciosa sala.

En él se sentó el Emperador y delante de él se colocaron segun su categoría, los miembros del consejo, que mas parecian humildes y tímidos esclavos, que respetables consejeros, y á los que se intimó el mas profundo secreto. Un cuerpo escogido de soldados estaba de guardia en la puerta de la sala, capitaneados por Sebastian, que firme en la puerta mas próxima al trono, escuchaba con atencion, aunque al parecer con indiferencia, todo cuanto se trataba.

No se figuraba entonces Maximiano, que la sala y el palacio que á la sazón ocupaba, y que despues cedió á Constantino, como parte de la dote de su hija Fausta, se cederia por este al Jefe supremo de aquella misma religion que intentaba esterminar, y conservando siempre el nombre de Basílica Laterana, llegaria á ser la catedral de Roma, cabeza y matriz de todas las Iglesias Urvis

et Orbis; no se figuraba, ni podia pasarle por la imaginacion, que en el mismo sitio donde estaba asentado su trono, se erigiria algun dia una Cátedra, desde la cual una serie de Reyes Pontífices enviaria decretos inmortales que llegarían hasta los mundos desconocidos al imperio romano.

Por respeto á su ministerio se concedió el uso de la palabra á los Sacerdotes, cada uno de los cuales venia dispuesto á contar algun desastroso suceso. Aqui un caudaloso rio habia salido de madre y causado grandes estragos; alli un terremoto habia arruinado parte de una ciudad; de la parte del Septentrion amenazaban las invasiones de los bárbaros, y de la parte de Mediodia la peste diezmaaba la mayor parte de las poblaciones. Todos los oráculos habian declarado, que los cristianos eran la causa de estas desgracias del imperio. Alguno de los oráculos habia amenazado con no dar respuesta alguna hasta que totalmente no fuesen esterminados los aborrecidos *Nazarenos*, y que el de Delfos habia asegurado que el *Justo* cerraba la boca de los Dioses. Tales fueron los discursos de los Sacerdotes.

Tocó el turno despues á los filósofos y oradores, cada uno de los cuales pronunció su largo y estudiado discurso, durante los cua-

les dió Maximiano pruebas bien marcadas de disgusto; pero como los Emperadores de Oriente habian celebrado otro consejo parecido, no le pareció prudente interrumpirlos. Por la milésima vez se repitieron con aplauso de la asamblea, las antiguas calumnias, y rancias fábulas, de que los cristianos asesinaban y se comian á los niños, que cometian abominaciones nefandas, que adoraban la cabeza de un asno, y que (contradicion bien clara) eran incrédulos y ateos. Todas estas fábulas fueron firmemente creidas, aunque los que las contaban sabian muy bien que eran calumnias inventadas por los paganos para mantener vivo el horror al cristianismo.

El que llamó mas la atencion y recibió mas aplausos fué nuestro Calpurnio, cuyas palabras eran escuchadas como otros tantos oráculos por la fama que tenia de haber hecho un profundo estudio en los mismos libros de los cristianos. Porque, segun el mismo decia, referian los libros originales no solo de los cristianos sino de sus antepasados los judios, que habiendo venido estos á Egipto bajo el reinado de Ptolomeo Filadelfio, huyendo del hambre de su pais, lograron por los artificios de José, su caudillo, almacenar todo el trigo existente, trasportándolo

despues á sus casas. Por esta causa los encerró en una cárcel, diciéndoles, que puesto que habian devorado todo el trigo, se mantengan ahora de solo paja, haciendo tambien con esta ladrillos para edificar una gran ciudad. Despues Demetrio Falareo, habiendo oido referir muchas y estrañas anedoctas de sus antepasados, hizo encerrar en una torre á Moises y Aaron, sus dos hombres mas instruidos, despues de haberles mandado afeitar la mitad de la barba; dando órden de que permaneciesen encerrados hasta que tradugesen en griego todas sus memorias y anales. Con mis propios ojos he visto estos libros, dijo Calpurnio, los he estudiado con mucho cuidado, y sobre estos voy á fundar mi argumento. Sabed pues, que esta maldita raza ha hecho la guerra á todos los reyes y pueblos con que tropezaba en su peregrinacion; sabed, que ha destruido y aniquilado cuantos pueblos y reyes ha podido. Su máxima al conquistar una ciudad era pasar á cuchillo á todos sus habitantes; y esto lo hacian por órden de los ambiciosos sacerdotes que estaban encargados del Gobierno: llegó al estremo de hacer pedazos á uno de sus reyes llamado Saul ó Paul por haber perdonado la vida á un desgraciado Monarca llamado Agag. Ahora los

cristianos están gobernados 'por los mismos sacerdotes, y á la menor señal de estos, están dispuestos á derribar el grande imperio, á quemarnos vivos á todos en el Foro, y aun á asesinar las sagradas personas de nuestros divinos Emperadores.

Al oír este discurso se levantó en la asamblea un murmullo estrepitoso de furor; pero se calmó el ruido luego que el Emperador manifestó su deseo de tomar parte en el debate.

—Por lo que á mi toca, dijo, tengo un motivo mas poderoso para aborrecer á los cristianos: han tenido la osadia de establecer en el centro del imperio, en medio de la ciudad de Roma una soberania religiosa, que jamás se ha visto ni oído; una Autoridad independiente del Estado, y á la que obedecen con mas docilidad que á la de los Césares. En todos los tiempos los Césares fueron reconocidos como Soberanos no menos en los asuntos religiosos que en los civiles, por cuya razon se les da el título de *Pontifex Maximus*. Los cristianos han erigido un nuevo poder, que yo no puedo consentir; este imperio sacerdotal sobre mis vasallos es una usurpacion de mis derechos, y estoy resuelto á castigarla: jamás sufriré la eleccion de uno de estos sacerdotes en Roma.

A este discurso espresado en un tono áspero y con una pronunciación bárbara, siguió un aplauso general. Después se formaron los planes para que el edicto se promulgase á un mismo tiempo, y á un mismo tiempo se ejecutase en todo el Occidente. En seguida el Emperador volviéndose bruscamente á Tertulo.—Me has hablado, le dijo, de no se que sugeto muy á propósito para el caso, y que trataria como se merecen, á estos traidores.

—Señor, respondió Tertulo, aquí está; es mi hijo Corvino.—Y al decir esto, presentó al pie del trono al jóven candidato; éste se prosternó ante su Soberano.

El ceñudo tirano lo estuvo mirando algun tanto; después rompiendo en una estrepitosa carcajada; á fe mia exclamó, que parece lo mas á propósito. No podia figurarme, Prefecto, que tuvieses un hijo tan feo: no dudo que cumplirá perfectamente su mision, por que en su semblante lleva pintados los caracteres de un escelente verdugo.—Volviéndose después á Corvino, que tenia el rostro encendido por la vergüenza, el terror y la cólera.—Vamos, hermoso Corvino, es necesario que te portes como es debido; es menester que te portes como un brabo: es necesario que los golpes no sean vagos é in-

ciertos, sino firmes y seguros. A quien me sirve bien, le pago bien; pero al que me sirve mal, tambien sé recompensarle con la misma moneda. Con que asi, anda, y ten presente que tus espaldas han de responder de una pequeña falta que cometas; de una falta grande me responderá tu cabeza. Las *haces* de mis lictores tienen *una vara y una hacha*.

—Dicho esto, se levantó el Emperador de su trono y estaba para partir, cuando divisó á Fulvio que habia sido llamado á la asamblea como espía de la corte, y que se mantenía lo mas oculto que podia.—Ola, le gritó el Emperador, llamándolo, mi bravo oriental, acércate un poco para que yo te vea.—Fulvio obedeció contento en la apariencia, pero en realidad disgustadísimo, como si se acercase á un tigre, cuya cadena no fuese muy fuerte. Ya hacia tiempo que Fulvio conocía que su presencia en Roma no era del agrado de Maximiano; pero no atinaba con la causa. Y la causa era, que Maximiano veía en él un espía de Diocleciano, que lo habia enviado de Nicomedia bajo otro color, pero en realidad para observar cuanto se trataba en Roma, y dar parte de ello á Diocleciano. Por esto aunque por respeto á Diocleciano se veía obligado á tole-

rarlo, y emplearlo, desconfiaba de él y lo miraba con disgusto, lo que en Maximiano equivalía á ódio mortal. El pobre Corvino recibió como una especie de consuelo, cuando oyó las gentilezas con que el Emperador empezó á apostrofar á su elegante cómplice en los términos siguientes.

—No tantos gestos melosos y afectados, Señorito; lo que yo quiero son obras y no melindres. Has venido aquí en calidad de cazador y descubridor famoso de conspiraciones; has venido aquí con el objeto de sacar de sus nidos á los conjurados y coger sus huevos para mi servicio. Pero aunque para este fin te se ha dado dinero con profusion, hasta ahora nada has hecho. Con los cristianos te se prepara un juego lucrativo; ya sabes quien soy, y como me porto: con que aguza bien tu ingenio y mira lo que haces; porque sino verás pasar por tu cuello otra cosa bien afilada. Las confiscaciones de los reos se dividirán entre los denunciadores y el Tesoro, si es que yo no descubro *razones especiales* para apropiármelas á mi solo. Ahora ya puedes irte.

Con esto se terminó la sesion, y todos comprendieron que las *razones particulares* de Maximiano no tardarian en convertirse en *generales*.

CAPITULO IX.

Las tres Virgenes.

DESDE los primeros siglos admitia la Iglesia la profesion de Virginidad que las piadosas é inspiradas doncellas consagraban con especial voto al Esposo celestial, ofreciéndole esta flor inmaculada. La edad necesaria para esto era como demuestra el eruditísimo Tomasino, la misma que se requería segun las leyes romanas para contraer matrimonio, esto es, doce años. Pero además de esta primera dedicacion de las Vírgenes, la Iglesia las reservaba en edad mas madura una segunda y mas solemne consagracion, en la que recibían del Obispo el velo original: ceremonia que solía hacerse en el Domingo de la Pascua. Mas en los tiempos de peligro y persecucion se anticipaba esta consagracion algunos años; y las castas Esposas

de Cristo se fortificaban mas y mas para la cercana lucha del martirio, haciendo mas fuertes los nudos de su celestial union al pie de los altares, y dándoles mas valor con la bendicion episcopal.

En los dias de que nos vamos ocupando, estaba para estallar una persecucion atrocísima, que seguramente no perdonaría ni aun las mas tiernas corderillas del rebaño. Por esta razon, las Vírgenes cristianas que ya se habian desposado por el primer voto con el Cordero immaculado, deseaban ardientemente consumir su solemne oblacion, antes de morir, y unir á la palma del martirio la blanca azucena de su virginidad. Una de estas era Ines, que desde los primeros albores de la infancia se habia consagrado á su celestial Esposo. La discrecion y prudencia sobrenatural de que habia dado pruebas tan señaladas en todas sus palabras y acciones, unidas á la amable inocencia y candor de su niñez la hacian digna, á pesar de sus pocos años, de cualquier privilegio. Prevalióse del inminente peligro para solicitar en su favor una extraordinaria derogacion de la ley, segun la cual debia haber esperado otros diez años. A Ines se juntó luego otra candidata. Esta fue Sira; dos inocentes jóvenes que desde la primera entrevista estrecharon en—

tre si los vínculos de una santa amistad. Ines sabia el celo, la prudencia y las buenas esperanzas que Sira tenia de la conversion de su prima Fabiola; por cuya razon la amaba doblemente, y no acababa de admirar su heroismo. Solicitaron pues las dos la gracia de ser juntas y cuanto antes admitidas á la solemne consagracion de perpetua virginidad. Y aunque desde luego se les otorgó lo que solicitaban, ellas por razones fáciles de congeturar, guardaron el mas profundo secreto. Solo un dia ó dos antes del señalado para los sagrados desposorios, se aventuró Sira á manifestarlo en confianza á la cieguita Cecilia, su especial favorecida. La ciega al oir esta noticia, —óla la dijo, como lamentándose, con que todo lo mejor lo guardais para vosotras? y á eso llamais caridad?

—Vamos, —le respondió Sira acariciándola. —No te incomodes.... ya ves, era necesario guardar el secreto.

—Y segun eso, supongo que yo, pobre de mí, no podré ni aun asistir á la funcion...

—Eso si, Cecilia; seguramente que sí; y ademas te prometo que lo verás todo. —replicó Sira riendo.

—Eso de si lo veré ó no lo veré, poco im-

porta... Pero quiero que me lo cuentes todo... Qué vestido vas á llevar? qué es lo que tienes ya preparado?... En fin, todo, todo quiero saberlo.

Sira, deseando complacer á su amiga, le descubrió minuciosamente el color y la forma del traje y del velo.

—Bueno! dijo la ciegucecita, despues de haber escuchado á Sira con gran atencion.— Y luego ¿qué es lo que tú tienes que hacer?

Divertida con la no acostumbrada curiosidad de la muchacha, siguió Sira dándole cuenta exacta de todas las particularidades de la casta ceremonia.

—Pues ahora me vas á decir,—continuó la ciegucecita,—en donde y cuando será la fiesta?

Me has dicho que puedo concurrir y para eso necesito saber el sitio y la hora.

—En el título del Pastor, al amanecer, de aquí á tres dias,—contestó Sira. Y luego le preguntó sonriéndose:—Pero ¿por qué te has vuelto tan curiosa, querida mia? ¿Sabes que temo te vayas á hacer demasiado mundana...

—Anda, eso no te importa,—replicó Cecilia.—Ademas, si otras me ocultan sus secretos, yo tambien me quiero guardar los míos.

Sira se rió del afectado enojo de su amiga, porque conocia demasiado bien la humildad del sencillo corazon de la pobre ciega; y despues de haberse abrazado afectuosamente, se separaron. Asi que Cecilia se encontró sola, se fué en derechura á casa de Lucina, donde, como en todas las demas, era recibida con el mayor agasajo; pero apenas fué conducida á la presencia de la noble matrona, se arrojó precipitadamente en sus brazos, y comenzó á llorar con el mayor desconsuelo. Lucina, cariñosa para ella como siempre, la acarició y la agasajó dulcemente, y por lo visto consiguió calmar su afliccion, cuando pocos minutos despues se la vió gozosa conversar acaloradamente con la bondadosa matrona, concertando la ejecucion de algun designio que la deleitaba en gran manera. De allí, ágil y contenta, se fué á casa de Inés, en cuyo hospital moraba el buen sacerdote Dionisio. Hallóle en su estancia, y arrojándose á sus pies, le habló con tal fervor, que le enterneció á punto de hacerle llorar, y le obligó á considerarla y á dirigirla palabras afectuosas.

En aquel tiempo no se habia escrito aún el Te-Deum; pero, seguramente que, á juzgar por el semblante de la pobre ciega, al-

go muy semejante á tan inspirado canto debia resonar en su corazon al retirarse á su humilde celda.

Llegó por fin el venturoso dia; y ántes de que amaneciera, celebrados ya los Misterios más solemnes, se habian retirado la mayor parte de la congregacion, quedando solo aquellos que debian officiar en la ceremonia ó habian sido convidados como testigos: á esta clase pertenecian Lucina y su hijo, los ancianos padres de Inés, y Sebastian, por de contado. Pero en vano buscaba Sira con la vista á su ciegucecita; de modo que, no descubriéndola en ninguna parte, pensó que se habria retirado al propio tiempo que el resto de los fieles; y esta idea apesadumbró á la amable esclava, temerosa de haberla mortificado con la reserva que hasta el dia de su entrevista habia guardado.

Aún estaba la sala medio á oscuras, envuelta en el nebuloso crepúsculo de una mañana de invierno, bien que el rosicler del Oriente anunciase al exterior la venida de un dia claro de Diciembre. Sobre el altar ardian cirios perfumados de gran tamaño, y en todo el contorno lámparas de oro y plata de mucho precio, que difundian sobre el santuario un suave resplandor. En frente del altar se habia colocado una silla no me-

nos venerable que él, hoy conservada como una reliquia en el Vaticano; la silla de Pedro; y sobre ella estaba sentado el Pontífice con el báculo en la mano y una corona sobre la cabeza, rodeado de sus ministros, casi tan respetables como él.

Del fondo de la oscuridad de la capilla principiaron á salir dulcísimas voces primero, cual si fueran de ángeles, y que entonaban en deliciosa armonía un himno, el cual expresaba los sentimientos del himno de las vírgenes de nuestros días: *Jesu corona virginum*. Luego apareció iluminada por las luces del santuario la procesion de las vírgenes ya consagradas, conducidas por los Sacerdotes y Diáconos á quienes estaba encomendada su custodia; y en medio de ellas venian dos, vestidas de un hábito cuya blancura resaltaba con deslumbrante contraste, entre los vestidos negros de las demás. Aquellas eran las novicias, las cuales, así que la procesion desfiló y se colocó en dos filas á derecha é izquierda del altar, fueron conducidas cada una por dos profesas al pié de él, donde se arrodillaron ante el Pontífice, con sus madrinas cerca para asistirles.

A cada una le preguntaron á su vez solemnemente qué era lo que quería; y cada una del mismo modo contestó, que lo que

deseaba era tomar el velo, y cumplir con las obligaciones que le imponía, bajo la custodia de aquellos guías que se habían escogido. Aunque algunas vírgenes consagradas habían principiado á vivir en comunidad, muchas continuaban residiendo en sus propias casas, porque la persecucion no toleraba la clausura. Mas á despecho de todo habia en la Iglesia un lugar, separado por un tabique de tablas, destinado á las vírgenes; y estas se reunían aparte para sus devociones y su instruccion particular.

El Obispo pronunció en seguida una plática en la que, dirigiéndose á las dos jóvenes postulantas, les manifestó en términos expresivos y fervorosos al par que dulces, cuán sublime era la vocacion que las llamaba á vivir en la tierra la vida de los ángeles, que no se casan, y á subir por la misma senda de castidad que el Verbo encarnado eligió para su propia Madre, á las moradas celestiales, donde irán á aumentar la hueste escogida que sigue al cordero á donde quiera que va. Detúbose á explicar la doctrina de San Pablo, cuando escribia á los de Corinto acerca de la superioridad de la virginidad sobre cualquier otro estado, y describió con sentida emocion la felicidad de no tener en el mundo mas que un amor, que en vez de

enfriarse, se aumenta y dilata en la inmortalidad de los cielos; terminando con la observacion de que la bienaventuranza no es mas que la flor perfecta que el amor divino produce en la tierra.

Terminado que hubo este breve discurso y el exámen de las dos aspirantes, el santo Pontífice, con oraciones casi idénticas á las que en el dia se usan, procedió á bendecir las diferentes prendas de sus hábitos religiosos, que las madrinas respectivas les fueron sucesivamente poniendo. Luego las dos nuevas religiosas posaron sus frentes sobre el altar para significar que se ofrecian en holocausto; porque en el Occidente aun no se habia adoptado la costumbre de cortar la cabellera como en el Oriente: se les dejó caer ésta flotante sobre los hombros, y en seguida se les colocó sobre la cabeza una guirnalda de flores frescas y olorosas, de las que á pesar de ser invierno, producía el bien cultivado jardin de la azotea de Fabiola.

Todo parecía ya concluido. Inés, arrodillada al pie del altar, inmóvil y embelesada, tenia la vista levantada hácia arriba en uno de sus éxtasis. Sira, al contrario, bajaba la cabeza humildemente, pasmada de haber sido juzgada digna de favor tan señalado. Y tan enagenadas estaban ambas, y tan arrobadas

en oraciones de accion de gracias, que no notaron el ligero movimiento que produjo en la congregacion una ocurrencia al parecer imprevista.

Empero sacólas de su enagenamiento la voz del Obispo que preguntó.—Hija mia, que pides?—

—Y ántes de que pudieran volver la cabeza, se sintió cada una asida de la mano, y oyeron una voz querida de entrambas que respondió:—Santo Padre, recibir el velo de la consagracion á Jesucristo, mi único amor en la tierra, bajo la custodia de estas dos santas vírgenes, que son ya sus dos dichosas esposas.

Enagenadas de júbilo y profundamente enternecidas, reconocieron á la pobre ciega Cecilia, la cual apenas supo la felicidad preparada á Sira, se habia ido á arrojar en los brazos de la bondadosa Lucina, que fácilmente la consoló, haciéndola entrever la posibilidad de obtener la misma gracia. Prometiole además suministrarle lo necesario para la ceremonia; y Cecilia lo aceptó á condicion de que su traje fuera tosco, cual correspondia á una pobre muchacha mendiga. El sacerdote Dionisio presentó al Pontífice en su instancia, y obtuvo de él su concesion; pero como Cecilia deseaba tener por madri-

nas á sus dos amigas, se convino en no llevarla al altar hasta que estas hubiesen sido consagradas, y ella por su parte les habia ocultado cuidadosamente su proyecto.

Bendijéronle y se la pusieron sus vestidos; y cuando la preguntaron sino traia una guirnalda de flores, sacando tímidamente de debajo de su ropa una rama de espino entretendida en forma de círculo, la presentó diciendo:

— Yo no tengo flores que ofrecer á mi Desposado, ni Él las llevó por mí; y como no soy mas que una pobre, mi Señor no se ofenderá que le pida me corone como Él mismo consintió en ser coronado. Además, las flores representan las virtudes de las que las llevan, y en mi estéril corazón no han crecido sino estas.

La buena ciegucecita no pudo ver el rápido movimiento con que sus dos compañeras se quitaron las guirnaldas de la cabeza para colocarlas en la suya; pero detenidas en su acción por una señal del Pontífice, en medio de un concurso conmovido, sacaron de allí á la venturosa ciega resplandeciente de gozo con su corona de espinas, emblema de la doctrina que constantemente ha enseñado la iglesia; á saber, que la virtud soberana es la inocencia coronada por la penitencia.

CAPITULO X.

El edicto imperial.

LLEGÓ finalmente el dia prefijado para la promulgacion del Edicto de muerte contra los cristianos. Corvino lleno de la alta importancia de su nueva mision, andaba muy afanoso preparando los medios mas conducentes para salir airoso, tanto mas, que hacia poco habia llegado á Roma la noticia de que el Edicto de Diocleciano habia sido arrancado y hecho pedazos en Nicomedia por un valiente soldado cristiano llamado Jorge, sufriendo por ello heroicamente la muerte. Corvino estaba resuelto á no tolerar semejante desacato en Roma, temiendo las fatales consecuencias que de esto le resultarían; para evitarlo y proceder con seguridad, tomó todas las providencias y precauciones que supo. El Edicto que habia hecho escribir en grandes caracteres sobre tiras de pergamino unidas unas á otras y enclavadas en una tabla, debia fijarse en el Foro sobre un macizo pilar,

no lejos del tribunal de la magistratura, llamada *Puteal libonis*. Para esta operacion esperó á que fuera de noche oscuro, y á que el Foro estuviese desierto, para que á la mañana siguiente la aparicion del cartel causase mas sorpresa y terror al pueblo.

A mas de esto, y para impedir cualquier atentado nocturno que los cristianos pudieran maquinan, obtuvo una compañía de la cohorte Panoniana para que aquella noche estuviese de guardia en el Foro. Esta cohorte se componia de soldados pertenecientes á las razas mas agrestes del Norte, Dacios, Panonios, Sarmatas y Germanos, cuyas rudas facciones, aspecto salvaje, pelo encrespado, y espesos vigotes rojos parecian horribles y feroces á los romanos. Estos hombres que apenas hablaban una ú otra palabra de mal latin, eran mandados por oficiales de sus respectivas naciones, y formaban en los últimos años de la decadencia del imperio romano la guardia de la persona de los tiranos reinantes, (bárbaros tambien de origen muchos de ellos) no habiendo atrocidad alguna, por monstruosa que fuera, que no estuvieran dispuestos á cometer en el momento que se les ordenase. Algunos de estos salvages fueron destinados á guardar las avenidas del Foro, con orden

rigurosa de hacer pedazos á cualquiera que se atraviara á pasar sin responder á la consigna, ó sea *Symbolum* que todas las noches se les daba por el General en gefe á los Tribunos y Centuriones, para que estos la hiciesen circular á las tropas. Aquel dia el maligno y astuto Corvino habia escogido por consigna: «*Numem Imperatorum,*» La Divinidad de los Emperadores; seguro de que ningun cristiano, aun cuando tuviese noticia de ella, la contestaria. No satisfecho con esto, el mismo Corvino recorrió las guardias, y repitió é inculcó á cada centinela las órdenes rigurosas que habia dado, especialmente al que habia apostado junto á la columna en que se habia fijado el Edicto. Este era un Dacio, de enorme corpulencia y fuerzas herculeas, de semblante y costumbres feroces, cualidades por las que Corvino lo habia elegido. A éste pues repitió y volvió á repetir muchas veces la consigna de guerra; le repitió y recomendó mil veces las mismas órdenes; que estuviese bien á la mira: que no perdonase á nadie; que matase á cualquiera que tuviese el atrevimiento de acercarse y tocar al Edicto: dejólo en fin medio atontado á fuerza de sendos tragos de *sabaya* ó cerveza, sin que de cuanto se le habia ordenado, le quedase

otra idea, sino la de que era necesario matar á alguno antes del amanecer. La noche estaba oscura y borrascosa, con algunos chubascos de agua y nieve. El Dacio embozado en su capa, se paseaba de arriba abajo, meditando y pensando, no en su lejana patria, no en el bosque ó río nativo, no en los hijos atravesando con patines los helados lagos del país nativo; solamente meditaba sobre el tiempo mas oportuno para destronar al Emperador y saquear la ciudad.

Mientras pasaba esto en el Foro, un buen viejo llamado Diogenes encanecido en el duro ministerio de enterrador de los cristianos preparaba en su pobre casa la cena para él y sus dos hijos Mayo y Severo. Oyeron de improviso un golpecito á la puerta, y ven entrar dos jóvenes á los que Diogenes conoció y saludó afectuosamente.

—Bien venidos, Señores, les dijo: de dónde á mi tanto honor para visitarme á estas horas? Apenas me atrevo á ofreceros; pero si os dignais tomar parte en nuestra refaccion, tendremos verdaderamente una agape cristiana.

—Mil gracias, Señor Diogenes, respondió el de mas edad, que era Quadrato, el digno y nervudo centurion de Sebastian. Precisamente veniamos Pancracio y yo para ce-

nar con vos; pero no tan temprano; antes tenemos que hacer aqui cerca; luego volveremos y me parece que con buen apetito. Entretanto podria ir uno de vuestros hijos por alguna cosa buena; vamos pues; esta noche se ha de cenar opíparamente; os prometo tambien vino generoso.

—Diciendo esto, puso en manos de uno de los hijos del enterrador una bolsa, y hablándole al oido le dió sus instrucciones. Despues tomaron asiento; y Pancracio, aprovechando la ocasion, se volvió al anciano. O mi buen Diogenes, le dijo: segun me han dicho sabeis muchas y bonitas historias de nuestros antiguos mártires; Sebastian me ha asegurado que presenciaisteis el martirio del Diácono Lorenzo: tened la bondad de referirme tambien á mi aquel martirio.

—Con mucho gusto, respondió el viejo. Hoy mismo hace 45 años que sucedió, y entonces aun tenia yo mas edad que la que teneis vosotros ahora: me acuerdo muy bien de todo. ¡O qué jóven tan bello era Lorenzo! Al verlo cualquiera lo hubiera tenido por un ángel; modesto, bizarro, dulce, gracioso, y muy afable para con todos, pero particularmente para con los pobres. Era estimado de todos; yo no acertaba á separarme de su lado.—El buen viejo empezó á

contar minuciosamente todo lo que habia visto; pero Pancracio, contadnos, le dijo, como pudo sufrir tantos tormentos; por ahora esto es lo que deseamos saber; en otra ocasion nos direis lo demas: Verdaderamente que el suplicio de Lorenzo debió ser un espectáculo horroroso.

—Yo que lo vi todo, respondió Diogenes, os puedo asegurar, que sólo Lorenzo era capaz de sufrirlo. Al principio lo estendieron en el herculeo, atormentándolo de varias maneras, sin que jamás se le escapase un gemido. Entonces el juez hizo preparar el horroroso lecho de las parrillas, y sobre este lecho fue colocado enteramente desnudo el mártir. El ver aquellas tiernas carnes inflamarse, freirse y asarse al fuego, el mirar los profundos surcos de las llagas abiertas hasta verse los huesos, causadas por las barras ardientes del yerro; y el denso humo que se exhalaba de todo el cuerpo, y el silvido de las llamas que lo asaban por debajo; oh! el ver todo aquello fué ciertamente el espectáculo mas atroz que yo he visto en toda mi vida. Pero bastaba fijar la vista en el rostro del mártir para desmentir por algun tiempo estos horrores. Tan viva era la espresion de alegría celestial que brillaba en su semblante! Con la cabeza elevada hacia el cielo, pa-

recia absorto y estasiado, como el proto-mártir Esteban, en la dichosa felicidad que Dios nos tiene prometida. Las mismas llamas que se elevaban de los dos lados de las ardientes parrillas, derramando en derredor sus esplendores, parecían destinadas á formar sobre su cabeza una aureola de gloria, y reflejar sobre su semblante la luz del paraíso; y en sus miradas, y en cada una de sus facciones se observaba una aspiración del alma tan dulce hacia el cielo, que vosotros, si lo hubieseis visto, habriais deseado estar en su lugar.

—Oh! yo si: de muy buena gana, interrumpió Pancracio; y quiera Dios no sea tardando. Siendo tan débil como soy, acaso no podré resistir tormentos tan crueles; pero en semejantes momentos, no es cierto, mi carísimo Quadrato, que Dios nos dá la fuerza proporcionada á los dolores por crueles que estos sean? Tu si que resistirías cualquier suplicio, que eres robusto y acostumbrado á los rigores de la guerra. Por lo que á mi toca, no puedo ofrecer sino mi buena voluntad: pero no crees tu, que esto basta?

—O! si; si; esta te basta, amado Pancracio, exclamó el centurion conmovido. Dios que ahora te dá el valor, te dará tambien la fuerza necesaria. Mas entretanto,

veamos de llevar á cabo nuestra empresa: ánimo pues; cúbrete bien con la capa, por que la noche esta húmeda y fria: y vos, Diógenes, hacednos un buen fuego, y preparadnos pronto la cena: no tardaremos en volver; dejad la puerta entreabierta

—Dios os acompañe, hijos míos, repuso el anciano; cualquiera que sea vuestra empresa, ella será digna de alabanza.

Salieron pues Quadrato y Pancracio, y caminando por los oscuros barrios de la Saburra se dirigieron hácia el Foro. En el entretanto se presentó un nuevo huesped á la puerta de Diógenes con la conocida salutación: *Deo gratias*. Era Sebastian, que con ansiedad preguntó al viejo si sabia algo de Quadrato y Pancracio, porque habia llegado á sospechar algo de sus designios.

Diógenes respondió que los esperaba muy en breve.

En efecto; apenas habia pasado un cuarto de hora, cuando se oyeron pasos precipitados, y al instante se abre la puerta, entran los dos jóvenes, y la cierran apresuradamente atrancándola fuertemente.—

—Aquí está, aquí está, exclamó Pancracio saltando, y sacando un rótulo de pergaminos rotos.

—Que es eso? Preguntaron los demás?

Qué es eso que tanta alegría te causa?

—Que qué es? Es el grande edicto Imperial: Leed aqui: *Dómini Nostri Diocletianus et Maximianus, Invicti Seniores Augusti, Patres Imperatorum, et Cæsarum &c. &c.*

Al fuego; á las llamas: y al decir esto, echó los pergaminos al fuego que ardia fuertemente.

Los hijos de Diógenes echaron encima mas leña, para ocultarlos y sofocar sus chisporrotazos.

El pergamino se fué quemando hasta que quedó consumido, y reducido á un poco de ceniza.

Viva imágen del fin que dentro de pocos años tendrían los soberbios autores de aquel decreto, cuando se quemarian sus cadáveres sobre una hoguera de cedro y maderas olorosas, y de las que apenas se podría recoger un poco de ceniza para llenar la urna funeraria! Y qué otra cosa sería en el espacio de algunos lustros aquel mismo paganismo por cuya defensa se habia hecho el Edicto? qué sería, sino una letra muerta ó un vil monton de carbones apagados? Asi el mismo Imperio que los *Invicti* Augustos iban apuntalando á fuerza de injusticias y crueldades, qué sería dentro de algunos siglos,

sino un poco de humo y vapor? Qué quedaría de su grandeza sino unas pocas cenizas y muchas ruinas, para predicar al mundo, que no hay otro Señor ó Soberano que el Rey de los Reyes, contra el que son impotentes los consejos y fuerzas humanas?

Estos ó semejantes á estos eran quizá los pensamientos que ocupaban á Sebastian, mientras silenciosamente fijaba su vista sobre los pedazos del pergamino que los dos valientes jóvenes habian arrancado del Foro, no por un capricho de travesura juvenil, sino por estar lleno de blasfemias contra Dios y sus Santos Evangelios. Ellos sabian bien, que si llegaban á ser descubiertos, les aguardaba un suplicio diez veces mas cruel que á sus demas cohermanos en Jesucristo; pero en aquellos tiempos, los cristianos no hacian sùtiles discursos para prepararse á morir en las batallas del martirio como valerosos soldados. Morir por Jesucristo era el término de sus deseos. Poco les importaba el género de muerte; no les importaba que esta fuese pronta ó lenta, dulce ó atroz, con fuego ó con espada; poco les importaba ser muertos de un solo golpe y poco á poco y como bebiendo á sorbos la agonía y la muerte.

Sebastian no se atrevió á reprender la

atrevida empresa de los dos jóvenes; la que por otra parte tenia su lado cómico por el solemne chasco que llevarian al otro dia los promulgadores del Edicto. Resolvió pues tomar á burla aquello, tanto mas, cuanto que veia á Pancracio con alguna ansiedad y desconcertado á su Centurion por su silencio. Asi que, habiéndose reido todos de la aventura, se sentaron alegres á la mesa, y cenaron con mas apetito que nunca.

Concluida la cena, se retiraron á sus casas; Sebastian acompañó hasta la suya á Pancracio; despues al retirarse á su cuartel, tuvo que dar un gran rodeo para no atravesar el Foro.

Si aquella noche hubiera observado alguno á Pancracio cuando se iba á acostar, le hubiera oido de cuando en cuando las mas fuertes carcajadas de risa, recordando sin duda la burla que acababa de hacer, y pensando sobre los resultados de su empresa.

CAPITULO XI.

Las esplicaciones.

No bien despuntó el alba, cuando se levantó Corvino, y en derechura se encaminó al Foro. Se alentó algo viendo los pasos bien guardados, y en sus puestos y en buen orden las avanzadas; pero desde estas avanzó con ansioso apresuramiento á la fatal columna: y, quién será capaz de describir el estupor, la rabia, el furor que de él se apoderó, cuando vió que habia desaparecido el Edicto, y que solo habian quedado en la desnuda tabla algunos pedacitos de pergamino al rededor de los clavos, y delante del pilar al Dacio con aire de estolida tranquilidad, como si nada hubiera ocurrido? Corvino estuvo tentado á arrojarse á la garganta del centinela, como un tigre; pero lo contuvo una mirada de hiena que vió brillar en el fondo del ojo del bárbaro: no pudo sin embargo contenerse del todo, y

en desaforados gritos y con voz casi sofocada por la ira gritó:—Que es esto, bestia? cómo ha desaparecido de aquí el edicto? Vamos, espíciate, animal; dilo de una vez.

—Poco á poco, Señor Kornweiner, respondió el imperturbable ultramontano. Aquí está el edicto, lo mismo que cuando lo dejasteis..

—Dónde está, bruto? Mira arriba si lo encuentras.

—El Dacio se aproximó á lo alto de la columna, y despues de haber mirado bien y por la primera vez la tabla.—Pues bien, dijo: no es esta la misma tabla que dejasteis á noche?

—La misma tabla si, estúpido, pero el escrito que en ella habia, dónde ha ido? El escrito no está aquí, y el escrito es el que debias haber guardado.

—Mi Capitan, en cuanto al escrito, yo nada entiendo, pues jamás he ido á la escuela; pero como esta noche ha llovido tanto, acaso el agua lo habrá borrado..

—Sí: y como soplaba un viento tan fuerte, acaso el viento se habrá llevado el pergamino.

—Decís bien, Señor Kornweiner: así habrá sucedido.

—No mas chanzas miserable; este no es

asunto de burla. Dí pronto, quien ha venido aquí esta noche?

—Han venido dos.

—Dos? quienes?

—Dos magos ó dos duendes, ú otra cosa peor.

—Vamos, déjate de necedades —Al oír esto, los ojos del Dacio comenzaron á centellar con un brillo siniestro; Corvino lo notó, y en tono mas blando le dijo.—Vamos Armenio, dime claramente quienes eran, y qué es lo que han hecho.

—Quienes, he? El uno era jóven, alto y delgado que se puso detras del pilar, y que se llevaría á no dudarlo lo que decís que falta, mientras yo me las habia con el otro.

—Y este otro, ¿quien era? á quien se parecia?

El soldado abrió los ojos y la boca, y fijando con estupor la vista en Corvino, respondió con grotesca solemnidad:—Que á quien se parecia me preguntais? A fe mia que no lo sé; sino era el Dios Thor, le falta poco. En mi vida he sentido brazos mas fuertes y nervudos.

—Pues cómo has conocido que tenia esas fuerzas?

—Lo primero que hizo fué aproximarse á mi y hablarme amigablemente del frio que

hacía y de cosas por el estilo: Entonces me acordé de que se me había dado la orden de atravesar de parte á parte á cualquiera que se me acercase.

—Pues bien, dijo Corvino; por qué no lo hiciste así?

—Por la sencilla razón de que *él* me lo impidió: yo le grité que si no se alejaba, lo atravesaría con mi lanza; eché pie atrás y la enristre: pero no sé como se la gobernó; ello es que sin saber como ni cuando, me la arrancó de las manos, y la hizo dos pedazos como si hubiera sido la espada de madera de un saltimbanquis: luego arrojó el hierro y lo dejó clavado en la tierra á mas de cien pasos de distancia: miradlo: allí se vé.

—Y entonces, por qué no fuiste tras de él y lo pasaste con tu espada? pero dónde tienes la espada? pues no veo si no la vaina.

El Dacio, señalando con el dedo el techo de la próxima basílica, —miradle, respondió: no veis allá arriba brillar sobre las tejas una cosa?

—Corvino miró, y vió en efecto brillar una cosa semejante á una espada; pero no pudiendo dar crédito á sus ojos, replicó.

—Cómo ha podido volar la espada hasta allá arriba, pedazo de bestia?

—El soldado se retorció el bigote, y con

un gesto que estremeció á Corvino, respondió:

—Aquel Dios, aquel demonio ó lo que fuera, me la arrancó como por encanto de la mano, y la lanzó allá arriba con la misma facilidad con que yo arrojaría un plato á veinte pasos.

—Y despues?

—Despues él y el jóven que se habian quedado en el pilar, concluida su operacion, desaparecieron entre la oscuridad.

—La aventura es bien estraña, murmuró entre si Corvino, pero tiene trazas de ser la pura verdad. Mas quién habrá sido? Esta empresa no es obra de un cualquiera.—Mas por qué, Armenio, no diste la voz de alarma y gritaste á la guardia para que los persiguiese?

—En primer lugar, Señor Kornweiner, por que en mi tierra se acostumbra á combatir con los hombres; no con las fantasmas: y luego, para qué? si estaba sana y salva la tabla que me encargastes custodiar?

—Majadero, bestia, refunfuñó entre dientes Corvino; añadiendo en seguida: esta falta va á costarte muy cara. Sabes que hay pena de muerte para los delitos de esta clase?

—Qué delitos?

—Permitir que una persona se aproxime

á hablar al centinela sin pedirle la contraseña.

—Poco á poco, mi Capitan. Quién os ha dicho que no se la pedí?

—Y te la dió? si te la dió, no podia ser un cristiano.

—Si Señor: me la dió; y al aproximárse pronunció con toda claridad: *Nomen imperatorum*.

—Cómo?

—*Nomen imperatorum*.

—*Numen imperatorum*, bárbaro, *Numen imperatorum*, era la contraseña, gritó Corvino, arrojando espuma de rabia.

—*Nomen* ó *Numen*, lo mismo dá: toda la diferencia está en una sola letra: Tambien vosotros me llamais Armenio, y no me llamo sino Hermann, que significa lo mismo. Cómo quereis que yo sepa las delicadezas de vuestra lengua?

—Corvino estaba rabioso, mas que contra nadie contra si mismo, por que comprendió aunque tarde, que hubiera obrado con mas acierto poniendo de centinela á un soldado vigilante é inteligente de la guardia pretoriana, en lugar del insensato bárbaro.—Bien, bien, dijo por fin, Corvino, dirigiéndose al soldado; tu responderás de esto al Emperador; y entónces conocerás los resultados de tu falta.

—En cuanto á eso, Señor Krummbeiner, respondió amostazado el soldado, los dos hemos caido en el mismo garlito. Corvino se puso pálido, al oir esta frase (demasiado verdadera.) Si os habeis de salvar, habreis de salvarme á mi tambien: A vos os dió el Emperador el encargo de aquella cosa, como la llamais? aquel pedazo de tabla.

—Tienes razon amigo: yo haré correr la voz que una turba de gente armada, superior en número, te ha atacado y muerto esta noche. Tu deberás permanecer oculto algunos dias en el cuartel hasta que se olvide la ocurrencia; asi nos salvamos los dos: en el cuartel pasarás una buena vida; pues yo tendre cuidado de mandarte cerveza en abundancia. Con que asi, no se hable mas de esto.

En conformidad de este plan, el soldado fue á ocultarse al cuartel. Pocos dias despues se vió sobrenadar en el Tiber el enorme cadáver de un Dacio con señales claras de haber sido asesinado.

Se creyó que el miserable habia sido muerto en alguna pendencia con los borrachos; y nadie volvió á pensar en él: Corvino podia haber aclarado el misterio. Este antes de alejarse de la malhadada columna registró con cuidado aquellos lugares, á ver si podia en-

contrar algun vestigio del delito y de sus perpetradores; y precisamente junto al pilar encontró un cuchillo, que recordaba haber visto algunas veces en manos de uno de sus condiscípulos de escuela: recogiólo; y conservándolo como un instrumento de futura venganza, se apresuró á proveerse de otra copia del decreto.

Entre tanto se habia hecho ya de dia claro; de todas partes afluián las gentes al Foro ansiosas de leer el terrible edicto, que tanto tiempo hacia tenia los ánimos en expectativa. Pero cuando vieron que en el pilar no habia sino una tabla desnuda, se levantó un tumulto y voceria universal. Quien, admiraba el valor de los cristianos, que eran tachados de cobardes; quien, se indignaba por tamaño atrevimiento. Estos se reían de los oficiales del Gobierno, que tan completamente burlados quedaban. Otros finalmente, se dolían de que hubiera de diferirse el espectáculo tan esperado para otra ocasion.

Bien pronto circuló por toda la ciudad la noticia de lo ocurrido; y en los baños, en los jardines y paseos públicos, en las basílicas, en todas partes no se hablaba de otra cosa que de la misteriosa desaparición del Edicto.

—Qué suceso éste tan extraño y singular, decia uno.

—Di mejor, qué insulto tan sacrilego á la magestad de los divinos Emperadores, respondia otro.

—Pero, cómo ha sucedido esto, preguntaba un tercero?

—Pues qué, no has oido que el Dacio que estaba de centinela en el *Puteal* se ha encontrado muerto esta mañana con veintisiete puñaladas, diez y nueve de las cuales eran bastantes cada una por si sola para causar la muerte?

—No; eso es una locura, interrumpia otro mas sabio y astuto; la cosa no ha pasado asi. El Dacio no ha sido muerto á puñaladas; todo ha sido obra de pura magia. Dos mugeres se acercaron á él por la noche, y arremetiendo á una con la lanza, la pasó de parte á parte, quedando la lanza clavada en tierra sin que la maga recibiese daño alguno. Acometió despues á la otra, dándola con su espada fuertes cuchilladas; pero como si hubiera dado en un duro mármol. Esta arrojó sobre el soldado un puñado de ciertos polvos que lo hicieron volar por el aire; y esta mañana se le ha encontrado sano y tranquilamente durmiendo sobre el techo de la Basílica Emilia. Un amigo mio que estaba allí muy de madrugada ha visto puesta todavia la escalera por donde lo bajaron.

Prodigioso lance! exclamaron todos. Estos cristianos son la gente mas extraordinaria del mundo.

Estas brujerías no son cosa nueva en los cristianos, decia otro. Desde los tiempos de Neron se sabe que un cierto Simone, llamado Simon Pedro y Simon Mago, aquí, en la misma Roma en virtud de sus encantamientos voló por los aires á presencia de todo el pueblo; pero habiéndosele caido el cinturon, se deshizo el hechizo; cayó y se le rompieron las dos piernas, por lo que lo crucificaron con la cabeza abajo.

—Pero qué, son hechiceros todos los cristianos?

—Lo son por necesidad, siendo esta una parte de su supersticion. No solamente destrozarán como han hecho ahora un Edicto supremo de la divinidad de los Emperadores, sino es que conspirarán contra el Estado, atentarán contra la sagrada vida de los Emperadores, y todo lo harán sin el mas minimo remordimiento de conciencia: En tales casos les basta buscar uno de sus Sacerdotes, le confiesan el hecho, le piden perdon, y con solo esto se dan por satisfechos, y se juzgan inocentes.

—Qué horror! Una secta como esta es incompatible con la seguridad del Estado.

Ho! hacen muy bien en perseguirla nuestros divinos Césares á sangre y fuego; hacen muy bien de esterminarla de una vez de la faz del Imperio.

Con estos discursos se encendia mas y mas la ira de los paganos contra la grey de Jesucristo, y todos se preparaban á gozar de los sangrientos espectáculos que ofrecerían los tribunales del Foro, y la arena del anfiteatro.

CAPITULO XII.

Las Catacumbas.

DESPUES de la Empresa de la noche no habian tenido nuestros dos jóvenes cristianos mucho tiempo para descansar; pues los fieles debian reunirse muy antes del amanecer en los respectivos *títulos*, para concluir y separarse antes del alba. Esta reunion en los *títulos* debia ser la última, porque desde aquel dia en adelante, cerrados ya todos los oratorios de la Ciudad, el culto divino debia celebrarse en las Iglesias subterráneas de los cementerios, como se hacia en tiempos de persecucion. Redóblabase el fervor de los Cristianos en estos subterráneos, y aun los mas débiles y tibios se hacian fuertes y fervorosos. En las persecuciones veian no un matadero y suplicio, un glorioso campo de batalla, donde aprendian á ser soldados valientes, sa-

cando especialmente fuerzas y valor, armas y alimento de la mesa eucarística, en la que recibían el pan de los fuertes. Como no era fácil en aquellos tiempos, que todos se reuniesen, ni aun los Domingos, en las diversas catacumbas, situadas á algunas millas de la Ciudad, se concedía á los fieles el privilegio de guardar en su casa la Sagrada Eucaristía, y comulgar privadamente todas las mañanas antes de tomar alimento alguno. Aun el código penitenciario fué dispensado en aquellos dias por la Iglesia, abreviando el término de la espiacion y penitencias públicas, y absolviendo á los penitenciados con condiciones menos rigurosas.

Gran parte de la noche de que hablamos, fué empleada por los celosos Sacerdotes en oír las confesiones de los fieles arrodillados á sus pies, y en prepararlos á recibir con fruto aquella que para muchos sería su última comunión pública. En seguida se celebraron los sacrosantos misterios del altar con los mismos ritos que ahora, no solamente en las partes esenciales, sino tambien en muchas oraciones y ceremonias secundarias; de modo que el católico que ahora oye misa, y mucho mas el Sacerdote que la celebra en el mismo idioma que usó la Iglesia Romana de las catacumbas, está íntimamente unido con los

mártires que entonces celebraron, y asistieron al augusto sacrificio de la misa. Cuando el celebrante llegaba al *Pax Domini*, que era el momento de dar el beso de paz, tuvo lugar la escena mas tierna de fervientes suspiros en que prorrumpian muchos al darse el abrazo de caridad fraternal, que acaso para ellos sería el último. Cuántos hijos, suspendidos del cuello de su padre derramaban dulces lágrimas al reflexionar, que acaso la espada del verdugo los separaría en el mismo día, para reunirse en breve adornados con las palmas del martirio en el Cielo! Cuántas madres, al apretar contra su seno á sus hijas, sentian aumentarse su ternura por el pensamiento de una próxima y quizá larga separacion!

En seguida se distribuyó la comunión, que fué mas solemne y devota que de costumbre.

«El cuerpo de Nuestro Señor Jesu-Cristo,» decia el Sacerdote al distribuir á cada uno la hostia consagrada. *Amen*: respondia el fiel con espresion llena de fé y amor. Despues estendiendo sobre ambas manos un lienzo blanco, llamado *orarium*, lo envolvia en otro mucho mas precioso, lo colocaba en una pequeña bolsa de oro, y ocultaba en el pecho el sagrado tesoro. Terminado antes de ha-

cerse de dia el augusto sacrificio, y aun antes que se hubiera circulado la noticia de la desaparicion del Edicto, se separaron los cristianos, citándose para reunirse una hora mas tarde en las catacumbas.

Corvino entretanto, vuelto del primer aturdimiento en que lo habia dejado la desaparicion del edicto, comenzó á reflexionar sobre las funestas consecuencias que probablemente traeria esta ocurrencia; y cuanto mas reflexionaba sobre ello, tanto mas comprendia la irritacion que esto causaria al Emperador. El Dacio tenia razon, decia entre si; el culpable para Maximiano he de ser yo; sobre mi ha de descargar todo el enojo de su ira. Despues, ademas de haber provisto otra copia del Edicto imperial, y fijádolo en el Foro, para conjurar la tempestad que le amenazaba, creyó que el mejor partido era dar un buen golpe contra los cristianos, antes de presentarse al Emperador. Resolvió pues anticipar en aquel mismo dia el asalto del cementerio de Calisto que habia maquinado para el dia siguiente. Dirigióse á los baños de Caracalla en busca de Fulvio y de Torcuato, el infeliz apóstata, á quien Fulvio no se atrevia á separar de su lado, temeroso de su *arrepentimiento*: asi es que con mil stratagemas pro-

curaba mantenerlo en su apostasía, y envolverlo mas en la red de sus diabólicos designios. Allí tuvieron los tres cómplices su consejo, y concertaron todo el plan de ataque. Corvino al frente de un cuerpo de soldados, sirviéndoles de guia Torcuato, debia penetrar en el cementerio, y echar fuera al Clero y á los Cristianos de mas consideracion; Fulvio se quedaria en las salidas con otra compañía de soldados, é iria aprehendiéndolos, principalmente al Pontífice y alto Clero, cuyas facciones le eran bien conocidas, por las pinturas que Torcuato le habia hecho de ellos. Este plan fué astutamente ideado por Fulvio, quien señalando á sus dos cómplices la parte mas peligrosa, reservó para si la de menos riesgo. Vayan esos tontos, decia entre si, á internarse en esas gazaperas; que yo prefiero cazar en campo libre.

Combinado así el órden de batalla, se prepararon á egecutarlo cuanto antes. Pero no anduvieron en esto tan cautos, que el ojo vigilante de Sebastian, á quien principalmente se habia confiado la defensa de la cristiandad de Roma, no penetrase sus intentos. Sebastian tuvo noticia de este proyecto satánico, y dió las providencias mas acertadas para impedirlo.

Pero antes que Corvino se ponga en marcha con su pequeño ejército, invitamos al lector salga con nosotros fuera de la puerta Capena, llamada ahora San Sebastian, y despues de un largo trecho de camino, bajemos á las catacumbas del cementerio de Calisto, donde de varios puntos y por diversos caminos se habian reunido muchos cristianos con el Pontífice Marcelino, para cantar en la basílica subterránea las alabanzas del Altísimo.

Detras de unas malezas que ocultan la entrada, hay una escalera muy pendiente que, atravesando las primeras capas de tierra arenosa y ligera se interna en las entrañas de aquellas concavidades en cuyas paredes se ven todavia impresos los golpes del azadon con que las escavaron. Este es el primer piso de la catacumba, que se estiende por un inmenso espacio de galerías, rodeos y encrucijadas como una ciudad subterránea. De este se baja al segundo, y del segundo al tercer piso, contruidos todos bajo el mismo plan.

Las galerías que forman la parte principal de cada una de las catacumbas, corren en todas direcciones, ora á la derecha ora á la izquierda, tal vez en línea recta, siempre cruzadas por otras, estas por otras, y despues

otras; formando así una gran red, ó laberinto de corredores, en cuyas sinuosidades sería peligroso estraviarse.

Mas no se crea que estos pasadizos se han construido, como parece indicarlo su nombre, solo para dar paso, sino que ellos son los que principalmente forman la catacumba ó cementerio, pues tanto sus paredes como los lados de las galerías son unas verdaderas colmenas de sepulturas, es decir, están surcadas por hileras de nichos cuadrilongos sobrepuestos los unos á los otros, cuyo número es de dos, tres, cuatro, y en algunos sitios hasta catorce. Cada uno de los nichos ó sepultura, como propiamente se llaman, no tiene mas longitud y latitud que la suficiente para encerrar el cadáver al que sirve de tumba. Las hay de todas dimensiones desde la de un niño hasta la de mayor estatura.

Las sepulturas se hacían poco á poco segun la necesidad, y á lo que parece, estando presente el cadaver cuya medida se tomaba: envuelto ya el cadaver en la sábana funeral, y colocado en la sepultura, se cerraba esta inmediata y hermeticamente con una losa de mármol, y con mas frecuencia con ladrillos colocados de canto y sólidamente revocados con argamasa. La inscrip-

cion sepulcral se esculpía en el marmol, ó se gravaba en la argamasa todavía fresca: mas esto no siempre, porque el mayor número de las tumbas están sin nombre ó epitafio alguno.

Nada diremos aqui de la sencillez y uncion de estas inscripciones sepulcrales; porque pueden leerse en multitud de copias que se ven en los museos y en las Iglesias, ó en los libros de los arqueólogos, que las han transcrito é ilustrado: bástenos saber, que todas respiran el suave perfume de la fé, de la esperanza y de la caridad cristiana con respecto á la comunion de los Santos, al valor de los sufragios y á la resurreccion de la carne, representando á la muerte como un sueño de paz, y al sepulcro como un depósito de reposo transitorio, donde los cuerpos de los fieles esperan con confianza el sonido de la trompeta, que despertandolos de aquellas tinieblas, los llamará á una vida nueva é inmortal.

Ademas de los epitafios y acostumbrados símbolos cristianos inscritos sobre las sepulturas, se encuentran tambien con frecuencia otras señales, como medallas, camafeos, piedras preciosas, y algunas veces conchas ó guijarros, que los parientes ó amigos del difunto gravaban sobre la argamasa aun tier-

na y humeda, que dejaban allí pegados sin duda para conocer mas facilmente la tumba de sus amigos ó parientes, especialmente cuando la sepultura no tenía inscripcion.

De trecho en trecho se abren á lo largo de aquellos subterráneos algunas criptas mas espaciosas en forma de aposentos ó cámaras, llamadas por esto *cubicula*. Una pequeña antesala sirve de paso para ir desde la galería á la cripta, que acaso no es otra cosa que una sepultura de familia, pero con mas frecuencia es la tumba de algun martir illustre, en cuyo dia aniversario se reunian los fieles para solemnizar su memoria. En estas ocasiones, la tumba del martir servia de altar sobre el que se celebraba el santo sacrificio, por lo que se llamaba *arcosolium*, ó sea, sepulcro-altar. El cielo y las paredes de la cripta y todo el interior del *arcosolium* estaban pintados con símbolos cristianos, que todavia se conservan, y que son los mismos que se ven reproducidos en todos los monumentos de la Iglesia de aquellos tiempos.

El Buen Pastor que lleva sobre sus hombros la oveja descarriada, la multiplicacion de los panes y de los peces, el *ixthys* tan célebre entre los símbolos de las antigüedades cristianas, Moisés, ó sea Pedro, que

hiere con la vara una peña de la que brota el agua, Noe en el arca con una paloma que viene volando hácia él, Jonás arrojado al mar y tragado por una ballena la que despues lo vuelve á arrojar en la ribera, la resurreccion de Lázaro, y de los tres niños de Babilonia en el horno ardiendo, y hasta Orfeo amansando las fieras del Desierto con su lira, con otras figuras que los cristianos sacaban hasta de los mitos paganos para simbolizar al Salvador, con el fin de ocultar mejor los sagrados misterios á los ojos de los gentiles y hacer cesar asi sus sacrílegas blasfemias: tales eran los símbolos que se pintaban en el cielo, paredes é interior de las criptas.

Pero la parte mas espaciosa y augusta de la catacumba es la iglesia subterránea, donde los fieles solian reunirse en los tiempos de persecucion que describimos para celebrar los misterios divinos. Aqui ciertamente no se encontrará ni la grandeza, ni la magnificencia con que despues de la paz de Constantino empezaron á edificarse las basílicas cristianas; pero tambien es cierto, que muchas de las nuevas basílicas, en la planta de su arquitectura se han conformado con las basílicas subterráneas de los cementerios, sirviendo estas como de cuna y modelo.

Figúrese el lector una larga cripta dividida en dos aposentos por la galería principal de la catacumba. Una de estas dos divisiones probablemente estaba destinada para las mugeres, y la otra para los hombres; pues la primitiva Iglesia guardaba rigurosamente la separación de los sexos. Cada una de estas divisiones estaba dividida en dos ó mas cámaras por medias columnas, en las que se veían algunos nichos en los que se colocaban algunas lamparillas. La división de los hombres se prolongaba á otra cámara que servía de santuario ó presbiterio. En el centro de este había una silla ó cátedra con el respaldo y brazos tallados en la piedra viva, y de cada uno de sus lados, arrancaba otro sitial también de piedra que corría á lo largo de la pared.

La cátedra se apoyaba fijamente sobre la tumba arqueada, ó sea el *arcosolium* que formaba como el abside de este templo. No pudiendo esta tumba inmóvil servir de altar como en los aposentos antes descritos, en su lugar se hacía uso de un altar portátil que, colocado en medio del santuario entre el trono episcopal y el pueblo, dió origen á los confesonarios, cuales se ven ahora en las antiguas basílicas de Roma.

En alguna de las iglesias de las catacum-

bas, y precisamente en la del Cementerio de Calisto, se ve contigua á la Iglesia otra cámara sin altar, que tiene comunicacion con la Iglesia por medio de un conducto en forma de embudo, y va á parar en direccion oblicua á la cámara cuyo nivel es cinco ó seis pies mas bajo que el de la iglesia, de modo que desde aquella se podia oir todo lo que se decia en la iglesia, pero sin ver nada de lo que se hacia. Verosimilmente esta era la cámara destinada á los penitentes públicos, llamados *audientes*, y á los catecumenos que todavia no estaban suficientemente iniciados en los sagrados misterios para poder recibir el Bautismo.

CAPITULO XIII.

El asalto.

TAL era la Basílica en que se hallaban reunidos el Pontífice y los fieles para cantar las divinas alabanzas, cuando Corvino y Fulvio con su guía Torcuato y demás satélites llegaron á la entrada de las catacumbas. Ni una alma se veía por aquellos alrededores, y todo yacía en el mas profundo silencio.

Fulvio se quedó á la entrada con un peloton de diez ó doce hombres, para detener á cualquiera que intentase salir ó entrar, mientras Corvino con Torcuato con otro destacamento se preparan á bajar al cementerio. Entónces un viejo legionario de barba cana empezó á murmurar diciendo.—Yo no quiero internarme por esos subterráneos. Soy soldado, y nó cazaratones. Que se presente el

enemigo á la clara luz del dia y en campo raso, y se me verá combatir cuerpo á cuerpo con él; pero lo que es entrar en esas cloacas para ser sofocado por el humo, ó asesinado impunemente, eso no lo haré yo.

—Lo aplaudieron los demas soldados, añadiendo uno:

—Quién sabe los centenares de soldados que habrá agazapados en esas madrigueras, cuando nosotros no somos sino muy pocos?

—A nosotros no se nos dá la paga, para esta clase de empresas, dijo otro.

—A ellos no los temo, prosiguió un tercero, lo que temo son sus hechizos: por este estilo iban espresándose todos, tanto, que fué necesaria toda la elocuencia de Fulvio para inducirlos á bajar.

—No hay que temer, les decia; los cristianos son cobardes: ya vereis como en el momento que os vean huyen como liebres: en la Iglesia encontrareis mas plata y oro que el que vale la paga de un año.

Animados con esta arenga, y estimulados por la codicia, empezaron á bajar encorvados y atientas por los escalones hasta el primer piso del subterráneo. La débil luz de algunas lámparas colocadas de trecho en trecho, ó en los sitios donde habia alguna revuelta, iluminaba las tinieblas de aquellos

corredores y servían de guía á los que entraban.

—Silencio! exclamó uno; se ha oído una voz! —Oíase en efecto á lo lejos el plateado sonido de una voz juvenil, tan clara, que aunque debilitada por la distancia, se distinguían todas las palabras, y escuchando con atención oyeron entonar los siguientes versículos.

Dominus illuminatio mea, et salus mea: quem timebo?

Dominus, protector vitæ meæ; á quo trepidabo?

En seguida oyeron el sonido de muchas voces juntas semejante al sonido de muchas aguas, que respondían:

Dum apropiant super me nocentes, ut edant carnes meas; qui tribulant me inimici mei, ipsi infirmati sunt et ceciderunt.

Un sentimiento mezclado de vergüenza y cólera se apoderó de los invasores al oír estas palabras de confianza y de desprecio. Después, el que cantaba solo, volvió á entonar, aunque con voz menos sonora:

Si consistant adversus me castra, non timebit cor meum.

—Me parece que reconozco esta voz, dijo Corvino; la distinguiría entre mil; no puede fallar; es la voz de Pancracio, de esa peste

de Pancracio, que esta noche ha destrozado el edicto, y que es la causa de todos mis disgustos... adelante, adelante; ánimo y valor: el que me lo presente vivo ó muerto, que cuente con una buena recompensa.

—Quietos: dijo uno: aqui es necesario encender las hachas.

—Oh! qué ruido es ese! dijo otro, mientras se encendian, ya hace rato que lo estoy oyendo: no parece sino que allá á lo lejos están dando martillazos y azadonazos.

—Mira, mira, añadió otro; ya han desaparecido las luces, y no se oye ya aquella música. Qué será? Nos han sentido: se nos ha escapado la presa.

—Fuera miedo, dijo Torcuato, haciendo ostentacion de un valor que no tenia. Ese ruido es el que meten los hijos de Diogenes al abrir las sepulturas de los cristianos que nosotros vamos á prender.

En vano habia insistido Torcuato en que no se llevasen hachas encendidas, sino simples linternas como las que usaban los cristianos en las catacumbas, ó cerillas como las que él traia para su uso, pues los soldados se empeñaron en no bajar sin hachas de viento. Pero no tardaron á conocer su error, pues al internarse silenciosos por aquellos estrechos y bajos callejones, chisporroteaban

las resinosas teas despidiendo grandes llamas que los incomodaban y quemaban; grandes columnas de humo negro y denso no teniendo respiradero alguno por donde salir formaron al rededor de ellos una espesa atmósfera, que casi les impedía la respiración, apagando al mismo tiempo las luces de sus linternas.

Así se fueron internando, caminando con gran dificultad tras del apóstata que los guiaba, hasta que, de repente tropezaron con un muro de tierra, que les impidió marchar adelante, interceptándoles el camino. Sebastian habia avisado con tiempo á Diógenes el asalto urdido por Fulvio, Corvino y Torcuato, y los cristianos con este aviso se habian preparado á la defensa. Severo, uno de los hijos de Diógenes, que estaba como de guardia al pie de la escalera, en el momento que sintió la llegada de los enemigos, corrió á dar aviso á los robustos operarios que estaban esperando junto á un monton de arena por si sobrevenía algun peligro: inmediatamente empezaron á trabajar con palas y azadones, y en muy poco tiempo consiguieron obstruir el paso. Detras de esta barrera estaban escuchando los cristianos conteniendo á duras penas la risa, cuando llegaron los enemigos. Desde allí hacian la

descarga de imprecaciones y amenazas que dirigieron á Torcuato, tratándolo de bestia y de traidor. Este sin embargo no se desalentó, y tomando consejo del peligro, quietos dijo; calma y serenidad. Acaso no habré contado bien mis pasos. Estoy seguro que por aqui debe haber un sepulcro notable, que me ha de servir de guia: dejadme examinar uno ó dos de los corredores que hemos atravesado, que con esto hallaré el hilo de este laberinto.

Dicho esto se metió por la primera galería de la izquierda, se internó por ella, avanzó algunos pasos y de repente desapareció.

Habíanlo seguido sus compañeros hasta la entrada de la galería; pero no pudieron ver como habia desaparecido: parecia cosa de encanto, y á encanto lo atribuyeron los soldados. En un instante y á sus mismos ojos habia desaparecido tanto él como la luz que llevaba en la mano —No queremos ni necesitamos saber mas. O nos ha vendido Torcuato, ó se lo han llevado las brujas.

Fatigados, burlados y humillados volvieron atras, atravesando apresuradamente aquella ardiente y peligrosa atmósfera de humo que á cada paso los sofocaba. Como el camino era recto hasta la entrada del Ce-

menterio, se desembarazaron de las malahadadas teas, arrojandolas encendidas á las galerías laterales que se cruzaban al pasar. Cuando se volvieron á mirar hácia atras, el espectáculo que se presentó á su vista era semejante á una brillante iluminacion, como si todo el aire de aquellos subterráneos se hubiera convertido en un lago de luz. Las grandes llamas que salian de las bocas de las diferentes galerias reflejando sobre las paredes de la peña lívida, les daba el color de un vivo carmesí, al paso que, las voluminosas columnas del humo andaban haciendo giros caprichosos como otras tantas nuves de ambar suspendidas bajo el cielo de la espaciosa galería. Al reflejarse en las tumbas tan extraordinario esplendor, parecian estar cubiertas de oro que resaltaba sobre el purpúreo damasco de las paredes. Todo en fin parecía un solemne homenaje tributado al martirio por las mismas furias del paganismo en el primer dia de la persecucion. Las teas que habian encendido para que iluminase la destruccion, servian para adornar los monumentos de aquellas virtudes que siempre han salvado á la Iglesia. ¶

Pero antes que aquellos canes, frustrados sus planes, hubieran llegado á la escalera, fueron sorprendidos por una estraña apari-

cion. Al principio creyeron que seria la claridad del dia que reflejaba de la parte de arriba, pero pronto conocieron que era el resplandor de una linterna que sostenia en la mano una figura que estaba de pies é inmovil, sobre cuyo rostro reverberaba la luz. Estaba vestida de negro, y se asemejaba á una de aquellas estatuas de bronce que tienen la cabaza y pies de marmol blanco, y no parece sino que están vivas.

—Qué será, se preguntaban unos á otros los soldados? quién será?

—Una hechicera:—decia uno.

—Es el *genius loci*, decia otro.

—No: que es un duende, añadió un tercero.

—Y aunque se iban aproximando, la figura no daba señales de advertirlo: *neglì occhi suoi non era luce é vita*: y allí permanecia inmovil é impávida. Finalmente, dos de los soldados se le aproximaron mas, y la asieron del brazo.

—Quién eres tú? la preguntó Corvino hecho una furia.

—Soy cristiana, respondió Cecilia, con su acostumbrada risueña dulzura.

—Vamos: traedla, gritó.—Al menos alguna pagará el petardo que hemos llevado.

CAPITULO XIV.

La primera Flor.

CECILIA, aunque ciega, tenia conocimiento práctico no solo de las calles de Roma, las que la hemos visto recorrer con seguros pasos, yendo sola á las casas de Inés, de Lucina y de Fabiola, sino tambien de las catacumbas y todos sus intrincados laberintos subterráneos, que para ella no estaban mas oscuros que las calles y callejuelas de la Ciudad. Y era tal el conocimiento que tenia de los cementerios cristianos, que cuando estalló la persecucion no le fué difícil alcanzar la gracia, que tanto ambicionaba de servir de guia á los fieles que en ellos se reunian. Precisamente estaba desempeñando este encargo, cuando fué prendida por los soldados de Corvino. Habiendo penetrado en la catacumba por otra entrada desconocida á los inva-

sores, había ido á la basílica para llevar al Pontífice una carta de Sebastian, en la que le suplicaba, no saliese de allí, hasta que no mandase por él, puesto que su sagrada persona era muy especialmente buscada por los enemigos. Despues, cuidadosa de egercer su nueva comision, encendiendo una luz, habia venido por rodeos bien conocidos de ella, á colocarse cerca de la entrada por la que, poco ántes habian entrado los soldados. Cuando estos se volvieron atras chasqueados é impacientes por salir de aquellos abismos encantados, Cecilia, oyendo sus pasos, y juzgando que eran amigos, levantó la luz, para alumbrarles y que viesen el camino. Mas cuando conoció que habia caido en las manos de los perseguidores, su angelical rostro brilló con una sonrisa mas festiva que nunca: por que estaba segura de que en breve se cumpliria su mas ardiente deseo, cual era el de morir por Jesucristo, y ofrecerse á su divino esposo como la *primera Flor* de la nueva primavera.

Cuando Fulvio vió subir á Corvino con su destacamento sin otra presa que una pobre muchacha ciega, se enfureció sobremanera.

—Todavía es esto peor que una completa derrota, gritó encolerizado. Internarse tanto en las entrañas de la tierra, y no sacar mas

que un miserable raton! Este es el colmo del ridículo, ridículo por el que vamos á ser la fábula de Roma: y asi continuó derramando su bilis en maldiciones contra Corvino que bramaba de cólera: despues, repentinamente preguntó.—Y Torcuato dónde está?

Refiriéronle como habia desaparecido de improviso, sin saber como ni adonde, mezclando en esta relacion tantas extravagancias como las que se habian mezclado en el caso del soldado Dacio. Aquella desaparicion causó gran disgusto á Fulvio, por que se persuadió que habia sido burlado por Torcuato, quien en lugar de entregarle los cristianos, habia entregado y vendido á los soldados.—Esta prisionera no dejará de saber algo, decia entre sí: por lo que se resolvió á interrogarla: y poniéndose delante de ella la miró de alto arriba con sus ojos de gavilán; y mírame, la dijo, mírame bien, muchacha, y dime claramente la verdad.

—Os diré la verdad, Señor mio, respondió Cecilia con un tono de voz el mas dulce, y con aquella gracia que le era tan natural; yo os diré la verdad; pero miraros me es imposible: no veis que soy ciega?

—Ciega! exclamaron todos á un mismo tiempo, agrupándose en torno suyo para mirarla.

Fulvio permaneció impasible; pero le ocurrió un pensamiento que se deslizó sobre su frente como se desliza la brisa fugaz que pasa ligeramente sobre las doradas mieses.

Seria bien ridículo, dijo, el ver conducir por la ciudad á una muchacha ciega bajo la guardia de tantos soldados. Volveos pues á vuestros cuarteles, que yo cuidaré de que seais ampliamente recompensados. Tu, Corvino, monta en mi caballo, y ve delante á referir á tu padre todo lo sucedido: yo voy detras en un carruaje con la ciega.

—Nada de traicion, dijo Corvino, entre colérico y humillado. No dejes de llevarla; por que este dia no debe pasarse sin una víctima.

—No tengas cuidado: dichas estas palabras, que Cecilia no pudo oír, se separaron.

El pensamiento de Fulvio era de servirse de Cecilia para espía en lugar de Torcuato; pero la serena mansedumbre de la pobre mendiga lo desconcertaba, y presentía, que en la ciega encontraria un temple de alma muy diferente de la del infeliz y apóstata neófito. Se resolvió sin embargo á tantear el vado, y apenas se quedó solo con ella en el coche, tomando un tono de voz afectuosa. Cuánto tiempo ha pobre niña que estas ciega? la dijo.

—De nacimiento, respondió.

—De donde eres? cuéntame tu historia.

—Mi historia es muy sencilla: mis padres eran pobres y me trageron á Roma cuando yo tenia cuatro años con el fin de cumplir un voto que por mi salud habian hecho á los bienaventurados Mártires Crisanto y Daria. Mientras fueron á hacer sus oraciones, me dejaron á la puerta de la Iglesia Fasciola al cuidado de una piadosa muger que estaba coja. Esto sucedió en aquel dia memorable, en que una multitud de cristianos quedaron sepultados debajo de la tierra y piedras que les echaron encima; mis padres tuvieron la felicidad de ser del número de aquellos mártires

—Y desques, cómo has pasado la vida?

—Dios ha sido mi padre, y su Iglesia católica mi madre. Aquel alimenta los pájaros del cielo, y esta tiene el mas piadoso cuidado de los que en su rebaño quedan huérfanos.

—Pero tu andas con seguridad y sin temor por las calles, como los que tienen vista.

—Y cómo sabeis eso?

—Por que te he visto. No recuerdas haber estado una mañana del otoño pasado en el Vico Pratricio llevando de la mano á un pobre cojo?

Cecilia se ruborizó y calló: acaso me ve-

ría, dijo entre sí la ciega, introducir en la bolsa del mendigo la porción de limosna que me tocó aquella noche.

—Hace poco que has confesado, y ahora mismo confesabas que eres cristiana?

—Seguramente; como podría negarlo?

—De ese modo la reunion que aquella noche tuvisteis era una reunion de cristianos?

—A no dudarlo: que otra cosa podia ser?

Perfectamente dijo Fulvio entre sí; luego Inés es cristiana, como yo sospechaba: esto me basta; ahora segura es mi presa. Después añadió mirándola fijamente.—Sabes á donde eres conducida?

—Creo que á la presencia de algun Juez de la tierra que en breve me enviará á juntarme con mi esposo que está en el Cielo.

—Y estás tan tranquila, la preguntó Fulvio, admirado de no descubrir en su semblante otra espresion que una sonrisa.

—Decid mejor con alegría, respondió Cecilia.

Fulvio no le habló mas palabra; y llegando á las puertas de la Basílica Emilia entregó á Corvino la prisionera abandonándola á su destino. El tiempo era crudo con frecuentes chubascos: los curiosos que por la mañana habian afluído al Foro, se habian

dirigido despues al Tribunal de Tertulo, Prefecto de la Ciudad, para presenciari los primeros efectos de la anunciada persecucion. Tanto mas, cuanto que Tertulo por la inclemencia de la estacion habia dispuesto el Tribunal en una habitacion del interior poco capaz; y la mayor parte del dia habia pasado ya sin que se presentase reo alguno.

Sin embargo, aun permanecian algunos espectadores, cuando presentaron á la pobre Cecilia.

El Prefecto que por Corvino habia sabido poco antes la captura de Cecilia, tocado de compasion y creyendo que le sería facil vencer á una muchacha pobre, ignorante y ciega, antes que esta entrase habia advertido á los espectadores guardasen el mas profundo silencio, mientras él procuraría persuadirla como sí estuviera solo con ella, amenazando con graves penas al que se atreviese á chistar.

Así se hizo: y Cecilia creyó estar sola con el Prefecto, cuando este comenzó á preguntarla con dulzura:

—Cómo te llamas, hija mia?

—Cecilia.

—Nombre bastante noble: tienes familia?

—No: yo no tengo otra nobleza sino la

que procede de haber muerto mis padres por Jesucristo. Los que despues de la muerte de mis padres, han cuidado de mi, empezaron á llamarme *Cæca*, que algo mas suavizado se convirtió en el de Cecilia.

—Vamos, hija; en adelante es preciso que abandones todas las locuras de los cristianos que te mantienen tan pobre y ciega. Obedece los decretos de los Emperadores; sacrifica á los Dioses, y tendrás riquezas, hermosos vestidos y buena comida: se buscarán los mejores médicos para que te restituyan la vista.

—Oh! Mirad si teneis que proponerme otros motivos; porque justamente doy muchas gracias á Dios y á su divino hijo por ser pobre, por estar mal vestida y alimentada; por que esto me hace mas semejante á mi único esposo Jesucristo.

—Ah tontuela! gritó el juez, perdiendo un poco la paciencia; tambien tu has aprendido todas esas necedades, eh? Pero al menos no darás gracias á Dios por haberte hecho ciega.

—Mas que por ninguna otra cosa: á todas las horas del dia le doy gracias por esto con todo mi corazon.

—Pues qué crees tu ser un bien el no haber visto jamás ningun semblante humano,

ni el sol ni la tierra con todas sus magnificencias? qué especie de locura es la tuya?

—Estas no son locuras, Señor; porque en medio de lo que vos llamais oscuridad, veo yo como un círculo de luz: así al menos debo llamarla; tan vivo es el contraste que forma con todo el espacio de alrededor: este brillante objeto que para mi es lo que vuestro sol para vos, tiene siempre vuelto hácia mi su semblante con una sonrisa y esplendor inefable. Yo sé que aquella sonrisa es la de *Aquel* á quien amo con todo mi corazón. No quisiera por todo el mundo que otro sol viniera á eclipsar aquel esplendor, ni que la vista de facciones terrestres me impidiesen la perenne vision de aquella admirable belleza. Le amo tanto, que no deseo ver á otro fuera de El.

—Vamos, pronto: dejémonos de tonterías: obedece á los Emperadores, ó te pongo á la prueba de los tormentos; estos te domarán luego.

—Tormentos!, repitió Cecilia con inocente candor.

—Si: tormentos: No los has sufrido nunca? Oh. Ninguno te ha hecho sufrir dolor alguno hasta aquí?

—No, seguramente. Entre los cristianos ninguno hace mal á otro.

—El eculeo se hallaba ya dispuesto según costumbre. Hizo el Juez una señal á Catulo que era el verdugo; y Catulo, tomando por el brazo á la Vírgen que no hizo la menor resistencia, la estendió en un instante sobre aquel duro lecho, echando nudos corredizos sobre sus pies, brazos y pulsos. La pobre ciega nada de esto veía, y estaba en la persuasión que su atormentador era el mismo que aquel con quien estaba hablando.

El mas profundo silencio reinaba en derredor; y si hasta entónces ninguno habia chistado, ahora ni aun á respirar se atrevía; sola Cecilia movía sus labios en fervorosa oracion.

—Te lo intimo por la última vez; sacrifica á los Dioses y sálvate de los crueles tormentos que te están preparados, la dijo el juez, con tono mas severo.

—Ni los tormentos ni la muerte, respondió con voz firme la víctima atada ya sobre el altar, me separarán del amor de Cristo. No puedo sacrificar á otros Dioses, fuera del Dios vivo; el sacrificio está ya pronto; mi vida misma.

El Prefecto hizo la señal al verdugo, el que dió una rápida vuelta á las dos ruedas del eculeo. A aquella violenta contraccion de todos los miembros, chocaron las junturas

y los huesos de la Virgen; y aunque no acabaron de dislocarse como hubiera sucedido con otra vuelta, fué sin embargo bastante para producirla un vivísimo espasmo, aumentado por no poder ver la causa de sus tormentos. Esto no obstante, ni un solo gemido se le escapó; una ligera contracción y palidez de sus facciones fueron los únicos síntomas que manifestó.

—Ah! Ah! Ahora lo siente exclamó el juez: Vamos, pues; obedece, y te se pondrá en libertad.

—Cecilia parecía no poner cuidado en estas palabras, si no es que su atención estaba fija en otra parte: así es que sin responder al Prefecto, desahogaba sus afectos en esta súplica: O mi Señor Jesu-Cristo, yo te doy gracias por haberme hecho gustar la primera vez las delicias de los tormentos por tu amor. Te he amado en la paz; te he amado en los tiempos de consolación; te he amado en la alegría; pero ahora te amo mas en los tormentos. Oh! cuánto mas dulce es ser tu imagen en la cruz!

—Ah! Tú estás haciendo mofa de mí, gritó Tertulo enfurecido, y te burlas de mi bondad! Bien: bien: ahora tocaremos una tecla mas fuerte.—Aquí, Catulo; arrímale á los costados una hacha encendida.

—Un estremecimiento de indignacion y de horror circuló por las venas de todos los espectadores, conmovidos ya de piedad por la pobre ciega; y de todos los puntos de la sala estalló un murmullo de contenida indignacion. Cecilia conoció entónces por la primera vez se hallaba á la vista de muchos, y la llama del pudor púrpuro cubrió su frente, sus mejillas y su garganta, que hasta entónces habian conservado la blancura del mármol. Encolerizado el Juez, reprimió pronto aquel desahogo de compasion: nuevamente se guardó silencio, en medio del cual solo se oia á Cecilia que orando con mas fervor que al principio decía: O dulce esposo mio, y mi Señor! Siempre te he sido fiel y obediente: deseo sufrir por tí cualquier género de tormento por cruel que sea; pero no me hagas padecer el suplicio de la vergüenza delante de los hombres. Haz que yo me presente á tí, sin que tenga que cubrir en mis manos la cara por la vergüenza.

—Oyose en toda la sala otro murmullo de compasion.

—Catulo, gritó Tertulo rabioso de cólera: cumple con tu deber: qué haces con esa hacha siempre al aire?

—El berdugo se adelantó, y estendió la mano para descubrir el costado de la vírgen;

pero repentinamente cayó hácia atrás; y volviéndose al Prefecto, exclamó con voz conmovida: Es ya demasiado tarde, está ya muerta!

—Muerta? gritó Tertulo, muerta con una sola vuelta de la rueda? imposible.

—Catulo dió á la rueda una vuelta hácia atrás, el cuerpo de la víctima quedó sin movimiento. Cecilia habia espirado, pasando del Ecúleo al trono, de la presencia del ceñudo juez, á los dichosos abrazos de su esposo. Habia exhalado su púrísima alma como un suave perfume entre el incienso de la oracion? O bien habia faltado á su corazon aquella sangre que el pudor virginal habia hecho surir á su frente?

Todos quedaron atónitos y mudos, sobrecogidos de un horror sagrado. Mas en medio de aquel silencio se oyó una voz que salia del grupo que estaba cerca de la puerta, gritando atrevida y claramente: impío tirano, no ves como una pobre ciega cristiana tiene mas poder sobre la vida y la muerte, que tú y tus crueles Señores?

—Cómo! Por la tercera vez en un solo dia te atreves á insultarme de esta manera? Pero ahora no te me escaparás.

—Lanzóse Corvino del lado de Tertulo al decir estas palabras, se precipitó hacia la

ta donde habia salido la voz. Pero corriendo asi ciego por la cólera, tropezó con un oficial de corpulencia hercúlea, que venia avanzando como si en aquellos momentos hubiera entrado. Con aquel tropezon cayó hacia atras Corvino; y cogiéndolo por la mano el oficial; —Espero, le dijo, que no te habrás hecho daño.

—No, no: déjame Quadrato: had el favor de dejarme.

—Pero á donde vas tan furioso? puedo servirte en algo? preguntó Quadrato, teniéndolo siempre fuertemente agarrado.

—Déjame: te digo que me dejes; porque sino, se me va á escapar aquel...

—Pero quién es aquel? qué es lo que quieres decir?

—Pancracio, respondió Corvino, que en este mismo instante acaba de insultar á mi padre.

—Pancracio! dijo Quadrato, mirando al rededor y asegurándose de que ya habia huido; Pancracio! Yo no lo veo por aquí: y al decir esto, lo soltó; mas era ya demasiado tarde. El fugitivo se habia puesto en salvo, retirándose á la casa de Diogenes.

—En este intermedio el Prefecto habia mandado á Catulo que hiciese arrojar el cadáver al rio. Pero otro oficial, habia hecho

una seña á Catulo, y lo llevó á parte; el verdugo que al instante comprendió lo que aquella seña significaba, alargó la mano para recibir la bolsa que se le ofreció.

—Fuera de la Puerta Capena en la Granja de Lucina, una hora despues de puesto el sol, dijo Sebastian.

—Se cumplirá puntualmente, respondió Catulo.

—De qué piensas tú que ha muerto la pobre ciega;? preguntó un espectador á su compañero, cuando salian.

—De miedo, respondió el otro —De verguenza cristiana, dijo un tercero que se mezcló en aquel diálogo.

CAPITULO XV.

Otra escena en las catacumbas.

ASI terminó el primer día de la persecucion; y este fué el éxito del asalto maquinado en las catacumbas por los tres malvados que habian tramado la conjuracion. Habíéndose retirado Fulvio á casa, refirió al fiel Eurotas sus derrotas y sus esperanzas; y aconsejándose de aquel infame viejo encanecido en los mas negros crímenes, escogió nuevas iniquidades para llegar á conseguir el blanco que uno y otro se proponian, chupando la sangre y las riquezas de los cristianos. Corvino, citado aquella misma noche ante Maximiano para dar cuenta y razon de sus empresas, que ya habian llegado á los oidos del Emperador, y lo habian puesto de muy mal humor, despues de haber sufrido una tempestad de injurias é improperios, sufrió tambien una tempestad

de palos que los lictores del tirano descargaron sobre sus desnudas espaldas. Para evitar castigos mas rigurosos y obtener el perdon imperial, dijo, que tenia que dar informes y hacer revelaciones importantes; esto es, que, por medio un cuchillo habia descubierto el ladron nocturno que se habia atrevido á robar el edicto en el Foro. Que este era Pancracio que habia sido condiscípulo suyo en la escuela de un tal Casiano, que tambien era cristiano. Que en la ribera de Bayas habia un gran número de cristianos ocultos en la granja del ex-prefecto Cromacio, el que hacia poco habia abrazado el cristianismo con otros muchos. Que á él le habia dado todas estas noticias un tal Torcuato que habia sido cristiano, pero que se habia vuelto al culto de los Dioses. Hechas estas revelaciones, obtuvo Corvino plenos poderes para continuar su oficio, y para arrestar á los culpables: lo que se propuso cumplir desde luego y sin descanso.

—Pero, qué habia sido del pobre Torcuato en este intermedio? Lo dejamos en las catacumbas, cuando al buscar no se qué sepulcro que le sirviese de guia, desapareció repentinamente al internarse en una de las galerias laterales. El hecho fue, que en aquella galeria habia una escalera muy pendien-

te y profunda, escavada en la piedra viva que terminaba en el plano inferior del cementerio. Torcuato, poco práctico en estos sitios, al correr incautamente con la luz delante cayó de cabeza, y bajó rodando hasta el plano inferior, donde por mucho tiempo quedó sin sentido. Cuando volvió en sí, se encontró en la oscuridad, y no sabiendo donde estaba, comenzó á andar á tientas por un lado y por otro sin saber lo que se hacia, hasta que, volviendo enteramente en su acuerdo, recordó se hallaba en las catacumbas y que llevaba consigo algunas velas y todo lo necesario para encender luz. Habiendo encendido, pues, dos velas, empezó á dar vueltas por las galerías alejándose mas de la escalera por la que habia caido. Tenia esperanza de encontrar algun respiradero por donde entrase luz y aire, ó alguna escalera que le diese salida; pero despues de haber estado dando vueltas horas y horas, se encontró en el mismo sitio que al principio. Cualquiera puede figurarse las angustias y el terror del pobre mozo en semejante atolladero. En el entretanto se iba acabando la cera, y no le quedaba ya sino una velita. Débil, falto de fuerzas á causa de la fatiga y por la falta de alimento, desesperanzado de encontrar salida, se arrojó

en tierra, y con los ojos estúpidamente fijos en la luz que se apagaba, estaba esperando la muerte entre mil tétricos y horribles pensamientos de remordimiento y desesperacion. La luz se fué consumiendo poco á poco, y por fin se apagó. Quedando entonces en aquella oscuridad sepulcral, en aquel silencio de muerte, le sobrevino tal espanto, que terminó en delirio. A cada instante le parecia estar ya muerto; y las punzadas crueles con que desgarraba su alma el gusano de la conciencia, echándole en cara su apostasía y su traicion, y los espectros, y las furias infernales que andaban dando vueltas en torno suyo, segun le representaba su fantasía, le hacian algunas veces creer que se hallaba ya entre los condenados del infierno.

Luchando asi el desdichado entre la vida y la muerte, estuvo agonizando mucho tiempo; ya se habia dado por vencido, y abandonado á la última desesperacion, cuando un sonido lejano vino repentinamente á herir sus oidos. Al principio creyó seria una ilusion; pero bien pronto se repitió aquel sonido mas claro y distinto, como si fuese una ola de voces armónicas. Púsose en pie, y arrastrándose hácia la parte de donde venia el canto, notó tambien alguna luz que venia de la misma parte y que por momen-

tos iba aumentándose la claridad de la luz, al paso que un coro de voces casi angélicas entonaba el versículo: *In pace in idipsum dormiam et requiescam.* Al oír aquel piadoso canto y unas voces tan dulces, lanzó el infeliz apóstata un profundo suspiro, diciendo: Miserable de mí! Estas palabras no son para mí! Son para algún martir, y no para un réprobo traidor como yo!

En el ínterin, se habia hecho mas viva la luz; despues á cierta distancia, la viò penetrar, inundándola de un suave esplendor la galería lateral en que él estaba, y atravesarla lentamente tan clara y distinta que ya no pudo dudar de la realidad. Venian delante algunas jóvenes con vestidos de vírgenes y luces en la mano, despues venian otras cuatro llevando un cadaver envuelto en una tela blanca, con una corona de espinas en la cabeza: seguia despues el acólito Tarcisio agitando un incensario, del que salian columnas de humo de incienso; despues el Clero, y detras de este el venerable Pontífice Marcelino, asistido por Reparato y otro Diácono; cerraban la pompa fúnebre Diógenes con sus hijos y otros muchos, entre los cuales pudo distinguir Torcuato á Sebastian, y todos marchaban con un semblante de piadosa, suave y resignada triste-

za. Como muchos llevaban linternas y velas encendidas, parecía que se movían dentro de una atmósfera luminosa.

Al pasar por delante de la galería de Torcuato, cantaron el verso siguiente: *Quoniam tu Domine, singulariter in spe constituisti me.*—Oh! esto es por mí, exclamó Torcuato, prorumpiendo en un fervoroso llanto! esto es por mí! y tocada al fin su alma de la divina gracia, se puso de rodillas, y levantando al Cielo los ojos llenos de contrición y de esperanza, sintió que espontáneamente venían á sus labios aquellas dulces palabras de arrepentimiento que habia aprendido antes de su apostasía. Después, arrastrándose con paso lento hasta la entrada de la otra galería, por la que marchaba la procesion, la siguió de lejos sin ser visto. La procesion entró en un *cúbiculo*, y de tal manera quedó iluminado, que el buen Pastor pintado en el arco Solio, parecía como que directamente volvía sus ojos misericordiosos hacia el pobre Torcuato, que deteniéndose en el umbral, se estaba dando golpes de pecho, y pidiendo misericordia.

Habiáse depositado en el suelo el cuerpo de la difunta: y despues de haber cantado varios salmos é himnos, despues de haber recitado aquellas preces llenas de esperanza y de

paz que la Iglesia acostumbra á rezar por los difuntos, fué colocado en la tumba que se le habia preparado bajo un arco. Entonces Torcuato aproximándose á uno de los asistentes, le preguntó en voz baja:—Para quién son estos funerales?

—Es la *deposicion*, le respondió, de la beata Cecilia, la cieguita Virgen, que hoy mismo ha caido entre las manos de los soldados en este mismo cementerio, y cuya alma se ha servido Dios llevarse para si.

—Pues yo soy su asesino—esclamó Torcuato, con un profundo sollozo; y poniéndose ante el venerable Pontífice, se postró á sus pies. Por algun tiempo la abundancia de las lágrimas y de los afectos no le dejó pronunciar ni una sola palabra; mas cuando las palabras pudieron salir libremente de sus labios, Padre, gritó Torcuato, he pecado contra Dios y contra vos; no soy digno de llamarme vuestro hijo.

—El Pontífice lo levantó benignamente y le estrechó contra su pecho, diciendo.—bien venido, hijo mio, quien quiera que seas, el que vuelves á la casa de tu padre.—Mas tú estás débil y desfallecido, y tienes necesidad de descanso.

Se le trajo al instante alguna refaccion; pero Torcuato nada quiso tomar antes de

confesar todos sus crímenes hasta el atentado de aquel día. Todos se congratularon por la vuelta del hijo pródigo; por el hallazgo de la obeja descarriada. Inés después de la última mirada que dirigió á los despojos de la difunta, alzó sus ojos al cielo, y teniéndolos fijos en él, le parecía ver á la dichosa mártir sentada á los pies de su Esposo sonriéndose graciosamente, y volviendo hacia la tierra sus dos grandes y brillantísimos ojos, llenos de alegría y de amor, derramando una lluvia de flores sobre la cabeza del afortunado penitente, primer fruto de su intercesion en el Cielo.

Diogenes y sus hijos tomaron por su cuenta el cuidado de Torcuato, y le prepararon la habitacion en una humilde choza cristiana próxima á aquel lugar, en la que, distante de los peligros de nuevas tentaciones, pudiese vivir en las prácticas propias de los penitentes, á cuyo orden fué adscrito segun el rito de aquellos tiempos.

Acabada la ceremonia fúnebre, Sebastian, el valiente *Protector de los Cristianos*, como le llaman sus actas, conferenció con el Santo Pontífice Marcelino sobre los medios de salvarlo de las manos de los perseguidores, que tan ansiosamente lo buscaban para quitarle la vida. La residencia habitual del Pontífice

no habia sido hasta entónces muy segura, y el animoso Sebastian tenia el atrevido pensamiento de albergarlo dentro del mismo Palacio de los Césares, donde á ninguno le ocurriria buscarlo. No desagradó la idea al Obispo, é inmediatamente se puso en egecucion. Salió pues de las catacumbas, y bajo la escolta de Sebastian y de Quadrato fijó su residencia en las habitaciones de una noble matrona cristiana llamada Irene, que habitaba en un lugar algo separado del Palacio imperial en el Palatino, en el que su marido egercía el oficio de mayordomo.

Sebastian dirigió despues sus pensamientos á los neofitos refugiados en la granja de Cromacio, por considerarlos en mucho peligro desde que Torcuato habia descubierto el secreto á Corvino. Para librarlos de este peligro envió prontamente allí á Pancracio y Quadrato, con órden de que se dispersasen cuanto ántes, providencia muy oportuna, y que salió perfectamente; pues cuando Corvino, seguido de una multitud de corredores numidas, llegó á la *Granja de las Estatuas*, la encontró despoblada y desierta, pudiendo apenas sacar algun indicio (por un esclavo que solamente habia quedado) de que Pancracio habia estado tambien allí, siendo vano el golpe que se habia prometido con la cap-

tura de tantos cristianos. Nadie puede figurarse el furor que concibió por esto, y los atroces pensamientos de venganza que revolvió en su imaginación contra su antiguo discípulo.

Ni tardó mucho á presentársele la ocasión de satisfacer todo su odio contra Pancracio y la sed que de su sangre tenía. Como se aproximaba el día natalicio del Emperador, que se acostumbraba á celebrar con fiestas y espectáculos en el anfiteatro, se había dado la orden de que combatesen con las fieras un número de cristianos escogidos, sacados de los que trabajaban en las Termas de Diocleciano. Con esto además de contentar la feroz pasión que el pueblo romano tenía siempre por estos sanguinarios juegos, se satisfacía también su cristianofobia. Corvino, pues, en cumplimiento de las órdenes del Emperador, marchó á las termas con Catulo, el jefe de los verdugos, y el mejor juez en la elección los combatientes para aquel espectáculo: entró conducido por Rabinio sobreintendente de los trabajos, al sitio donde estaban ocupados muchos cristianos en una vasta área, levantando las columnas de aquel magnífico edificio, cuyas ruinas convirtió doce siglos después el ingenio cristiano de Miguel Ángel en un

grandioso templo á la reina de los Angeles.

Los dos paganos empezaron á mirar por todas partes y á examinar las personas de los condenados, cuyos robustos semblantes, y la alegría con que trabajaban y llevaban sus cadenas, daban á entender eran cristianos; y, aquellos que, á juicio de Catulo, tenían formas mas bellas y vigorosas para agradar á los espectadores ó luchar con las bestias, estos eran los preferidos para el espectáculo preparado. Mientras se entretenían en esta revista, en medio de un grupo algo distante, vió Corvino á uno que no arrastraba cadenas ni llevaba la divisa de los otros prisioneros, por lo que volviéndose á Rabirio.—Quién es, dijo, aquel que está allí con las espaldas vueltas á nosotros, y que en nada se parece á sus compañeros?

—No lo conozco de nombre, respondió Rabirio; pero es un buen muchacho, que se familiariza mucho con los trabajadores y prisioneros, los anima, y aun algunas veces les ayuda en sus trabajos. Como paga bien esta gracia, no me toca á mi mezclarme en sus operaciones.

—Pues si á ti no te toca, á mi me importa mucho, repuso Corvino con viveza; y sin decir mas, se adelantó hácia el desconocido. El jóven, que habia llegado á oír el sonido

de estas últimas palabras, volvió la cabeza, mirando al rededor; Corvino entonces se lanzó á su espalda con la mirada y ceño de una bestia feroz, y apretándolo con fuerza, exclamó lleno de júbilo.—Atadlo inmediatamente; esta vez, al menos, Pancracio, no te me has de escapar.

CAPITULO XVI.

La Prision.

PANCRACIO con otros veinte fueron maniatados á gusto y placer de Corvino, el cual ensartándolos todos en una cadena los hizo conducir bien custodiados de las termas Dioclecianas á la cárcel pública. En el tránsito hubieron de sufrir todo género de insultos y malos tratamientos, porque al saber que eran Cristianos, no habia pagano que no tuviese á gran mérito el hacerles alguna injuria. Aparte de los golpes con que los iban desapiadadamente maltratando los soldados que los conducian, todo el que podia aproximarse á los presos, les descargaba sin consideracion alguna fuertes bofetones, puñadas y puntillazos; y los que á lo lejos se mantenian, lanzaban sobre ellos piedras é inmundicias acompañándolas con mil escarnios é

improperios. Llenos de júbilo con esta tempestad de ultrajes llegaron por fin los campeones de Cristo á la cárcel Mamertina, donde fueron metidos entre otras víctimas que ya allí habia aguardando el sacrificio.

Las prisiones de la antigua Roma no eran ciertamente, como las nuestras, albergues que pudiera desear un pobre mendigo en la esperanza de hallar en ellas mejor pan y alojamiento mas cómodo que en su casa. Aun se ven hoy dos ó tres de estas horrendas cavernas, mas bien que prisiones, y entre ellas justamente la Mamertina, la cual bastará describir ligeramente para que el lector comprenda cuan caro costase en aquellos tiempos confesar la fé, aun sin los suplicios del martirio.

La prision Mamertina, situada en la entrada del Foro, al pié del Capitolio, la forman dos pequeñas estancias cuadradas, sepultadas bajo tierra la una sobre la otra, y con una abertura redonda cada cual en medio de la bóveda, único punto por donde podian penetrar en aquellos antros la luz, el aire, la comida, los enseres y los hombres; y cuando el aposento superior se hallaba lleno de gente, bien se ve cuanta luz y que aire podria llegar al inferior. En las paredes, hechas todas de grandes piedras habia encla-

vados gruesos anillos de hierro á los que se amarraba á los presos: otros yacian tendidos sobre el suelo con cepos á los pies: y á la incomodidad de la húmeda piedra la ingeniosa crueldad de los perseguidores añadia por lo regular el tormento de los fragmentos de vasijas de barro, sobre los que como sobre un lecho se ponian á descansar los martirizados y despedazados miembros de los cristianos. Asi acontecia con frecuencia, como se lee en las actas de los Mártires, que muchos morian en la cárcel, y á veces sin haber antes sufrido ningun suplicio; acabados por el solo tormento de aquellas tumbas, mas que prisiones, donde eran sepultados vivos.

Como faltaban solos tres dias para el solemne de los juegos públicos, Pancracio con sus compañeros fué al momento sacado de la cárcel y conducido ante el juez para sufrir el interrogatorio y recibir la sentencia segun las formas de justicia acostumbradas, cuyas apariencias al menos solian los Romanos observar aun contra los cristianos.

—Quién eres tú? preguntó Tertulo á uno de los confesores. — Soy cristiano por la gracia de Dios, respondió este. — Y tú quién eres? dijo el prefecto á Rústico. Yo soy, es verdad, uno de los esclavos de César, res-

pondió este; pero con hacerme Cristiano, me ha dado la libertad el mismo Jesu-Cristo, y por su gracia y misericordia participo de la misma esperanza que estos mis compañeros. Volviéndose entonces al santo sacerdote Luciano, en años y en virtudes venerable, —Ea, le dijo, dá tu ejemplo á los demas, obedeciendo á los Dioses y á los edictos imperiales.—Quien obedece á los preceptos de Jesucristo Salvador Nuestro, contestó el anciano, no puede ser reprendido ni condenado por nadie.—Tu eres hombre instruido, y en verdad que debieras haber sacado de tus estudios algun provecho y aprendido á obrar con prudencia. Qué doctrinas profesas tú?—Yo he procurado con todas mis fuerzas poseer todas las ciencias y he tanteado todo género de doctrina. Mas al cabo he abrazado la del cristianismo, aunque de ella no gusten los que andan descaminados tras las falsas opiniones.—Viejo miserable! y hallas tú gusto en esta doctrina?—Grandísimo, porque ella sola es la verdadera.—En qué consiste pues?—La verdadera doctrina, que nosotros los cristianos piadosamente profesamos, consiste en creer un solo Dios, Criador de todas las cosas visibles é invisibles, y en confesar á Jesucristo Señor Nuestro, Hijo de Dios, predicho desde los

primeros tiempos por los profetas, el cual vendrá á juzgar al género humano, y es predicador y maestro de salud á todo aquel que humildemente le escucha. Yo, hombre ignorante, no tengo fuerzas bastantes para decir nada grandioso de *su infinita Divinidad*: esto es cargo peculiar de los profetas. (1)
—A lo que parece, tu crees á los maestros del error, y por esto mereces castigo mas severo. He, llevad al cepo á este viejo chocho, y sujetadle bien los pies.

—Y vosotras, prosiguió volviéndose á dos Señoras, que tambien habian sido aprehendidas, cual es vuestro nombre y vuestro estado?—Yo soy Cristiana, respondió la una, y no tengo otro esposo que Jesu-Cristo. Mi nombre es Segunda.—Y yo soy viuda, añadió la otra, me llamo Rufina, y profeso la misma fé Salvadora. A este modo fué interrogando á todos los demas; y de todos recibió parecidas respuestas, á escepcion de un solo desgraciado que vaciló y se dió por vencido con gran dolor de los hermanos. Dirigióse por último á Pancracio.—Ahora vengo á ti, dijo, jóven insolente, que has tenido la audacia de quebrantar el edicto de los divinos Emperadores: aunque tambien

(1) Actas de San Justino. Ruinart, pág. 129.

para tí habrá cerca de ellos gracia, si sacrificas á los Dioses. Vamos, muéstrate piadoso y prudente al mismo tiempo: tu eres aun muy jóven.—Pancracio se signó con la cruz, y con tranquila decision respondió luego de esta manera.—Yo soy esclavo de Cristo. A él confieso con la boca, tengo impreso en el corazon é incesantemente le adoro. Este jóven que en mí veis, tiene la prudencia del anciano, adorando un solo Dios. Vuestros Dioses están destinados junto con sus adoradores á una muerte eterna (1).

—Dadle de bofetadas hasta que muerda su blasfemia, azotadle, gritó el juez enfurecido á los verdugos.—Yo te agradezco, respondió con mansedumbre el noble jóven, que me hagas sufrir alguna parte de los mismos tormentos que sufrió mi Señor (2).

El prefecto pronunció luego en la forma acostumbrada esta sentencia: Luciano, Pancracio, Rústico con los demás, y las señoras Segunda y Rufina, que han confesado todos ser cristianos y rehusan obedecer al sagrado Emperador y adorar los Dioses de Roma, nos sentenciamos que sean espuestos á las fieras en el anfiteatro Flavio.

(1.) Actas de S. Felicitas y sus hijos. Ruinart, pág. 56.

(2.) Actas de S. Perpetua etc. Ruinart pág. 220.

A estas palabras un grito inmenso de alegría feroz se levantó en la multitud del pueblo, y prosiguió acompañando á los confesores de Cristo en su vuelta á la cárcel: mas la dignidad de su continente, el sobrehumano júbilo que brillaba en sus semblantes fué venciendo poco á poco y convirtió al cabo aquella gritería salvaje en un reverente silencio de admiración. Y no faltó entre los paganos quien esclamase diciendo: Estos presos deben haberse perfumado magníficamente, puesto que esparcen en su derredor una atmósfera tan suave (1).

A su entrada en la cárcel fueron recibidos con ternura infinita de abrazos, de congratulaciones y de santa envidia por sus hermanos de cadenas, y pasaron aquellos últimos dias en prepararse con la oración al gran sacrificio. Armoniosas salmodias resonaban dia y noche las toscas bóvedas y paredes de aquellos antros subterráneos, donde Pancracio hacía de entonador, y donde verdaderamente el abismo llamaba al abismo, respondiendo los presos de la caverna inferior á los de la superior, y alternando con ellos á coros los versículos de los salmos mas

(1). Actas de los Mártires de Lion. Ruinart. pág 219 y 146.

acomodados al tiempo.

El día antes del combate, es decir, del suplicio de las fieras, era siempre un día de mayor libertad, en el cual se daba entrada franca á todos los parientes y amigos de los condenados. De esta licencia se valieron largamente los intrépidos cristianos, agolpándose á la prision para encomendarse á las oraciones de los felices confesores de Cristo, y para besar sus cadenas. En la tarde fueron estos sacados y llevados á gozar de una abundante cena, que se les habia preparado en público, la cual agradecieron como un agape de fiesta. Alrededor de la mesa se agrupaba una turba de paganos deseosos de ver cual fuese el aire y continente de aquellas víctimas tan próximas al sacrificio, y asombrábanse todos al observar tanta paz y tanta alegría en sus semblantes, modales y palabras, sin descubrir la menor sombra de aquella profunda tristeza y descaecimiento, ó de aquella brabura feroz que estaban acostumbrados á ver en semejantes casos. El fervoroso Pancracio, antes de dejar con los demas la mesa, volviose á la turba y les dirigió estas cortas pero potentes palabras.— Hoy, dijo, sois nuestros amigos, y mañana os convertireis en enemigos y os holgareis con nuestra sangre. Pero miradnos bien ahora,

para que nos podais conocer cuando volvamos á vernos en el dia del juicio. — No pocos de los paganos partieron profundamente conmovidos por estas palabras, las cuales fueron las primeras semillas de su conversion.

Mientras los perseguidores preparaban con esplendidez la última comida á los cuerpos de sus víctimas, la Iglesia su madre se ocupaba en disponer para las almas de sus hijos un banquete infinitamente mas esquisito. El Diácono Reparato tenia ya determinado con el santo sacerdote Dionisio, el cual habitaba todavia en casa de Ines, de mandar aquella tarde á la prision un número suficiente de partículas consagradas, para que los Campeones de Cristo, asi que amaneciese el dia de su combate, pudiesen alimentarse con el pan de los fuertes; mas no se sabia á qué manos confiar tan precioso depósito, de modo que llegara en salvo á los presos; porque no ya los diáconos, sino hasta los ministros inferiores que en aquellos tiempos solian llevar la Eucaristia á los mártires en su prision y á los moribundos, corrian grandísimo peligro de ser descubiertos por los numerosos espías que acechaban los alrededores del Foro, y á los que Fulvio habia dado minuciosamente sus contraseñas.

Estando en estas incertidumbres, y cuan-

do el Sacerdote Dionisio despues de tomar del altar el pan sacrosanto andaba buscando con los ojos entre los clérigos presentes á quien encomendarlo con menor riesgo, he aquí que, antes que ningun otro se moviese, se le pone delante y se arrodilla á sus pies el jovencito acólito Tarcisio. Con las manos estendidas ante el pecho como en ademan de recibir el sagrado depósito y con una forma de cara que en el bello candor de una tierna inocencia mostraba un no sé que de ángel, parecía que suplicaba y cuasi pretendia la gracia de aquella peligrosa no menos que augusta empresa.

—Pero, hijo mio, tu eres demasiado joven—dijo el buen Sacerdote absorto á vista tan encantadora.

—Mi juventud, padre santo, será cabalmente mi mas segura guarda. Oh! no me negueis, de gracia, un tan grande favor. Y asi diciendo, asomábanle las lágrimas en los ojos, encendianse sus megillas de un modesto ardor y alargaba las manos con un ademan y una espresion tan viva de fervor y de brio, que Dionisio no pudo menos de darse por vencido. Entregole pues los divinos Misterios bien envueltos y cubiertos, primero en un lienzo blanco, y despues en un segundo velo, y poniéndole en sus ma-

nos aquel sagrado depósito.—Piensa bien, Tarcisio, le dijo, cual y cuanto es el tesoro confiado á tu débil custodia: evita las calles mas frecuentadas, y recuerda que las cosas santas no se deben dar á los perros, ni arrojar las margaritas á los puercos. Vé pues en el nombre de Dios, y sé custodio fiel de sus dones sagrados.

—Antes moriré que entregarlos—respondió el tierno joven; y metiendo con cuidado en su pecho la prenda celestial, echó á andar. Con un continente mezclado de júbilo y de reverencia y que mostraba una gravedad superior á los años, prosiguió á buen paso un gran trozo de calle sin ningun tropiezo, teniendo siempre los brazos recogidos con soltura sobre el pecho, y evitando asi los puntos demasiado públicos como las callejuelas desiertas y sucias.

Al pasar junto á la puerta de una casa noble, la señora de ella que era una rica matrona sin hijos, asi que le vió desde el umbral donde estaba, y singularmente admirada de aquella su encantadora hermosura, quiso detenerle, y saliéndole al encuentro.—Querido niño, le dijo, cómo te llamas, donde viven tus padres?

—Yo me llamo Tarcisio, y soy huerfanito, respondió él mirándola con una graciosa

sonrisa; ni tengo otra casa que... pero acaso os desagradaría el oírlo.

—Ven pues un poco á mi casa; quisiera hablarte... Oh! si yo tuviera un hijo como tú! —Lo que és ahora, noble Señora, no puedo en manera alguna, porque debo acabar una comision importante y de suma premura. —Vendrás pues mañana, no es verdad? mira, aqui tienes mi casa. Me lo prometes?

Si salgo vivo, si —contestó el jovencito con un aire tal de misterio y un brillo de entusiasmo tal en los ojos, que la matrona creyó ver en él un mensajero del cielo mas bien que una cosa mortal. Siguióle largo trecho con la vista sin poder apartarla de él, y al fin se resolvió marchar tras él.

Entre tanto Tarcisio, en cuya mente brillaban pensamientos y esperanzas muy otros que los de una rica y noble adopcion terrena, continuó su marcha apresurando el paso, y de allí á poco dió en una plaza donde una turba de jóvenes que acababan de escaparse de la escuela, pasado el primer impetu de algazara y de brincos estaban disponiendo entre si un partido de pelota.

—Oh! nos falta precisamente uno, para completar el partido, dijo el que hacia de cabeza; dónde lo hallaremos?

—Héle ahí, que nos llega perfectamente

á tiempo. —esclamó otro que vió á Tarcisio asomar en la plaza. Y saliéndole al encuentro y tomándole del brazo. —Tarcisio mio, le dijo, mil años hace que no te he visto. A donde vas tan de prisa? Oh! estate un poco á jugar con nosotros: tu eres de seguro uno de los mas diestros en el juego, y ahora tu solo nos faltas para llenar el número. —Hoy no puedo, Petilio, verdaderamente no puedo. Tengo que hacer un recado de mucha urgencia.

—Qué recado? gritó el cabeza, que era un jovenzuelo fuerte y robusto, asiéndole por el brazo. Vamos, ven aqui y juega: aquí mando yo y no gusto de melindres. —Pídotte por favor, dijo el pobrecillo con viva instancia, que me dejes ir. —De ninguna manera, respondió el otro. Pero que tienes aquí en el pecho que parece lo ocultas con tanto cuidado? Acaso un pájaro en cañones: tráele aqui, que yo te lo pondré en lugar seguro mientras se juega; no tengas cuidado, no te se morirá al aire, porque esté una media hora fuera del nido; y al decir esto, le metió la mano en el pecho para arrancársele.

—No, no, no, gritó Tarcisio alzando los ojos al cielo.

—Pues yo digo que sí, replicó el villano, oh! qué será este maravilloso secreto? lo he

de ver—Y en diciendo esto, arremetió con él, y empezó entre los dos jóvenes una lucha terrible pero de nueva especie, porque mientras el uno mucho mas fornido y superior en fuerzas descargaba sobre el otro una cruel tempestad de bofetones, puñadas, puntapiés y de toda clase de golpes, pugnando siempre por arrancarle el secreto del seno, este sin dar un solo gemido y sin contestar con golpe alguno, sufría toda aquella tempestad, cuidando únicamente de oponer con los brazos siempre apretados al pecho una resistencia invencible y portentosa á todos los esfuerzos del contrario. El ruido del espectáculo atrajo al momento gran número de gente, y arrimándose unos á otros al rededor del grupo de los contendientes, preguntaban; qué es eso, qué es eso? En esto Fulvio, que acaso pasaba por allí, se acercó tambien, y al punto reconoció á Tarcisio á quien habia visto servir al altar en el título del Pastor cierto dia que se habia confundido entre la multitud de los cristianos con Torcuato. Así, soltando una risa burlesca.—Yo bien sé, dijo, quien es este. No es otro que un jumento cristiano que lleva los misterios. (1)—Y volviendo con desprecio

(1) *Asimus portans mysteria*, era un refran latino.

las espaldas se fué, teniendo por cierto que su palabra no caería en saco roto.

En efecto los paganos encendidos de repente en vehemente deseo de ver una vez descubiertos los misterios cristianos y de insultarlos, levantaron por todas partes junto á Tarcisio una tremenda gritería diciendo: —Fuera los misterios, fuera los misterios.

—No, mientras yo viva, contesto el intrépido joven. En aquel punto un herrero le descargó tan terrible golpe sobre la cabeza y tan de lleno, que le abrió el cráneo haciéndole arrojar sangre á chorros. A este siguió otro, y despues otro, hasta que deshecho á golpes cayó medio muerto en tierra; pero haciendo siempre con sus brazos cruzados un escudo impenetrable en defensa del sacrosanto don que guardaba en su pecho. Echósele entonces encima aquella chusma feroz, y ya estaba á punto de arrancarle á viva fuerza del seno el oculto tesoro, cuando de improviso se sintieron violentamente apartados y derrivados en todas direcciones por un brazo hercúleo como de gigante. Quien caía á la derecha, quien á la izquierda, este iba rodando hasta chocar en la pared opuesta, aquel giraba á manera de trompa; los mas, sin aguardar á pedir cuentas á nadie, se largaron encomendando su salvacion á las piernas.

Autor de todo este desbarate fué un oficial de formas atléticas, el cual apenas hubo despejado á lo militar el terreno, se inclinó sobre el jovencito que permanecía tendido, comenzó con los ojos bañados en lágrimas á levantarlo con tiento y ternura de madre y con voz toda conmovida le preguntó;—Te sientes muy mal, Tarcisio?

No te cuides de mi, Quadrato, contestó este abriendo los ojos con una sonrisa, sino de los divinos misterios que llevo conmigo.

—El soldado tomó entonces en sus brazos al amado niño pero con reverencia tanto mayor cuanto sabia que llevaba no solo las vivas reliquias y la víctima preciosa de un tierno martir, sino al mismo Rey y Señor de los mártires y al cordero divino sacrificado por la salud del mundo. El moribundo niño, dejó caer lánguidamente su delicada cabeza sobre el hombro del guerrero, pero sin dejar de guardar ni un solo instante la prenda divina á él confiada, llevando los brazos cruzados en vistoso ademan sobre el pecho. A su vuelta á casa de Inés, nadie se interpuso, á escepcion de una matrona, la cual acercándose á Quadrato, le detuvo con la mayor urbanidad para fijar mejor la semejanza de aquel jovencito que llevaba en brazos, y no bien le reconoció, cuando lanzó un

grito agudo de terror exclamando. — Es posible que sea el mismo! aquel mismo Tarcisio tan amable y hermoso que poco há me encontré en esta calle! Oh quien me lo ha estropeado en manera tan cruel?

—Señora, respondió Quadrato, lo han muerto, porque era cristiano. —En esto, Tarcisio abrió blandamente los ojos, la miró con una tranquila sonrisa y espiró. Aquella última mirada del mártir moribundo hizo lucir en el alma de la compasiva Matrona el primer rayo de fé, y no pasó mucho tiempo cuando ya se habia hecho cristiana.

Cuando el venerable Dionisio vió volver de aquel modo á su caro acólito, prorumpió en un tierno llanto; y tan abundantes eran sus lágrimas que cuasi no veia ni acertaba á abrir los brazos del jóven y sacarle del pecho salvo y sin tocar el Santo de los Santos. Una sonrisa mas hermosa pareció descubrirse en el cándido rostro del mártir asi que las manos sacerdotales tomaron el sagrado depósito, como si fuera un reflejo de la alegría que experimentaba el alma ya bienaventurada en el cielo, al ver felizmente acabada su última mision en la tierra. Luego llevó el mismo Quadrato la preciosa carga al cementerio de Calisto, donde fué sepultado con admiracion y envidia de los

fieles mas ancianos; y despues de muchos años el Papa S. Dámaso honraba su tumba con el siguiente epitafio, que es al mismo tiempo un monumento clarísimo de la fe que entonces como en nuestros dias, profesaba la Iglesia en el dogma de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia

*Tarcisium sanctum Christi sacramenta gerentem
Cum male sanamans peteret vulgare profanis,
Ipse animam potius voluit dimittere cæsus.
Prodere quam canibus rabidis cælestia membra.*

La noticia de la dichosa muerte de Tarcisio llegó ya entrada la noche hasta la cárcel Mamertina, y el temor de verse la mañana siguiente privados del pan Eucarístico era únicamente lo que pudiera turbar algun tanto la calmosa serenidad de los campeones de Cristo. Empero bien pronto fueron ellos consolados, merced á la diligente y sabia providencia de Sebastian, el cual, sabida la ocurrencia de boca de Quadrato, lo dispuso todo de manera que pudieran celebrarse dentro de la misma prision los divinos misterios; á los que tambien él asistió, despues de haber pasado gran parte de la noche en celestiales coloquios con los santos Confesores y en especial con su querido Pancracio, cuyos fervorosisimos sentimien-

tos de heroísmo cristiano le llenaban de alegría.

Llegada que fué la hora y hechas todas las prevenciones para el augusto sacrificio, se dió de ello aviso á todos los fieles que habia en la carcel, y todos quedaron en gran manera asombrados y conmovidos á la vista del nuevo y venerando espectáculo que se les ofrecía delante. El santo sacerdote Luciano se hallaba tendido en el suelo con las piernas dolorosamente estiradas y comprimidas dentro de la catasta, ó sea en los cepos, por manera que le era imposible incorporarse. Sobre su pecho habia el diácono Reparato desplegado tres blanquísimos lien-zos que eran menester para el altar, y sobre ellos se habia colocado el pan acimo y el caliz con el vino y agua, el cual sostenia el mismo diácono con sus manos. Lo propio hácia otro con la cabeza del venerable sacerdote, el cual, segun el rito acostumbrado, recitó y ejecutó las sagradas ceremonias de la oblacion y de la consagracion. Acercándose luego los fieles con la mayor devocion y llorando de tierna gratitud, recibió cada uno de su mano consagrada su porcion, ó por mejor decir la entera comida del místico convite siempre completo é indiviso: hermoso y maravilloso ejemplo del poder que

tiene la Iglesia de acomodarse á las circunstancias, (1) guardando inviolables los principios de sus leyes aun al derogarlas, antes bien confirmándolas con la escepcion misma, la cual no es otra cosa sino una aplicacion de aquellas mas sublimes que le sugiere el ingenioso amor que tiene á sus hijos. Hé aqui un ministro de Dios y dispensador de sus misterios, á quien cupo una vez el gran privilegio de asemejarse mas que ningun otro á aquel que representaba, haciendo al mismo tiempo de sacerdote y de altar. La Iglesia tenia prescrito que el santo sacrificio se ofreciese solamente sobre las reliquias de los mártires, y aqui un martir la ofrecía sobre su propio cuerpo. Aun vivia, y ya *reposaba bajo el pie de Dios*: y aun cuando respiraba todavia y le latiese el corazon debajo de los divinos misterios, ya el habia consumado en la presencia de Dios el sacrificio de su propia vida: ni en él vivia ya otro que Jesucristo, el cual solo llenaba con su divinidad interior y esteriormente el santuario de aquel pecho. Oh! hubo por ventura jamás mesa mas ricamente aderezada para viático de los mártires?

(1) Las actas de un S. Luciano recuerdan una misa celebrada por él en esta forma en las prisiones de Antioquía. Ruinart, Tom. 3.º pag. 182.

CAPITULO XVII.

El Combate.

LA mañana despuntó con rocío pero despejada, y el sol hiriendo con sus rayos los dorados remates y las soberbias cornisas de los templos y demás edificios públicos parecía vestirlos con un manto festivo de luz. El pueblo no tardó en precipitarse fuera de las casas y esparcirse por las calles de Roma vestido de fiesta con sus mas ricas y alegres galas; de todas partes afluia á modo de torrentes, hácia el anfiteatro Flavio, llamado hoy mas vulgarmente el Coliseo: cada cual se dirige á la arcada de entrada que le señala el número de su billete, y de esta manera el gigantesco monstruo va poco á poco bebiendo por sus cien bocas aquel rio de vivientes, que bien presto animan y dan vida á las ovales espiras de su inmenso volumen,

que se levantan las unas sobre las otras, hasta que toda su superficie interior se vé cuajada de cabezas humanas, y sus espaciosos flancos parecen vacilar ondeando al continuo agitarse de aquella masa viviente, la cual, despues que se halle bien henchida de sangre y encendida en furor, la vomitará el monstruo en denso y continuado aluvion por muchas fauces, á las que les está perfectamente el nombre que llevan de *Vomitatoria*; porque jamás de vaso sucio salió agua tan pestilente y tan cargada de inmundicias humanas, como era el populacho de Roma, cuando, ébrio de sangre de los mártires, salia del grandioso anfiteatro.

A la hora señalada el Emperador rodeado de su numerosa corte entró en el anfiteatro con todo el aparato de majestad y esplendor que convenia á una fiesta imperial, y despues de sentarse en el trono, que se alzaba en medio de un espacioso pavimento llamado *pulvinar*, reservado para él y su cortejo en la parte oriental del anfiteatro, dió al momento señal para que se diese principio, ansioso mas que ninguno de sus súbditos por el deseo de gozar aquellos feroces espectáculos, y de alimentarse de sangre humana.

Ejecutáronse varios juegos uno tras otro,

y ya numerosos gladiadores muertos ó heridos habian ensangrentado la arena, cuando el pueblo sediento de escenas mas crueles, comenzó á gritar, ó mas bien á rugir con ahullidos espantosos.—Los cristianos á las fieras, los cristianos á las fieras. Y en verdad que ya es tiempo que pensemos en nuestros presos.

Desde el amanecer habian sido trasladados de la carcel al *spoliatorium*, que era una pieza secreta del anfiteatro, donde los condenados dejaban las esposas y cadenas, y se les componia y aprestaba para combatir en la arena. Los sacerdotes y sacerdotisas paganas quisieron vestirlos lujosamente; mas ellos se resistieron alegando que, habiendo venido de buen grado al combate, no era razon, sino una injusticia el obligarlos á comparecer disfrazados con una divisa que aborrecian. Emplearon luego libremente todo el tiempo que les quedaba en disponerse al inminente sacrificio, enfervorizándose mutuamente con santos discursos, y cantando las alabanzas del Señor aun en medio del tumulto de la gritería y de los ahullidos con que á cada momento sentian resonar y estremecerse el anfiteatro sobre sus cabezas.

Estando en esto, hé aqui que el *lanista*, ó

sea el Gefe de los gladiadores, entró en la pieza y llamólos al combate. Diéronse de prisa unos á otros un fervoroso abrazo y se digeron en la tierra el último á Dios. Entraron en la arena del anfiteatro por la parte opuesta al trono imperial, pasando por entre dos hileras de *venatores* que eran los guardas de las fieras, armados de un fuerte garrote, con el cual daba cada uno un sendo golpe á todo condenado al pasar por delante. Conducidos al medio, se les colocó uno á uno, y en grupos, elijiéndolos para varias clases de combates, segun les parecia á los directores del espectáculo, ó bien segun el gusto que mostraban tener el Emperador y el pueblo. La víctima era á veces puesta sobre un tablado elevado para que fuese de todos bien vista; otras se le ataba á un palo hincado en tierra sin ningun reparo que la defendiese. Uno de los juegos favoritos era envolver dentro de una red á una muger, y abandonarla de esta manera á merced de una fiera para que se juguetease con ella, ora arrastrándola, pisándola despues; aquí lanzándola por los aires, y por fin haciéndola allí pedazos con sus garras. Por lo regular una fiera sola bastaba para concluir con el martir de un solo encuentro: otras veces por el contrario se le echaban tres ó cuatro,

y apesar de lo mucho que antes de salir las irritaban, no llegaban á herirle mortalmente, en cuyo caso el confesor, ó era de nuevo metido en la cárcel para otros suplicios, ó llevado al *Spoliatorium*, donde los gladiadores jóvenes y menos adiestrados se holgaban en acabarle.

Nosotros no nos detendremos en hablar ahora de todo aquel feliz ejército de mártires; nos contentaremos con referir el glorioso combate de nuestro joven héroe Pancracio. Al pasar por la galería que conducía dentro del anfiteatro, vió este en uno de los costados á Sebastian y con él á una matrona cubierto su rostro y toda envuelta en su gran manto. Reconocióla al punto, y deteniéndose delante de ella, se hincó de rodillas, tomóla su mano y besándola afectuosamente la dijo—Benedicidme, querida madre, en este momento dichoso que me teniais prometido.

—Hijo mio, respondió ella; mira al cielo y vé allí que te aguardan Jesucristo y sus Santos. Combate el buen combate por tu alma, y muéstrate fiel y constante en el amor de tu Salvador, (1) y ¡asimismo digno

(1) Véanse las actas de Santa Felicitas y de sus siete hijos. Ruinart, vol. 1.º pág. 55.

hijo de aquel cuya preciosa reliquia llevas en tu cuello.

—Bien pronto, madre querida, su precio se doblará á vuestra vista.

—Adelante, adelante, gritó á este punto el *lanista* dándole un buen varapalo: acabemos con estos melindrosos cariños.

Lucina se retiró, y Sebastian, apretando la mano á su Pancracio le dijo al oído.—Valor, querido mio, Dios te bendiga! Yo estaré sobre el *pulvinar* inmediatamente detrás del Emperador. Favoréceme allí con una última mirada y con... tu bendición.

Pancracio llegó á medio de la arena el último de la gloriosa compañía. Habíanle los verdugos reservado para el fin, en la esperanza que la vista de los suplicios de sus compañeros pudiera quebrantar la constancia de su pecho juvenil; mas el resultado fué del todo contrario. Dejose colocar donde quisieron los verdugos, cuyos toscos y atezados miembros hacian por cierto un vivo contraste con las formas delicadas y finas de su blanco cuerpo. Dejáronle luego solo, y abandonado á merced de las fieras que le echaron: cuyo cuadro no podemos describir mejor que con los coloridos que Eusebio representó el martirio semejante de un jóven poco mas adulto, y del que fué testigo ocular.

Habriais visto un tierno jóven, aun no llegaba á los veinte, el cual sin cadenas y con los brazos estendidos en forma de cruz estaba en actitud de orar con la mente fija en Dios y un corazon firme é impávido, sin retirarse ni vacilar un punto del lugar donde le habian puesto, en tanto que los osos y leopardos, respirando furor y muerte se lanzaban á él para desgarrarle sus miembros. Empero, sin saber como sus fauces parecian sujetas y cerradas por una fuerza divina y misteriosa, y abandonaban la presa sin tocarla. (1)

Tal era la postura de nuestro heróico jóven, y tal asimismo el prodigio con que Dios le favoreció. Enfurecianse las turbas de rabia al ver que las fieras una despues de otra brincaban y saltaban á su rededor, corriendo al acaso, dando ruidos y sacudiéndose los lomos con la cola, en tanto que él parecía estar en medio de un círculo mágico, al cual no podian aproximarse. Soltáronle un furioso toro, el cual, asi que le descubrió, arremetió con él cabeza baja con impetuosidad igual á su bravura; mas en mitad de su carrera, como si hubiera dado con los cuernos en una muralla de bronce, plantose

(1) Historia eccles. 1. 8. c 7.

de repente, se encara con la víctima, la mira, escarba la tierra, y en medio de fieros mujidos esparce al rededor una nube de arena.

—Llámalo, cobarde,!—gritó con un ahullido aun mas tremendo el Emperador enfurecido.

Pancracio volviendo en si como de un extasis, é invitando al toro con un movimiento de brazos se fué en derechura á él (1); mas el feroz animal, como si se viera acometido por un leon, dando un bufido se volvió y huyó hácia la boca de la *Fovea*, donde topando al que le guardaba, le embistió tan resueltamente, que acertándole con un cuerno le hizo volar por los aires. Todos quedaron confusos y turbados, á escepcion del valeroso martir, que ya habia vuelto á tomar la actitud de la oracion, cuando de en medio de la multitud se dejó oir una voz que gritaba diciendo.—Tiene un talisman al cuello; es un encantador. —Toda la multitud repitió el grito, hasta que el Emperador, imponiendo silencio, intimó al mártir de esta manera.—Quítate del cuello el amuleto, y arrójalolo al

(1) Eusebio id. Véase tambien la carta de S. Ignacio á los Romanos, en sus Actas Ruinart, vol. 1. pág. 10.

suelo, si no quieres esponerte á suplicios mas atroces.

Señor, respondió el jóven con una voz dulce que resonó armoniosamente en medio del silencio del anfiteatro, lo que yo llevo en el cuello no es un talisman, sino una memoria de mi padre, el cual en este mismo punto confesó gloriosamente la fé misma que ahora yo humildemente confieso: yo soy cristiano y doy con gusto mi sangre por amor de Jesucristo, Dios y hombre. No me priveis de esta única herencia, la cual, con el aumento que he dado á su valor, tengo ya legada á otro. Hágase otra tentativa: una pantera dió á mi padre la corona; acaso una pantera me la dará tambien á mí.

Un profundo silencio sucedió por algunos instantes: la multitud parecia enternecida y casi vencida. Las graciosas formas del gallardo jóven, su semblante que tenia un aire de inspirado, el músico encanto de su voz, la intrepidez de sus palabras y el valor sublime con que se sacrificaba por su fe, habian conmovido aquella muchedumbre de bestias cobardes. Dió en ello Pancracio, y él que con corazon esforzado habia arrostrado su furor, se estremeció á vista de su compasion. Habíase prometido aquel mismo dia el paraiso: y qué! habia de quedar engaña-

do en tan consoladora esperanza? Asomáronle las lágrimas á los ojos, y estendiendo nuevamente los brazos en forma de cruz, con un acento de fervor que tornó á resonar vivamente en todos los corazones, comenzó á rogar en alta voz de esta manera. — Este es el día, Dios mio, si: este es el día destinado á tu venida. Ay! no mas tardar: bastante has demostrado en mí tu poder á los que no crean en ti: muestra ahora tu bondad á mí que soy tu creyente.

—La pantera! gritó en esto de repente una voz. La pantera! contestaron veinte voces. La pantera! repitieron á una vez cien mil voces estruendosas cual rugido de tempestad. (1) Y he aquí que debajo de tierra sale, como por encanto, y aparece en medio de la arena una gran jaula; ábrese uno de sus lados, y se ofrece libre salida al prisionero del desierto. De un ligero salto se plantó en medio, ágil y alegre la elegante fiera, y aunque grandemente irritada por la oscuridad, por la prision y por el hambre, mostróse deseosa de solozarse brincando y saltando alrededor y caracoleando so-

(1) El anfiteatro podia caber hasta 150,000 espectadores.

bre la arena. Descubrió por fin la destinada víctima. Entonces, como si en aquel punto le volviese su crueldad y astucia ferina, se recogió toda aprestando con cautelosos pasos y fingidos movimientos los villanos y velludos miembros al asalto. Un sepulcral silencio reinaba en todo el anfiteatro: todas las miradas estaban fijas en seguimiento del furtivo y lento avanzarse de la bestia hácia su presa. Pancracio se hallaba todavía firme en su puesto, frente al Emperador, y tan absorto en los mas altos pensamientos, que al parecer ni advertia siquiera los movimientos de su enemigo. Dándole callandito una vuelta alrededor, la pantera vino á plantársele delante, como si tuviera á menos acometerle de otra manera que de frente. Poquito á poco, alzando con cautelosa pausa ahora una zarpa y despues la otra, tomó por fin la debida distancia, y con los ojos clavados en su víctima estuvo allí recogida algunos momentos de ansiosisima suspension. Lanzando luego un profundo y feroz maullido, dió por el aire un gran salto, y al punto apareció toda recogida pegada á su víctima, como una sanguijela, afirmándose con los pies en el pecho y haciendo presa con las garras y boca en el cuello del mártir.

Pancracio permaneció de pié algunos instantes, llevó á la boca su mano derecha y mirando á Sebastian con una sonrisa, le envió con un gracioso ademán el último saludo de sus labios: y luego—cayó... Los dientes de la fiera le habian roto las arterias del cuello, y sus párpados se cerraron con el sueño del martirio. La sangre que tan ricamente purpuraba su cuerpo, ablandó y reanimó las coaguladas reliquias de la del padre, que Lucina le habia puesto al cuello, y aumentando su precio se mezcló con ella inseparablemente. Dios habia aceptado el sacrificio de la madre (1).

El cuerpo del jóven mártir fué depositado en la via Aurelia, en el cementerio que presto tomó su nombre y despues le dió tambien á la puerta próxima de la ciudad. Alcanzada ya la paz, se erijió sobre su tumba una suntuosa basílica, la cual todavia permanece despues de tantos siglos en monumento de su gloria, y no ha mucho que

(1). El santo mártir Saturio, estando para morir, desgarrado por un leopardo, dirigió algunas palabras de exortacion al soldado Pudente aun no cristiano; pidióle luego el anillo que llevaba puesto en el dedo, lo tiñó en su propia sangre y se lo devolvió dejándole aquella prenda en herencia y memoria de su sangre. Ruinar, vol. 1, pág. 223.

fué hermoſeada y purgada de las ſacrílegas profanaciones, con que la habianſmanchado los revolucionarios del 48, turbando el re-
poſo en que diez y ſeis ſiglos hacia dormian los ſagrados huesos del mártir, y conde-
nándolas en odio de Cristo, con furor mas que pagano, á un ſegundo martirio de in-
jurias nefandíſimas.

CAPITULO XVIII.

El guerrero Cristiano.

EL furor de la persecucion iba creciendo y multiplicaba cada dia sus víctimas por todo el imperio, pero sobre todo en Roma con tanto estrago, que parecia que la sangre de los Mártires solo servia no para apagar sino para encender mas la rabiosa sed de los perseguidores. En medio de esta matanza, Sebastian, el protector de los fieles permanecia sereno é intrépido animándolos á todos al modo de un General en el campo de batalla, que, mirando únicamente á la victoria, no está menos pronto á conseguirla cuando ocurre con su propia vida, que con la de sus valientes cuya muerte no aprecia, si pierde la gloria. Cualquiera de los fieles amigos que le precedían al martirio, pri-

vaba á Sebastian de un cuidado y de un vinculo terreno, acercándole al cielo con un anillo y un título mas. Despues del triunfo de su amado Pancracio, previo no estaba lejos su hora, y conocia como que se maduraba en su pecho la tan suspirada gracia del martirio. Por lo mismo puso su ahinco en prepararse á él, lleno de una tranquila seguridad; mas para prepararse, no le quedaba otro medio que vender, como lo hizo, sus posesiones para sustraerlas á las uñas del fisco, y distribuir todos sus tesoros entre los pobres.

Llegó en esto el 5.º dia de las idus de Enero en el cual el Emperador tenia gran Corte, y asistian á tributarle sus homenajes, á mas del acostumbrado cortejo del Palacio, cuantos aspiraban á las gracias ó temian la cólera del feroz Augusto. No faltó entre ellos Fulvio, el cual por mas que hubiera ya hecho buenas presas con las denuncias de muchos cristianos, no habia sin embargo saciado en gran parte la golosa sed de oro y sangre que tenia contra ellos, y se prometia entonces un riquísimo botin con los despojos del favorito de Maximiano y del tribuno de sus Pretorianos. Mucho tiempo hacia que estaba espiando esta ilustre víctima á la cual habia jurado guerra desde la tar-

de que lo encontró en casa de Fabiola.

Mas ahora, urdidas todas las pruebas de su acusacion y seguro del golpe, resolvió no perdonarle mas. Presentóse, pues, entre los demas cortesanos á la Corte del Emperador, quien apenas le vió y descubrió en él el aborrecido espia de su cólega Diocleciano, dió claras muestras de desden, y le acojió no solo con frialdad sino con desprecio. Pero Fulvio, haciéndose el desentendido, avanzó atrevido hasta el pie del trono; y arrodillándose—Señor, le dijo, si vuestra Divinidad tuvo razon otra vez para echarme en cara el haber correspondido mal con mi celo á sus gracias y liberalidad, ahora vengo á revelarle la mas infame traicion y la mas negra ingratitud que podia temer. Al lado mismo de vuestra divina persona está vuestro enemigo y traidor.

Qué quieres decir estólido? preguntó con impaciencia el tirano: espílicate pronto sobre lo dicho, si no quieres que te arranque de la boca las palabras con una tenaza de hierro.—Fulvio se levantó, y estendiendo la mano hacia el Tribuno de la Guardia, dijo con venenosa dulzura.—Sebastian es cristiano.

El Emperador se levantó furioso de su asiento.

—Mientes infame; prueba la acusacion, ó

sino, te hago sufrir una tan cruel y lenta muerte que ningun perro cristiano haya podido sufrirla semejante.

—Hé aquí las pruebas, repuso Fulvio, sacando un trozo de pergamino y presentándoselo de rodillas al Emperador. Iba este á prorumpir en nuevas demostraciones de cólera, cuando hé aqui que Sebastian se levanta en medio con frente serena y noble porte; y vuelto al príncipe, le dijo con voz firme y tranquila; Señor mio, no hay necesidad de buscar pruebas: soy Cristiano, y me glorio de ello.

—Maximiano, soldado tosco y sin educacion, aunque valiente, sabia apenas esplicarse con alguna decencia en latin cuando estaba tranquilo: cuán horroroso pues seria su lenguaje cuando la violencia de la ira ú otra vehemente pasion le hacia salir de sus casillas! En tal disposicion se hallaba entonces, tanto, que no puede espresarse la multitud de injurias y vituperios que vomitó contra Sebastian, ni oprobio que no le dirigiese. Pero los dos delitos que mas marcadamente le hechaba en cara en medio de aquella tempestad de palabras, eran la ingratitud y la felonía, maldiciéndose asimismo de haber criado tanto tiempo en su seno una vívora, como él decia, un escorpion, un de-

monio tan malvado, maravillándose solo de que aun estuviese con vida.

El Tribuno cristiano se quedó al oír esta descarga con la misma intrepidez con que en los campos de batalla habia ya sufrido los ímpetus de los asaltos enemigos. Luego sin embargo le dijo:—Emperador y Señor mio, escuchadme, quizá por la última vez. He dicho que era cristiano, y precisamente en esta parte teneis la mayor prueba de vuestra seguridad.

—Cómo lo entiendes, monstruo de ingratitude?

—Noble Emperador, yo lo entiendo así: Si vos deseais en la guardia de vuestra persona una compañía de hombres dispuestos á derramar por vos la última gota de sangre, id á las cárceles y sacad de los cepos y de las cadenas á los cristianos; presentaos á los tribunales y sacad del eculeo y de las parillas á los confesores martirizados; corred á los anfiteatros y arrancad de las fauces de los tigres los medio muertos miembros de los mártires, ordenadlos del mejor modo posible, dadles armas y ponedlos á vuestro lado, y encontrareis en este cuerpo de hombres tan mal trazados mas valor y fidelidad que en todas vuestras legiones Dacias y Panonias. Vos les quitasteis la mitad

de la sangre y de la vida, y ellos estarán prontos á dar la otra mitad en defensa vuestra.

—Mucho deliras, constestó el bárbaro sonriéndose: antes me quisiera ver rodeado de lobos que de cristianos, pues hartas pruebas tengo de vuestra felonía.

—Y quién me hubiera impedido obrar mal, cuando yo hubiese sido malo? No tuve siempre libre el acceso á vuestra imperial persona sin haber faltado jamas á la fidelidad? No, Emperador: no ha habido jamás otro mas fiel que yo. Pero hay otro Señor mas escelso á quien debo servir, un Señor que á los dos nos juzgará, y yo debo obedecer sus leyes antes que las vuestras.

—Y por qué has ocultado, cobarde, tu religion? Quizá para librarte del fiero suplicio que tan merecido tienes?

—No Señor: no fuí ni cobarde ni desleal. Nadie mejor que vos puede saberlo. Mientras creí ser útil á mis hermanos, preferí vivir en medio de estos estragos que me llenaban de angustia. Pero esta esperanza se ha extinguido en mí, y ahora doy gracias cordialmente á Fulvio de haberme libertado, acusándome, del embarazo de escoger entre provocar la muerte y sufrir la vida.

—Pues bien; yo te libraré de estos cui-

dados. Tu morirás de un modo lento, atroz y penoso cual mereces. Pero—añadió con voz mas baja como hablando entre si,—esto no debe saberse fuera de aquí. Aquí no conviene estrépito ni publicidad, porque, la traición podia propagarse. Tu, Quadrato, arresta á este tribuno. Me oyes tonto? Vamos, pórque no te mueves?

—Porque soy tambien Cristiano.

Entonces se enfureció de nuevo, y descargó una nueva tempestad de vituperios, que concluyó con hacer matar al momento al atlético Centurion. Mas con Sebastian debia procederse de otro modo.

—Llámesese pronto á Iface, dijo, rugiendo el tirano. A los pocos instantes compareció un Numida, medio desnudo, de elevada estatura. Un arco de desmedida largura, un carcax de hermosos colores, lleno de flechas, y una espada de hoja corta y ancha, eran las únicas armas y adornos de este Capitan de los archeros Africanos. Plantose al punto junto al Emperador, y parecia una bella estatua de bronce con dos ojos brillantes de vivo esmalte.

—Iface, dijo Maximiano, tengo una cosa que encargarte para mañana. Pero lo has de hacer bien.

—Será hecho á vuestro gusto, Señor—

respondió el adusto Capitan, sonriéndose con una risa que le hizo mostrar en la cara una doble fila de dientes.

—Ves aquí al tribuno Sebastian? El negro hizo una inclinacion de asenso.—Se me ha descubierto que es Cristiano!

Si Iface se hubiese encontrado en su suelo Africano, y hubiese puesto incauto el pie sobre un aspid ó sobre un nido de escorpiones, no hubiera saltado hácia atras con tanto horror como al verse junto á un Cristiano, uno de aquellos monstruos humanos que adoraban las mas nefandas abominaciones, que creian los mas locos absurdos, que practicaban las mayores torpezas, y que cometian las mas horribles atrocidades.

Maximiano continuó, y cáda frase suya era secundada por Iface con una inclinacion y una señal, que él pretendía ser una sonrisa, pero que era una sonrisa infernal.

—Conducirás á Sebastian á tu cuartel, mañana por la mañana tempranito, no esta tarde; porque sé que por la tarde estais borrachos todos, sino mañana por la mañana cuando tengais el pulso firme lo atareis á un árbol en el bosquecito de Adonis, y le hareis morir lentamente á flechazos. Lentamente te digo; no quiero ninguno de aquellos golpes maestros vuestros que van en de-

rechura al corazon ó á la cabeza; muchos flechazos y ninguno mortal, de modo que muera desfallecido y desangrado. Me has entendido? ahora vete y quitámelo pronto de delante: sobre todo silencio; sino....

CAPITULO XIX.

La primera palma.

A pesar de las órdenes de Maximiano, no tardó en esparcirse por todo el Palacio y hasta por fuera la noticia de que Sebastian se habia declarado cristiano y debia morir á flechazos el dia siguiente. Todos quedaron atónitos, pero en nadie hizo la noticia tanta impresion como en Fabiola.

Dejamos á la noble doncella en su amena casa de campo de Gaeta, donde bajo aquel risueño cielo, en medio de todas las delicias de la naturaleza y del arte gustaba de filosofar solitaria ó en compañía de su amada esclava Sira, de cuyos labios iba bebiendo, casi sin advertir, una nueva y mas sublime sabiduría, que le fascinaba el entendimiento y el corazon. Poco despues de su

vuelta á Roma, que fué al refrescar la estacion, una cruel desventura vino á traspasarle en lo mas vivo del alma, sumergiéndola en la mas espantosa desolacion. Esta fué la inesperada noticia de la muerte desgraciada de su padre Fabio, el cual encontrándose en Baya donde se preparaba para un viaje al Asia, habia sido víctima de uno de sus frecuentes excesos de borrachera, y en 24 horas habia pasado de las fiestas del banquete al horror de la tumba. Desde este abismo de dolor en que se halló de repente precipitada por una pérdida tan cara, buscó en la soberbia filosofía del paganismo un alivio, un consuelo, una suave gota de bálsamo que bastase á curar su llaga. No encontró verdadero consuelo mas que en los amorosos cuidados y asidua asistencia de Sira, de Inés y de Sebastian: solas sus palabras llenas de una dulzura y de una eficacia sobre humana, de la cual ignoraba aun el comun origen, tenían fuerza para colmar su dolor, mostrándole en medio de la horrible noche que la cercaba algun lejano rayo de esperanza y de paz. Y con el valor que recibia, fué aumentándose en ella la estimacion y el amor grandísimo que habia ya concebido por aquellas tres almas escogidas y por aquella secreta sabiduría que brillaba en sus palabras y costum-

bres: mas estaba muy distante de sospechar que el ser cristiano, y que del cristianismo precisamente, el cual á sus ojos no era otra cosa que una secta infame y vil, ellos sacasen aquella escelencia que tanto amaba y envidiaba en ellos.

Quién es capaz de esplicar cual quedaria Fabiola al oir de repente que Sebastian era cristiano, y que estaba dispuesto á morir por la fé de Cristo? Cómo es posible, decia entre si, que el mas noble, el mas puro, el mas sabio entre los personajes de la aristocracia Romana sea miembro de esta secta abominable? ¿Me habrá engañado? habrá sido conmigo un impostor, un hipócrita?

No puedo creerlo de modo alguno, y tengo pruebas demasiado claras de su lealtad. Ahora bien: como puede ser cristiano?

Y asi atormentaba su cabeza para dar solucion á este enigma inesplicable, sin que nunca le ocurriese de mil leguas el pensamiento de que Sebastian fuese tan virtuoso y sabio precisamente por ser cristiano. Por fin empezó á sospechar, que quizá la secta cristiana no era una cosa tan negra y triste como hasta entonces habia creido por la pública fama, ó que al menos se dividiese en dos formas, la una toda vil y bestial y la otra mas noble y sublime como veia suceder

con la secta epicurea que ella profesaba, de modo que Sebastian perteneciese á la parte noble y escogida del cristianismo, detestando los vicios y supersticiones del vulgo, del mismo modo que ella despreciaba el torpe sensualismo de Epicuro, y se complacia mas en las elevadas especulaciones de su filosofía. No podia tranquilizarse ni aun con este pensamiento y suspiraba diciendo: por qué no habre hablado mas veces con Sebastian sobre este asunto? por qué no he tratado de internarme en aquel noble espíritu? Ahora ya es tarde, dentro de poco ¡ay! ya no existirá! Y este último pensamiento le traspasaba el alma como un dardo agudo. Perdiéndole á él, le parecia perder la mitad de lo poco de vida que le quedaba en su huérfana soledad: no podia en modo alguno familiarizarse con la funesta idea de su muerte.

Mientras estaba toda sumida en estos tristes pensamientos, que las tinieblas de la noche hacian mas lúgubres, se vió de repente deslumbrada por una luz que la llevó al cuarto una de las esclavas. Esta era la negra Afra, la cual iba á suministrarla la frugal cena que por el luto del Padre acostumbraba á tomar sola en su cuarto. Al ponerle la mesa, la esclava le dijo: Señora, habeis oido la noticia que corre?

—Qué noticia dices?

—No es otra que la de que Sebastian, mañana por la mañana debe ser muerto á flechazos. Qué maldad! Era un jóven tan bello!

—Calla, Afra.

—Lo sé de fijo, Señora: y es bastante sorprendente. Sabeis que se ha descubierto por uno de aquellos miserables Cristianos?

—Calla, y no me vengas á hablar así de lo que tu no entiendes.

—No entiendo? Sea así si os place. Creo yo que á vos, Señora, ya poco os deba importar por su suerte. A mi nada me importa. No será el primer oficial que mis Africanos hayan asaeteado de muerte. Ellos han muerto otros y han salvado algunos. Pero esto último por una casualidad.

Afra, dió á estas palabras una singular espresion que no se escapó á la perspicacia de Fabiola. Por la primera vez levantó los ojos y los fijó en el negro rostro de la esclava estudiándolo atenta. Mas la esclava permanecía impassible siguiendo sus quehaceres, como si no hubiera hablado palabra. Por fin Fabiola la preguntó:

—Afra, qué quieres decir?

—Oh! nada, nada. Qué quereis que sepa una pobre esclava? y aunque lo supiese que

quéreis que pudiese hacer?

—Vamos, habla, no andes en misterios. Tu mirabas al decir aquellas palabras á alguna cosa que yo debo saber.

Afra dió la vuelta al rededor de la mesa, se acercó al sofá donde Fabiola estaba echada, miró bien por detras y al rededor, y despues dijo:—Quéreis salvar á Sebastian?

Fabiola se levantó exclamando: ciertamente: si, quiero salvarlo.

La sierva puso el dedo en los labios para recomendarla silencio, y despues dijo: La cosa costará cara.

—Dime el precio.

—Cien sestercios y mi libertad.

—Convenido: y qué seguridad me das?

—No me concedais nada, si á las 24 horas despues de la egecucion no os le presento vivo.

—Bien: y tu que seguridad pides?

—Ninguna otra, Señora, que vuestra palabra.

—Vete pues, Afra, y no pierdas un momento.

—No corre tanta prisa, repuso tranquilamente la esclava, terminando despacio los quehaceres de la mesa. Cuando hubo concluido, se fué en derechura al Palacio, entró en el cuartel de los Moros y se presentó sin

mas al Capitan Ifaces. Es de saber, que Afrá, ó como la llamaban los suyos mas propriamente Yubala, no solo gozaba de gran crédito y familiaridad con toda la brigada Africana de los archeros del Palacio donde hacía de médico, adivina, maga y sacerdotisa, en sus bárbaras orgias, sino es que hacía algun tiempo que estaba en relaciones con Ifaces para casarse con él. No faltaba para concluir las bodas sino el cumplimiento de dos condiciones que absolutamente habia reclamado el Capitan, á saber, que ella obtuviese su libertad y que la trajese una buena dote á lo menos de unos 40 sestercios

Estas dos condiciones venia ahora ella á ofrecérselas cumplidas mucho mas generosamente de lo que podia esperar, puesto que en vez de 40 sestercios le ofrecia 80; pero cuando añadió con que pacto lo habia conseguido de Fabiola, Iface se heló de espanto, y bramando de corage al mismo tiempo la hubiera dado una buena paliza como primer ensayo de conyugales caricias, si la intrepidez tranquila y el ojo hechicero de la bruja no le hubiesen fascinado y desarmado. Tan loca eres, le dijo por fin, que te atrevas á pedir la vida de Sebastian? tanto valdria pedir mi cabeza: si hubieses visto el fiero ceño del Emperador cuando me dió la órden!

—Quia, ya se sabe que el prisionero debe pasar por muerto.

—Y si despues resucita?

—Sus Cristianos tendrán cuidado de tenerlo oculto.

—Vivo, despues de veinticuatro horas dices? Si á lo menos me hubieses dicho doce.

—Qué mas dá? yo sé que puedes hacer tus cálculos á tu gusto. Haz que muera á las veinticinco horas y es bastante para mí.

—No es posible, Yubala mia, no es posible: se trata de un personage demasiado importante.

—Sea asi enhorabuena. En tal caso nada hay del contrato. No cuentes con los 80 sestercios. Y diciendo esto, volvió la espalda para marchar.

—Alto, alto, gritó Ifaces, en el cual la codicia se sobrepuso á todo.

Veamos un poco: ochenta sestercios! pero mis archeros querrán la mitad por via de propina.

—Para esto ya tengo 20 en reserva.

—Oh! lo dices de veras? ¡O cara Princesa mia, ó dulce maga, ó demonio fascinador del alma mia! pero 20 sestercios para mis golosos fuera demasiado. Les daremos diez, y los otros diez los guardaremos pa-

ra los gastos de nuestra boda. Estás contenta?

=Contentísima, con tal que cumplas lo prometido.

—Hecho está el contrato: él vivirá 24 horas y despues nosotros haremos un casamiento de Príncipes.

Sebastian entretanto nada sabia de estas conversaciones relativas á su salvacion, porque como Pedro entre los guardias estaba durmiendo un apacible y profundo sueño en el cuartel Morisco, y descansando sobre el empedrado de mármol del patio por las extraordinarias fatigas del dia. Despues de algunas horas se dispertó vigoroso y fresco, y como era avanzada la noche y el silencio profundo, se levantó despacito, y con los brazos estendidos se puso á orar.

La oracion del Martir no era una preparacion para la muerte; porque su muerte era tal que no necesitaba preparacion. No era un grito de perdon por las culpas pasadas, porque el Mártir sintió en si aquella caridad perfecta que arroja de si el temor y tiene interiormente la seguridad de aquella gracia soberana que escluye toda mancha. No oraba Sebastian tampoco pidiendo fuerza ó valor; porque él no conocia lo que era cobardía, ni habia sospechado jamás que despues

de haber intrépidamente buscado la muerte en el campo por su Príncipe terreno, no tuviese valor para encontrarla alegremente donde quiera que fuese, por su Señor celestial.

La súplica pues de Sebastian no era otra cosa que un bello himno de gloria al Rey de los Reyes, un hermoso cántico de amor de Dios, una ardiente invitación á las estrellas que brillaban en el firmamento, á los viente-cillos que susurraban entre las plantas del vecino bosque, á todas las criaturas de la tierra, á todos los espíritus celestes á que celebrasen la gloria de su Autor; era un generoso ofrecimiento de sí mismo á la muerte en honor de su santo nombre para aplacar su divina cólera y para obtener sobre su afligida Iglesia paz y prosperidad; era finalmente un extasis, una visión, una anticipación feliz del Paraíso, del cual le parecía, como á Esteban ver ya abiertas las puertas y revelada la gloria, y al Hijo del hombre estando á la diestra de Dios entre miles de legiones de gloriosos Mártires llamarlo á participar de su triunfo.

Perseveró orando hasta la mañana: su bello rostro brillaba como con un reverbero de aquellos divinos esplendores, entre los cuales su alma estaba arrebatada; y cuan-

do con los brazos estendidos en cruz, con los ojos al cielo y con la cara vuelta al Oriente, los rayos matutinos de la aurora vinieron á deslumbrarle, su semblante quedó transfigurado en una cosa toda celestial, en términos, que Ifaces, luego que le vió, sintió como llenarse de un sagrado terror y quería casi adorarlo por Dios.

Sebastian volvió en sí del extasis, é Ifaces recordó al punto el sonido de los sester-cios y puso manos á la obra para ganarlos. De la compañía de sus cien archeros, escogió cinco que eran sus mas confidentes, los llamó á su cuarto, les propuso el negocio y el premio que habia, recomendó altamente el secreto y trató con ellos el modo de ejecutarlo. En cuanto al cuerpo ya los Cristianos habian ofrecido secretamente á Ifaces otra gruesa suma, y dos esclavos estaban esperando fuera para recibirlo.

Sebastian, pues, fué conducido á un punto contiguo al Palacio que separaba el cuartel de estos archeros Africanos de su propio alojamiento, plantado todo de filas de árboles y consagrado á Adonis. El caminaba alegre en medio de sus cinco verdugos seguidos de toda la tropa que iba como espectadora del horroroso espectáculo que iba á ofrecérseles.

El tribuno fué despojado y atado al tronco de un árbol. Los cinco archeros se le pusieron en frente á una distancia proporcionada.

Qué teatro tan desconsolador para la muerte de un héroe como Sebastian! Aquí ni un amigo compasivo, ni un Cristiano que diese un testimonio de su constancia á sus hermanos, sus últimos saludos, y la particularidad de su muerte. Aquí ni la luz del foro, ni la noble arena del anfiteatro, ni la turba inmensa de espectadores con el entusiasmo que aun inspiraba naturalmente al Campeon Cristiano el tener cien mil miradas fijas en contemplar el combate y oír los gritos y ahullidos de la multitud aun insultadora. En lugar de esto una muda y solitaria escena, dentro del recinto de un patio particular, al brillar el alba, atado por el verdugo á un tronco, solo, en medio de una horda de negros bárbaros, sin otro estrépito que el silbante ruido de las saetas alternado con las carcajadas y los chistes de aquella turba vil: todo ello parecia mas á una muerte oscura á mano de bandidos en el silencio de un bosque, que á una solemne y gloriosa confesion de Cristo: parecia un asesinato mas que un martirio. Mas Sebastian no se cuidaba de esto, sabiendo bien que

tenia por testigos los Angeles del Cielo, y que el ojo de aquel por quien moria brillaba sobre su sacrificio mas luminoso y sereno que el bello disco del Sol que ya apuntaba sobre el horizonte y lo inundaba todo de luz.

El primer Moro tendió el arco, llevó la flecha hasta la oreja, despues disparó y se vió temblar la flecha en las carnes de Sebastian. Siguieron otros sucesivamente; ni se daba golpe que no hiriése la víctima, pero con tal arte, que no atacaba ninguna parte vital. A cada flechazo los circunstantes aplaudian con una risa de bárbara alegría y sin el menor rastro de piedad ó de respeto al ilustre Mártir. Para ellos aquel espectáculo era un juguete ó un recreo; pero para Sebastian eran cosa bien distinta la picadura de las flechas, los duros nudos de las cuerdas y el cansancio, y el concluirse la vida con la sangre. A bien que igual era en él al tormento la fuerza del ánimo, la firmeza del corazon, la constancia en la fé, el insaciable deseo de sufrir por el nombre de Cristo y el ardor ferviente de la oracion, y la esperanza próxima de entrar en posesion de la gloria del cielo, hacia el cual tenia inmóvil y fija la mirada.

Pero, si cruel era el suplicio, mas cruel

le era no morir de él. Cuando sus atormentadores se apercibieron de haber cumplido su encargo, cortaron luego las cuerdas por las cuales estaba atado, y Sebastian cayó desvanecido y como muerto sobre el lecho de su propia sangre. Estaba echado en el suelo como un noble guerrero lleno de heridas, quizá en la actitud y postura con que se ve echado en el mármol debajo del altar en su amada Iglesia. Nosotros al menos no pudiéramos imaginárlo en una postura mas hermosa; y no solo nos es apreciada aquella noble Iglesia, si que tambien aquella antigua capilla que está entre las ruinas del Palatino y señala aun el lugar donde cayó.

Su cuerpo fué entregado como muerto á dos esclavos que le esperaban á la puerta del cuartel; pero una negra que pasaba cerca les dijo en voz baja:—Aun está vivo. Al oír esto, en vez de llevarlo fuera al cementerio, lo llevaron al punto por parages solitarios á la vecina casa de Irene, dama cristiana, la cual habitaba como ya dijimos en el mismo Palatino en una parte retirada del Palacio Imperial. Luego enviaron á buscar al Sacerdote Dionisio que era un gran Médico; éste, habiendo examinado las heridas, las juzgó todas curables, por haber las flechas dejado ilesas las partes vitales. Mas la

gran pérdida de sangre que Sebastian había tenido, reclamaba muchos días antes de que estuviese en disposición de moverse por su pie.

Las primeras 24 horas Afra se dió mucha prisa en adquirir noticias de Sebastian; y espirado que fué el tiempo pactado, condujo á Fabiola al aposento de Irene, para que se asegurase con sus propios ojos de que Sebastian estaba vivo. Por este medio ella consiguió al punto de Fabiola la libertad y 100 sestercios; se casó con Ifaces, y las bárbaras bodas fueron celebradas en el cuartel con tal estrépito de cantos, bailes y orgias, que resonó en todo el Palatino y en el foro.

—CAPITULO XX.

La segunda palma.

CUANDO Sebastian volvió en sí del profundo desmayo en que estaba hacía largo tiempo, pareciendo mas muerto que vivo, el primer afecto que se suscitó en él fué un vivo sentimiento de no estar muerto. Despues de haber suspirado tanto por el martirio, despues de haberlo obtenido y sufrido toda la lucha y todo el tormento hasta caer por muerto en el campo y perder de vista todo el mundo, despues de haber tocado con los dedos las puertas del Cielo, el despertar aun en este mundo, en la condicion de viador que puede siempre perderse, era un nuevo género de prueba mas dura que el mismo martirio. A manera del que en medio de una tempestuosa noche hubiese vadeado un gran rio ó un peligroso estrecho del mar despues de haber luchado largas horas y verse poco

menos que ahogado entre las olas, se encontrara por la mañana empujado á la misma orilla de donde habia salido; ó bien á la manera del Apostol Pablo que, despues de haber oido en el tercer cielo aquellas misteriosas palabras que solo el Verbo puede decir, fué vuelto á la tierra á sufrir las asechanzas de Satanás.

Pero Sebastian no prorrumpió en un lamento. Adoró en silencio la voluntad de Dios esperando que quizá sus designios no fuesen otros que coronarle con un doble martirio. Esta segunda corona la suspiraba mucho, y por eso rechazó con firmeza todas las propuestas de esconderlo y ocultarlo que sus amigos y sobre todo Fabiola que se mostraba muy tierna con él y deseosa de su salvacion, le venia haciendo.—Yo ahora he adquirido, decia él lleno de generoso entusiasmo, uno, al menos, de los privilegios de los Martires, cual es el de hablar atrevidamente á los perseguidores. Y estoy firme en usar de él el primer dia que pueda andar por mi pie. No suplico otra cosa á vuestra caridad que el que me apresureis este suspirado dia.

Fabiola quería libertar á toda costa á Sebastian de la muerte, y ningun sacrificio le parecía demasiado para salvar una vida tan

preciosa. Por eso viéndole inflexible en su propósito de no escapar, concibió el atrevido y romántico pensamiento de salvarlo á su pesar, conquistándole el perdón del Emperador. Ella no conocia los abismos de iniquidad que se albergan en el corazón del hombre, ni tampoco sabia de cuan duro carácter impenetrable á todo sentimiento de piedad ó gentileza era el monstruo Maximiano. Le hizo por tanto dirigir una súplica de audiencia, y conociendo la insaciable avaricia del Príncipe, le mandó ofrecer al mismo tiempo como débil testimonio de su leal servidumbre un riquísimo anillo, todo lleno de joyas de rara belleza é inmenso valor. El don fué aceptado, mas no tuvo otra respuesta, sino que se presentase en el Palatino el día 20 del mes entre los demas suplicantes á lo largo de la gran escalera del Palacio y allí presentase al Emperador, cuando saliese para ir al sacrificio, su memorial. Por mas que esta respuesta fuese poco propicia, se resolvió á tentar el vado de todos modos.

Llegado pues el día prefijado, Fabiola vestida toda de negro, fuese por el luto de su padre, fuese por la actitud en que iba de suplicante, fué á colocarse en la escalera Imperial en medio de una larga fila de otras

personas harto mas desgraciadas que ella, que habian ido por gracias semejantes, y cuyo número solo bastó para quitarle aquella poca esperanza que tenia. Esta aun se disminuyó mas, cuando apareció finalmente el Emperador con su esplendida Córte, y le vió subir lentamente y á cada paso arrancar de las manos de aquellos infelices alguna súplica, echar sobre ellos una mirada desdenosa, despues rasgarla y tirarla al suelo, dando á lo mas de cuando en cuando alguno de aquellos memoriales al Secretario, hombre brutal y tirano casi como él.

Llególe por último la vez á Fabiola: el Emperador estaba solo, dos gradas mas arriba que ella, y por mas que viese brillar en su tosca mano su hermoso anillo, sentia palparle el corazon, no por temor de ella sino de la suerte de Sebastian. El tirano estendia la mano para cojer un memorial que le presentaban, cuando de repente se retiró y volvió la cabeza hácia una voz que no sabia de donde venia, y que con tono resuelto y sin ceremonia alguna le llamaba por su nombre. Hasta Fabiola levantó la vista conmovida al inesperado sonido de aquella voz que la era bien conocida.

Arriba en la pared de mármol que tenía en frente habia observado una ventana abier-

ta, con cornisa de mármol pálido que daba luz á un corredor secreto, que conducia al alojamiento de Irene. Fijando la vista guiada por la voz, vió en la ventana blanquear una bella pero espantosa figura. Era Sebastian, que pálido, mas semejante á una sombra ó á una forma eterea que á un cuerpo sólido, estaba derecho con tranquilo y grave semblante como incapaz ya de pasiones humanas, mostrando la mitad de los brazos y el pecho llenos de heridas entre el ropaje en que estaba envuelto. Habiendo sentido el conocido sonido de las trompas que anunciaban el paso del Emperador, se habia levantado y arrastrado hasta allí para saludarlo.

—Maximiano, gritó con voz débil pero clara.

—Quién eres tú, desventurado, que de un modo tan libre pronuncias el nombre de tu Emperador?

—Yo vengo, contestó, (cuasi del reino de la muerte, para avisarte que el dia de la ira y de la venganza se va acercando rápidamente. Tu has vertido á torrentes sobre el suelo de esta ciudad la sangre de los Santos de Dios; tu has arrojado sus sagrados cadáveres al rio y sobre el estiércol de las puertas; tu has derribado los templos de

Dios, profanado sus altares, arrebatado la herencia de sus pobrecillos. Por estos y otros delitos tuyos, por tus sucias liviandades, por tus tiránicas iniquidades, por tu avaricia, y por tu orgullo, Dios te ha juzgado, y su ira está para descargar sobre tí. Tu sufrirás una muerte violenta, y Dios dará á su iglesia un Emperador segun su corazon. Tu memoria será execrada en todo el mundo hasta el fin de los tiempos. Arrepiéntete, impío, mientras tienes tiempo, y pide perdon á Dios en nombre del Crucificado á quien has perseguido hasta aquí.

Estas palabras fueron escuchadas en medio de un profundo silencio, y el Emperador pareció quedar herido al principio, como por un rayo, porque habiendo conocido á Sebastian, creyó encontrarse á la presencia de un muerto. Mas despues, recobrado su espíritu y vuelto en sí del furor gritó: pronto, pronto: que me lo traigan aquí: (no me atrevo á nombrarlo), ¡faces, dónde está ¡faces? Aquí estaba hace poco.

Mas el Moro apenas vió y reconoció á Sebastian se habia refugiado á sus cuarteles.

— Ah! ya se ha fugado! Aquí, tu bruto grosero como te llamas? (volviéndose á Corvino que estaba alli con su Padre) corre al

cuartel de los Numidas y llama pronto á Ifaces.

Aunque de mala gana Corvino fué á su mensaje. Ifaces habia ya contado á los suyos el hecho y puéstolos á todos en estado de defensa. Una sola entrada habia quedado libre en el fondo del patio, y cuando Corvino se presentó no se atrevió á pasar adelante.

Dos alas de cincuenta armados cada una flanqueaban por un lado y por otro toda la travesía, en cuya cabeza estaban Ifaces y Yubala. Mudos, inmóviles, con sus brazos desnudos y sus pechos negros estaban todos con los arcos tendidos y las flechas apuntando hácia la puerta, semejantes á una galería de estatuas de basalto que amenazase á un templo Egipcio.

Ifaces, dijo Corvino con voz temblona, el Emperador me manda por tí.

—Dí á su Magestad respetuosamente de mi parte, respondió el Africano, que mis archeros han jurado que ninguno pasará este umbral para entrar ó salir, sin recibir en el pecho ó espaldas cien saetas, hasta que el Emperador no nos mande una prenda de su perdon, cualquiera que sea nuestra culpa.

Corvino volvió con la respuesta que fué acogida por Maximiano con una risotada.

Con estos Africanos no queria indisponerse el tirano; porque en el campo eran las mejores lanzas que tenia para deshacerse de sus enemigos. Ah demonios! exclamó con una carcajada. Tu, lleva este anillo á la negra esposa de Ifaces. Y le dió el hermoso anillo de Fabiola. Corvino volvió pronto al cuartel, dijo desde el umbral el objeto de su embajada y echó á Ifaces el anillo. En aquel instante se bajaron todos los arcos y todas las cuerdas se aflojaron; Yubala, arrebatada de alegria se lanzó tras el anillo, pero un terrible puñetazo que le dió el marido en la espalda la derribó en el suelo con una gran salva de aplausos. El brutal se apoderó de la joya, y la pobre negra se levantó con el triste presagio de no haber hecho otra cosa que cambiar la primera esclavitud por otra peor.

Ifaces delante de Maximiano se escusó alegando los términos del mandato Imperial.

—Si Vos, ó Señor, me hubieseis permitido dirigirle una saeta al corazon ó á la cabeza, era cosa hecha. Pero segun fué el caso, no tenemos la culpa.

—Bien, contestó Maximiano, ahora al menos quiero ver con mis ojos el resultado. Vosotros los de las mazas, acercaos.

Los dos verdugos vinieron y se pusieron delante de Sebastian que ya habia sido traído. —Ea, gritó el bárbaro, no me lleneis de sangre las escaleras: dos mazadas á la cabeza, y despachádmelo: Señora, cuál es vuestra peticion? añadió, estendiendo la mano á Fabiola. Petrificada por el terror y casi para desfallecer con aquella atroz escena, contestó—Señor, es demasiado tarde, yo temo!...

—Por qué demasiado tarde? recorriendo la súplica. Despues le echó una terrible mirada.

—Ah! tu sabias que Sebastian estaba vivo? Eres cristiana?

—No, Señor; contestó. Pero aquel (nó casi lo dijo entre dientes. Ah! Fabiola! tu dia no está lejos!

—Pero yo temo aun, replicó el Emperador menos burlesco, volviéndole la súplica, que como deciais sea demasiado tarde: aquel golpe puede ser para él el de gracia

—Señor: yo siento un vahido, dijo respetuosamente, puedo retirarme?

—Idos. Pero á propósito debo daros gracias del bello anillo que me mandasteis y que he dado ahora á la muger de Ifaces: (hoy esclava suya!) sobre aquella mano de ébano brillará aun mejor que en la mia. Y

la saludó con una siniestra sonrisa como si el cadáver del mártir no estuviese allí para confirmar su barbarie. Este había espirado. Un tremendo golpe en la cabeza había dejado muerto á Sebastian, y enviado al suspirado vuelo del Empireo aquel espíritu bienaventurado, glorioso con una doble palma y una doble corona.

El tirano, como vió consumada su obra, ordenó para sustraer el cadáver á la devoción de los cristianos, que en vez de ser arrojado al Tiber ó á un estercolero, fuese cargado de peso y arrojado dentro la cloaca máxima para podrirse allí pasto de gusanos. Y así fue hecho: mas las actas del Santo nos cuentan como apareció de noche á la Santa Matrona Lucina y le indicó dónde hallaría sus sagradas reliquias, las cuales encontradas fueron enterradas con gran honor donde ahora se levanta su Basílica.

CAPITULO XXI.

La Cárcel Tuliana.

FABIOLA traspasada de dolor en lo mas vivo de su alma, apenas pudo salir del palacio imperial, se retiró á su apartado aposento y se abandonó á una profunda desolacion. Aquella última aparicion de Sebastian, sus palabras sublimes, la intrepidez heróica en arrostrar la muerte y el trájico tormento que de parte de los verdugos de Maximiano le habian visto sufrir sus ojos, todo se lo reproducia entonces y representaba con la mayor viveza su fantasía, agitando en mil afectos su espiritu: ¡retrocediendo luego con el pensamiento de esta última escena á lo pasado, y trayéndole su memoria las rarísimas prendas de entendimiento y de corazon que habia tantas veces admirado en él, las esquisitas virtudes, el candor noble, el gentil trato, las maneras mesuradas y castísimas,

los generosos sentimientos de su alma y aquella admirable sublimidad de sabiduría mas que humana que resplandecía en todos sus discursos y costumbres; sentia ahora mas que nunca encenderse toda en amor; mas á la par de este deseo sentia acrecer el dolor de haberlo perdido, y la soledad á que se veia abandonada. Para distraerse ó consolarse resolvió acogerse á sus libros favoritos, abrió uno despues de otros muchos volúmenes de los de mas fama en órden á la muerte, á la fortaleza, á la amistad, á la virtud; mas tan insípidos, vanos y mentirosos le parecieron, que con fastidio y desden dió con ellos, uno tras otro, en el suelo. Mucho tiempo hacía que Fabiola se hallaba convencida de la locura del paganismo; mas ahora tocaba con la mano la crueldad de aquella filosofía que tanto habia hasta entonces idolatrado, y que tanto la habia engreido. De esta manera iban desvaneciéndose en su alma poco á poco todas las tinieblas del error, para dejar el campo libre á aquella luz verdadera, tras la cual ahora mas que nunca se encaminaban sus deseos con ardiente pero incierta tendencia. Ya habia brillado en su espíritu algun débil y lejano rayo de esta luz; mas Dios la preparaba tales sucesos que bien pronto habian de convertir

aquellos primeros albores en plena luz de un día claro y de un radiante mediodía.

Sumida entre tanto en una profunda é inconsolable melancolía, pasó aquel día, que era el veinte de Enero, enteramente sola y sin hablar palabra hasta el anochecer, que de improviso la conmovió una carta que puso en sus manos la esclava Graia. Abrióla; y no bien pasó su mirada por los primeros renglones, saltó de repente, dando en tales estremos de dolor, que la esclava toda confusa y aterrada retrocedió hasta el último ángulo de la pieza. Despidiendo un agudo grito se echó las manos á la cabeza, se descompuso y arrancó los cabellos, apretábase con los puños las sienes con movimiento convulsivo como de agonía, y con los ojos fijos hácia arriba en el techo estuvo asi como una loca un breve espacio: dando luego un profundo jemido se dejó caer fatigada en el sofá. Por algunos minutos permaneció sin hablar é inmóvil como sin sentido, teniendo agarrada con ambas manos la carta. Despues

—Quién ha traído esta carta?—preguntó repentinamente.

—Un soldado, Señora.

—Hadle venir al momento.

Mientras Graia fué por el soldado, ella se

aderezó los cabellos, compuso el semblante y recobró completamente su acostumbrada gentileza. Entró el mensajero y preguntóle. —De dónde vienes?

—De la cárcel Tuliana, donde estoy de guardia. —Y quién te ha entregado la carta?

—La misma Señora Inés. —Sabes tú por qué la niña se halla allí? —Por que un tal Fulvio la ha acusado de ser cristiana. —Y por nada mas? —Por nada mas, seguramente. —En tal caso, presto se arreglará el negocio, porque yo puedo atestiguar lo contrario. Vuelve, y díla que luego al punto seré con ella: y tú toma esto para que te diviertas.

Quando se trataba de obrar, Fabiola era toda nervio y decision, siquiera le aconteciese despues el abandonarse quizás con la mas dolorosa licencia á las debilidades de su sexo. Tomò el manto, y bien envuelta en él, se fué sola sin perder tiempo á la prision, donde al momento fué introducida en la pieza separada que habian puesto á Inés, menos por miramiento á su nobleza que por las grandes sumas que habian desembolsado sus parientes.

—Y bien qué es esto, Inés mia? exclamó Fabiola asi que la vió, dándola un cariñoso abrazo.

—Hace unas cuantas horas que fuí arrestada y metida aquí dentro—respondió sonriéndose la jóven.

—Y aquel malvado de Fulvio ha sido tan bárbaro y tan bestia á la vez que haya lanzado contra tí una acusacion que al punto se vé ser falsa? En este momento voy á ir yo misma á verme con el Prefecto Tertulo, y deshacer con una palabra tan absurda calumnia.

—Qué calumnia quieres tú decir, mi querida prima?

—Qué calumnia? la de que tu seas cristiana.

—Y tal soy en verdad, gracias á Dios, contestó Inés, haciendo la señal de la cruz.

Esta nueva hubiera en otro tiempo herido á Fabiola como un rayo, habríasela sumido en un parasismo de horror, de angustia, de confusion: mas la muerte de Sabastian habíasela ya ablandado aquella su dureza. Desde que éste, que era para ella el tipo ideal de toda grandeza varonil se habia manifestado cristiano, hallar ahora la misma fé en la que habia amado y poco menos que adorado como el modelo mas puro de toda perfeccion femenil, nada tenia de extraño; antes bien, el ver que dos flores tan raras de virtud no se encontraban juntas por acaso,

sino que tenían una raíz comun, llevóla á pensar que de esta debian sin duda de recibir toda su belleza, y sintió que en aquel punto tomaban cuerpo en su ánimo nuevos sentimientos de veneracion y de reverencia hacia su comun fé. Inclino la cabeza como en ademan de reverencia hacia la celestial niña, y la preguntó.—Díme por favor, cuánto tiempo hace que eres cristiana?

—Desde que nací, mi cara Fabiola: mamá, como suele decirse, la fé con la leche de mi madre.

—Y por qué me lo has ocultado todo siempre á mí?

—Por la violenta aversion que siempre has mostrado contra los cristianos, aborreciéndonos como reos de las mas ridículas supersticiones, de las abominaciones mas nefandas, y despreciándonos por gente estúpida y grosera, privada de sentido comun, quanto mas de toda filosofía. Nunca quisiste oír nada en nuestra defensa; y el único ódio de tu grande alma era para el nombre cristiano.

—Dices la verdad, carísima Inés: pero si yo hubiera sabido de tí y de Sebastian que erais cristianos, jamás habria podido odiar semejante nombre. Oh! qué cosa hubiera podido no amar en vosotros?

—Así te parece ahora; pero bien sabes tú cuanta es la fuerza de un error universal repetido y propalado á todas horas. Cuántos nobles espíritus de agudo entendimiento y de corazón dulce y tierno, no han dado en él á ciegas, y creen todavía de nosotros un mundo de mentiras y de horrores!

—Sea así, Inés; no quiero disputar ahora cosa en contrario ínterin tú te halles aquí dentro. Pero dime: no piensas tú exigir de Fulvio que pruebe su acusación?

—Oh! nada de eso, cara Fabiola: ya he confesado ser cristiana, y tornaré á hacerlo públicamente mañana por la mañana.

—Cómo? á la mañana! luego mañana. . . exclamó Fabiola, espantada al anuncio de un término tan inminente.

—Si: mañana. Para evitar todo rumor que pudiera ocasionar mi vista (aunque muy pocos creo yo que se cuidarán de mis hechos) seré interrogada muy de mañana y se procederá con la mayor actividad. Oh! no es ésta una buena nueva, querida mía? añadió Inés con ardor, apretando las manos á la prima. Luego, arrobada repentinamente en uno de sus celestiales éxtasis, con los ojos clavados en el cielo y con un rostro de serafín, comenzó á exclamar diciendo:—Vé ahí, vé ahí, ya veo al que tan-

to he deseado; aquel que esperaba ya le poseo: ya me siento unida en el cielo al único que con tanto ardor he amado en la tierra. El es Aquel que me ha desposado con el anillo de su fe y con riquísimos collares me ha adornado: me ha ceñido la diestra y el cuello con piedras preciosas, y enriquecido me ha las orejas de inestimables margaritas. (1) Oh! qué hermoso es, Fabiola, mucho mas hermoso que los ángeles que le sirven de cortejo! Qué dulce es su sonrisa! qué tierna es su mirada! qué amable es todo el aire de su rostro! Y aquella dulcísima y graciosísima Señora que siempre le acompaña, nuestra Madre y Reina que á él solo ama, Oh! con qué bondad me mira y me está diciendo que vaya á su lado! Si: ya voy! voy!... Han desaparecido, Fabiola; pero volverán por mi mañana al amanecer, al amanecer te digo, y no nos separaremos nunca jamás.

Fabiola sintió en aquel momento apo-

(1) Ecce quod concupivi jam video, quod speravi jam teneo, ipsi sum juncta in caelis quem in terris posita tota devotione dilexi. Annulo fidei suæ subharravit me et inmensis monilibus ornavit me. Dexterram meam et collum meum cinxit lapidibus pretiosis, tradidit auribus meis inæstimabiles margaritas. Oficio de Santa Ines, 21 de Enero.

derarse de toda su alma é inundarse su corazón de una fervorosa plenitud de afectos nunca por ella experimentados, y de una dulzura tan delicada y tan pura que ninguna conmoción humana se le podía ni con mucho comparar. Antes de haber oído la palabra *Gracia*, ya sentía sus suavísimas influencias; é Ines que lo comprendió, dió en su interior vivas gracias á Dios. Luego rogó á su prima que volviese antes de romper el alba para darle el último á Dios.

En el mismo tiempo que las dos nobles primas tenían en la cárcel Tuliana el diálogo que acabamos de referir, otros dos pares de personajes conocidos de nuestro lector se hallaban en animadas pláticas y en consejo secreto sobre el modo de apoderarse cada cual en provecho propio de los riquísimos despojos de la futura mártir. Estos personajes eran Corvino y Tertulo de un lado, y del otro Fulvio y el malvado viejo de Eurotas su tío. Corvino, apesar de ser mal trazado, idiota y repugnante, no por eso habia abandonado el pensamiento y la esperanza de obtener un día la mano de Fabiola y con ella su inmensa fortuna, que en resolución era el único objeto de sus amores. Que si la hija de Fabio no habia mostrado hácia él mas que desprecio y

fastidio, sin que jamás le creyese digno de alguna lisonja ó le animase con una de aquellas sobervias sonrisas de que solia alimentar por pasatiempo la turba de los que la galanteaban; esto lo achacaba él no al demérito de la persona, sino á la pobreza de la mano, que no tenia presentes que ofrecer, ni tesoros con que atraer el ánimo de la jóven el cual tenia por tan avaro como el suyo. Ahora pues le pareció á él que podia darle un golpe magnífico y vencerla en un punto, presentándose ante ella con la pingue herencia de Inés en la mano tan pronto como pudiese disponer de ella á su arbitrio. Mas aqui estaba la dificultad: ni él hubiera osado acometer su resolucion, si su padre Tertulo no hubiese venido en su ayuda. Este pensado bien el negocio, tomó al cabo el partido de obtener del Emperador mismo que las riquezas de Inés se cediesen á la pariente mas próxima que tuviese no cristiana, antes bien pagana decidida como él juzgaba á Fabiola. A este fin, tan pronto como se ejecutase el suplicio de Inés, presentaria á Maximiano un rescrito en debida forma y le pintaría la cosa de manera que él viniese en ello de buen grado. Obtenida para el rescrito la firma imperial, iria al momento Corvino á ponerlo en manos de

Fabiola, haciéndose el autor de la obra y atribuyéndose todo el mérito, en consecuencia de lo cual tenía por cosa fuera de toda duda alcanzar al fin el deseado consentimiento á las bodas.

De la otra parte Fulvio con Eurotas se lisongeaba con parecidos pensamientos sobre la misma presa. El miserable se hallaba cuasi reducido al último extremo; consumido su bolsillo por los gastos que le costaba el sostener en Roma la vida suntuosa que llevaba, lleno de deudas, con provechos limitados é inseguros por su oficio de delator, con poca esperanza de dadi-vas imperiales por ser mal visto de Maximiano, Fulvio estaba á punto de declararse en quiebra ó darse por perdido, si la rica dote de Inés no hubiera mantenido sus esperanzas. En un principio habia tentado obtenerla honrosamente por medio del matrimonio, y no dudó ofrecer su mano á la noble jóven y solicitar repetidas veces su amor. Mas la vírgen angelical mostróse siempre con firme entereza en desecharle. Entónces se arrojó al perverso partido de acusarla de cristiana, prometiéndose una buena parte en la confiscacion que debería hacerse de sus bienes. Empero, ahora que Inés estaba en la cárcel y próxima al su-

plicio, cuanto mas se acercaba para él el momento de recoger el fruto de su iniquidad, tanto sentía venir á menos su esperanza, temiéndose que el Emperador, que sabia le odiaba sobremanera, le privase de todo, en cuyo caso solo le aguardaba la desesperacion. Asi, llevado de este temor y de los consejos de aquel negro demonio de Eutrotas que era el incubo y el tirano misterioso de su vida, y movido quizás tambien de un postrer sentimiento de piedad que le retraia de entregar al suplicio una vida tan hermosa, tan tierna é inocente, resolvió hacer cerca de Inés una última y desesperada prueba para reducirla, ó á renegar, ó por lo menos á huirse con su ayuda de la cárcel y ponerse en salvo, á condicion que olvidando lo pasado le tomase por esposo.

Con esta intencion pues se fué á la cárcel Tuliana, bien pasada la media noche, é hizo que le introdujesen en la pieza donde estaba encerrada su víctima. Escusado es decir de que manera rechazase la esforzada vírgen las malvadas y torpes ofertas de aquel monstruo; el cual, despues de largo solicitar, viéndose despreciado y vencido por la constancia de una niña, sin que la espada que tenia pendiente sobre la cabeza fuese parte para quebrantar un punto su valor,

salió fuera de sí, y dando en desaforadas muestras de furor, de ódio y de desesperación, amenazó, maldijo y descargó sobre la mansa paloma una tempestad de imprecaciones é improperios. Finalmente, al tiempo de partir, volviéndose con mirada y gestos de furioso.—Malvada, gritó, te lo repito por la última vez. Si quieres ser prudente, todavía puedo salvarte de la última perdición. Elige: quieres vivir conmigo, ó quieres morir?

—Morir eligiera yo, antes que vivir con un monstruo como tú!—contestó una voz desde la entrada de la pieza.

—Morirá pues—contestó él cerrando el puño y echando una mirada de fuego al nuevo interlocutor: y tú también si llegas á atravesarte otra vez con tu sombra maléfica en el camino, tu también morirás.

Fulvio desapareció, y Fabiola se halló á solas con Inés por la última vez. Sin que la echasen de ver habia ella asistido á los últimos furoros de Fulvio, y en aquella escena, si hubiera sido cristiana, habríale parecido ver á un ángel de luz luchar con uno de los espíritus de las tinieblas y salir triunfante de él. Inés en efecto con aquel su semblante de cielo, y con el blanco vestido que se habia puesto sobre el de luto para

celebrar las inminentes bodas del martirio, resplandecía en medio de aquella oscura prision iluminada por la débil luz de una sola lámpara, é irradiaba suavemente como una forma etérea del paraiso, al paso que su tentador envuelto en su negro manto y encorvado bajo el pequeño arco de la puerta para partirse, semejaba un negro demonio precipitándose cubierto de confusion en los abismos.

Fabiola, fijando la vista en la prima mas amorosa que lo acostumbrado se imaginó no haberla visto nunca tan hermosa y tan serena. Ningun vestigio de cólera parecia en ella, ninguna señal de temor ó agitacion, nada de palidez ó encendimiento, y ninguno de aquellos cambios repentinos de color de fuego y de palidez que vienen en pos de escitaciones febriles. Su mirada brillaba dulce y viva cual nunca; la sonrisa era apacible y de contentamiento; y todo su esterior presentaba un tal aire sobrehumano de dignidad y de nobleza, que Fabiola la hubiera sin dificultad tenido por una de aquellas inmortales que, segun los poetas, se dejaban conocer de los hombres por cierta aera divinidad y en el olor celestial de ambrosia que espiraban. Así que los afectos que Fabiola sentia hácia Ines, no solo eran de

amor cual suele haber entre iguales, sino que elevándose á un punto mas alto, rayaban en reverencia y en veneracion.

Inés, tomando con sus dos manos las manos de Fabiola se las llevó á su corazon, y teniéndolas afectuosamente apretadas y cruzadas sobre él, clavando en el semblante de Fabiola dos ojos llenos de dulzura y de seriedad, la dijo. —Fabiola, antes de morir he de pedirte una gracia. Nunca me negaste nada: asi tengo por cierto que tampoco me negarás esta mi última peticion.

—Oh! no hables de esa manera, carísima Inés; en estos momentos no debes rogarme: manda lo que quieras.

—Prométeme, pues, aplicarte sin perder tiempo á aprender bien las doctrinas del cristianismo. Yo sé que le abrazarás, y entonces ya no serás para mi lo que eres todavía.

—Y qué soy á tus ojos al presente?

—O carísima Fabiola, una perla eclipsada en las tinieblas. Yo veo en tí una alma nobilísima y generosa, un ardiente corazon, gran cultura de ingenio, gran delicadeza de sentido moral y una conducta virtuosa. Qué mas puede desearse en una Señora? pero al mismo tiempo estas brillantes dotes ofrécense á mis ojos todas ofuscadas y casi

ocultas por una oscurísima niebla de muerte que las cubre; disipa pronto esta niebla, y seras toda luz y esplendor.

—Si: lo conozco, querida Inés, lo conozco. En tu presencia parézcome ser como una mancha negra en presencia del sol. Mas en qué manera llegaré á ser resplandeciente como tu, con hacerme cristiana?

—Fabiola, tu debes pasar antes las aguas del torrente que nos separa: una onda regeneradora bañará tu cuerpo y el oleo de alegría embalsamará tu carne: y tu alma se volverá blanca como la nieve, y tu corazón se hará tierno como el de un infante. Saldrás de aquel baño nueva criatura renacida á una vida nueva é inmortal.

—Y perderé acaso todas aquellas prendas que poco ha tanto loabas en mi?—replicó Fabiola algun tanto triste.

—A la manera, respondió la martir, que una planta vigorosa y robusta pero infructífera, la cual escoge el jardinero é injerta en ella una sola púa de otra planta hermosa y fecunda, al enriquecerse con las flores y frutas de esta, nada pierde de su belleza, magestad y robusted natural; así la nueva vida que recibirás ennoblecerá, elevará y santificará (tu no puedes aun entender bien cuanto significa esta palabra) los preciosos

dones de naturaleza y de educacion que ya posees. O Fabiola! que criatura tan noble hará de tí el cristianismo!

—Oh! qué nuevo mundo es este que tú me pones delante, mi cara Inés! Ah! por qué me abandonas de esta manera en la misma entrada, y no me introduces en él con tu mano?

—Vé ahí, exclamó Inés, dando en un éxtasis de alegría; vélos ahí, ya vienen! No sientes el ordenado paso de los soldados que se acercan por la galería? Ellos son los parainfos que vienen á llamarme. Mas, allá en lo alto, sobre las lucientes nubecillas de la mañana veo yo un coro de vírgenes parainfas vestidas de blanco que me llaman y me invitan. Sí: héme aquí: mi lámpara está aderezada y me voy á recibir al Esposo. A Dios, Fabiola, no llores por mí. Oh! si yo pudiera hacerte sentir, como yo siento, cuán dulce es morir por Cristo! Yo te dejo con un saludo que jamas te dí hasta ahora.—Dios te bendiga! Y así diciendo, signó á Fabiola en la frente con la señal de la cruz. Luego se abrazaron, y aquel abrazo ardiente y convulsivo en Fabiola, tierno y suave en Inés, fué su postrer saludo en la tierra. Fabiola, llena toda de un nuevo designio y generoso pensamiento dióse prisa á volver á su casa, é Inés se entregó en poder de los guardias.

CAPITULO XXII.

Otra flor.

CORREREMOS un velo sobre la primera parte del martirio de Inés, aun cuando los padres antiguos y la Iglesia en sus oficios hablen de ella, celebrando el noble triunfo de su castidad, por el que añadió á la palma de mártir la corona de vírgen. Bástenos decir que, llevada al lugar infame, su Angel la defendió de todo insulto, y que la pureza de su virginal presencia convirtió aquel antro de torpeza en un santuario venerando. (1.)

Cuando Inés fué conducida ante el tribunal del prefecto en el Foro Romano, era aun

(1) En aquel mismo lugar vese ahora la iglesia de Santa Inés en Plaza Navona, una de las mas hermosas de Roma.

muy temprano, y la mañana se ofrecia hermosa y apacible, ni mas ni menos que cual á muchos de nuestros lectores les habrá acontecido disfrutar en Roma el dia aniversario de su fiesta, al dirijirse por la puerta Nomentana, llamada hoy puerta Pia, hacia la antigua basílica dedicada á nuestra Vírgen y Mártir, para ver bendecir sobre su altar los dos corderos, de cuya lana se hacen despues los palios que manda el Pontífice á los Arzobispos del orbe católico. En esta estacion blanquean por el campo los almendros, cubiertos no de rocío sino de flores, se van desatando las cepas, y la primavera parece anunciarse ya en las yemas que despuntan por entre lágrimas y en los hinchados botones prontos á abrirse á los primeros calores templados del viento del mediodia, al paso que la atmósfera estendiéndose en su hermoso azul de cielo sereno, tiene cabalmente aquella temperatura media que tanto agrada, y el sol, recobrada ya en parte su perdida fuerza, no abrasa todavia, pero con calor suave mitiga la cruda frescura de las brisas de la mañana. Tal hemos experimentado repetidas veces el hermoso dia de Santa Inés, trasladándonos junto con la piadosa y gozosa multitud de los devotos á su santuario.

El Juez tenia su asiento al descubierto en el Foro, y en torno del tribunal veíase un número no muy crecido de espectadores que cerraban aquella area encantada, donde pocos, fuera de los cristianos, apetecian entrar. Entre todos, dos parecian llamar la atencion de los demas, y justamente se hallaban uno en frente del otro en los dos extremos del semicírculo. El uno era un jóven, todo envuelto en la toga, con la frente sepultada y la cara medio oculta bajo las anchas y acanaladas alas del sombrero. El otro mostraba ser una matrona de hermosa estatura, derecha y de alto grado, cual ninguno suele encontrar en semejantes espectáculos. Llevaba puesto un gran manto de trabajo indio y ricamente tejido en carmesí, púrpura y oro, el cual cubriéndola de pies á cabeza la hacia semejar aquella hermosa estatua antigua conocida de los artistas con el nombre de Pudicicia; su riqueza llamaba tanto mas las miradas de la multitud, cuanto menos parecia convenir á aquel lugar de suplicio y de sangre. Acompañábala una criada ó esclava de primera clase, bien cubierta asimismo como su ama. Esta apoyada con el codo en una columna de mármol é inmóvil parecia toda fija y absorta en un solo punto.

Inés fué introducida por los guardias en medio del círculo, y se presentó intrépida ante el tribunal. Su semblante no habia perdido un punto de aquella serena frescura con que solia resplandecer; no aparecia en su rostro virginal la mas pequeña sombra de desconcierto ó de confusion, bien asi como no sentia en su inocentísimo corazon palpitation la mas mínima de angustia. Solo su intenso cabello, símbolo de virginidad, que se le habia soltado, caíale formando cabellera en hermosas ondas de oro sobre el vestido blanco como la nieve. Mostrábase completamente trasportada á otra parte con sus pensamientos, y ni advirtió siquiera aquellos dos que antes de presentarse habian sido el objeto de la atencion pública.

—Qué quiere decir que no trae esposas? —preguntó el prefecto con cólera. —No son menester, respondió Catulo; es muy jóven, y va de tan buena gana!

—Si: pero no por eso es menos pertinaz en su locura. Maniatadla ahora mismo.

El verdugo se puso á buscar en un monton de pulseras y collares de cárcel (y para los cristianos eran verdaderamente pulseras) hasta que dió con un par, el mas pequeño y liviano que alli habia, y ciñó con él las muñecas de la mártir. Mas ella son—

riéndose y como si se jugueteara, sacudió las manos, y como en otro tiempo San Pablo á la víbora, las hizo venir resonando á sus pies.

—Y sin embargo son las mas estrechas que yo tenia, Señor juez, volvió á decir el verdugo medio conmovido: ah! para una niña como ella nos vendrian bien otros brazaletes.

—Calla, tú! replicó el juez lleno de enojo. Luego, volviéndose á la presa, con entonacion mas blanda y sosegada añadió diciendole.—Inés, tu juventud, tu rango y la mala educacion que te cupo en suerte me mueven á tener compasion de tí, y en cuanto yo puedo, quisiera salvarte. Piénsalo mejor ahora que tienes tiempo. Renuncia á las falsas y perniciosas máximas del cristianismo, obedece á los edictos imperiales y sacrifica á los Dioses.

—En vano vuelves á tentarme, contestó ella. Mi resolucion es irrevocable. Desprecio tus Divinidades mentirosas: á ningun otro puedo amar y servir sino al único Dios vivo. O Rector eterno! ábreme ahora ya las puertas del cielo, cerradas un dia á todos los mortales. O adorado Jesus! llama á tí esta alma, tu fiel secuaz, que primero se inmoló á tí consagrándose virgen, y ahora se in-

mola á tu Padre muriendo mártir. (1) — Es tiempo perdido, dijo el prefecto impaciente al ver que aparecían en la multitud síntomas de compasión. Secretario, escribid la sentencia. Nos condenamos á Inés, por desprecio á los edictos imperiales, á ser decapitada.

— En qué vía, y á cuantas millas? preguntó el ejecutor (2).

(1) Himno de Prudencio, Peri steph. 14.

(2) Era costumbre que los condenados fuesen decapitados en tal ó cual vía fuera de las puertas de la ciudad, á la segunda, á la tercera, ó á la cuarta millas; (1) pero de Prudencio y de otros autores se colige que Santa Inés fué martirizada en el mismo lugar del juicio, de lo cual podrian citarse otros egemplos.

(1) Habia hecho colocar Augusto en medio del Foro una famosa columna con un remate dorado: se la llamaba el *miliario dorado*. Desde ella se empezaba á contar por millas la distancia de Roma á todas las ciudades y provincias del Imperio. A partir de este punto, se hallaban colocadas de milla en milla, en las vías principales, piedras numeradas que indicaban la distancia que habia á la capital; estas piedras se llamaron asimismo miliarios. Esto es lo que dió lugar á estas espresiones: *tertio, quarto ab urbe lapide*, á la tercera, cuarta piedra á partir de la ciudad. Cuando la residencia imperial se trasladó á Byzancio, Constantino hizo levantar un miliario de oro en la plaza del Augusto. Era una arcada adornada de estatuas y destinada al mismo uso que el miliario de Roma. (N. d. T. Esp.)

— Aquí, ahora mismo ; contestó Ter-
tulo.

En oyendo esto, levantó Inés por un momento las manos y los ojos al cielo, y luego se hincó tranquilamente de rodillas. Recogió con su propia mano las rubias madejas de su larga cabellera, y echándoselas hacia adelante sobre la cabeza, ofreció su cuello desnudo al verdugo. En este momento reinó un profundo silencio y hubo un intervalo de temerosa pausa, porque el verdugo temblando de conmovido, no podía sostener la espada firme en el aire. En aquella actitud la jóven mártir, arrodillada como estaba y sola, vestida toda de blanco, con la cabeza inclinada, con los brazos modestamente cruzados sobre el pecho y sus rizos de oro que le caían sueltos hasta el suelo, cubriéndole el rostro de carmin, semejaba una hermosa y rara planta, cuya delicada caña, blanca como el lirio, se encorba con gallardía bajo el rico peso de las flores de oro que con su abundancia y lozanía la cargan tanto que la abruman.

El juez, reprendiendo con fiereza al verdugo su indecision, le intimó despachase incontinenti. Este, pasándose entonces por los ojos el tosco dorso de su mano izquierda, blandió la espada. Un instante brilló ésta

por el aire: y un instante despues, la flor y el tronco yacian en el suelo tan juntos que apenas parecian partidos. Habríase dicho que la mártir se hallaba postrada orando, si su blanco vestido no se hubiera al punto teñido de riquísima purpura en el cruento bautismo del Cordero.

El hombre del sombrero ancho habia con firme y torva mirada observado el golpe, y al caer la víctima, asomó sobre sus labios una cruel sonrisa como de triunfo. La señora que en frente de él estaba, habia vuelto atrás la cabeza, hasta tanto que el murmullo que se levantó en la multitud despues de un terrible silencio, le dió á entender que todo estaba acabado. Entonces, adelantándose con resolucion al medio se quitó de encima su rico manto y lo estendió á modo de velo fúnebre sobre el cadáver. Una estrepitosa salva de aplausos acogió este hermoso acto de delicadeza femenil, y la señora, que se habia quedado en sus vestidos de luto, se volvió al prefecto, y le pidió por gracia que le cediese el cuerpo de Inés para llevarlo á sepultar junto á las tumbas de sus nobles antepasados. Tertulo negó brusca-mente la demanda, y como viese que la multitud parecia ponerse decididamente de parte de la matrona que insistia y seguia ha-

blando, la interrumpió preguntándola. — Serás tu por ventura cristiana?

—Ella titubeó por un momento, luego respondió —No, yo no soy cristiana; pero si á serlo pudiera decidirme alguna cosa, seria ciertamente el espectáculo que acabo de ver con mis ojos: que para salvar la religion del imperio sean menester víctimas semejantes, en tanto que hay monstruos de hombres que de ellas viven y con ellas engordan. Oh! si tu supieras la flor que has aquí tronchado! Aunque de edad tan tierna, jamás vieron mis ojos cosa mas pura, mas perfecta y celestial. Y viviria todavia, sino hubiera desdeñado la mano de un vil aventurero, que la persiguió con sus nauseabundas ofertas hasta dentro de la cárcel, donde la habia lanzado. Sí: por esto ha muerto, porque no quiso enriquecer con sus bienes y ennoblecer con su parentesco aquel espion de Levante.

Y dirigió con soberbio desden la palabra hácia Fulvio, el cual lleno de furor saltó al medio gritando. —Mientes, desvergonzadamente, malvada. Inés confesó públicamente ser cristiana.

Mas á la matrona le fue facilisimo el confundirle, echándole en cara la reciente visita que habia hecho á Inés, y el partido que

le habia propuesto de huirse con él, conservando su fe cristiana á despecho y pesar del edicto imperial. Al oirlo Fulvio se quedó tan desconcertado como si le hubiera herido un rayo, y el juez despues de reprenderle fuertemente, le aconsejó que se sustrajese cuanto antes á la indignacion pública, si no queria que le entablase al momento un proceso por tan negra felonía. Pálido de verguenza, de rabia y de furor el miserable salió del medio y se largó entre los gritos y silvidos de la multitud indignada, en tanto que el juez volviéndose respetuoso á la señora, la dijo.—De gracia podria yo saber vuestro nombre, Señora?

—Fabiola, respondió ella.

En oyendo este nombre, que le hizo reconocer á su esperada nuera, Tertulo se volvió todo dulzura y cortesía, y sin mas requerimientos le concedió el cuerpo de la mártir, dando por razon que á ella se le debía en toda justicia por ser su parienta mas próxima. Fabiola le dió las gracias con urbanidad y comedimiento, y haciendo una seña á Sira que la acompañaba, hizo ésta que al momento se presentasen alli delante cuatro esclavos que traian una litera señorial.

No consintió en manera alguna Fabiola que otro que ella y Sira tocase las sagradas

reliquias de la mártir, las cuales, puestas y bien colocadas sobre la litera, tornó á cubrir con aquel riquísimo manto que llevaba encima en un principio.—Llevad este tesoro á su propia casa—dijo á los esclavos, y comenzó á seguirles con su criada, llevando el duelo.

En esto una niña, bañados sus ojos en lágrimas, salió á su encuentro y comenzó á pedir tímida y medrosa la dejasen ir junto con ellos.—Quién eres?—la preguntó Fabiola.

—Soy la pobre Emerenziana, hermanita de leche de Inés—contestó la niña: Fabiola entonces la tomó con el mas tierno cariño de la mano.

No bien habia sido quitado el cadáver, cuando una multitud de cristianos, hombres, señoras y niños, se arrojaron sobre el suelo con esponjas y paños de lino para recoger la sangre, sin que fuese parte á impedirlo las guardias y esbirros que les descargaban sendos y menudeados golpes con sus varas, con las clavas y hasta con las armas cortantes, tanto que muchos mezclaron su sangre con la sangre de la mártir. Cuando un Rey al coronarse ó hacer su primera entrada en la capital de su reino arroja al pueblo, segun antigua usanza, puñados de oro y de

plata, no escita en él tanta avaricia ni tanta contienda, como cuando con ocasion de un martirio se agolpaban los primeros cristianos á recojer hasta las últimas gotas de la sangre del mártir, mucho mas preciosas á sus ojos que el oro y las mismas perlas. Mas ahora todos respetaron el derecho supremo de uno entre ellos, es á saber del diácono Reparato, el cual, con peligro de la vida se adelantó el primero con un vaso en la mano, le llenó de sangre de Inés, con el objeto que depositada despues sobre su tumba sirviese de sello fiel y de perpetuo testimonio de su martirio.

CAPITULO XXIII.

I.a segunda herida.

TERTULO se trasladó sin perder tiempo desde el Foro al palacio, donde halló á Corvino con el rescripto en la mano, todo en órden y elegantemente escrito en grandes letras. Como para el prefecto no habia antecámara, fué al momento admitido á la presencia imperial: y allí al dar, en cumplimiento de su oficio, cuenta del suplicio de Inés, se estendió mucho en exajerar el descontento que habia causado en el pueblo, culpando de ello á Fulvio, pero sin decir palabra de sus pérfidas sollicitaciones cerca de la jóven: atenuó la estimacion de las riquezas de Inés, y acabó diciendo que seria un hermoso acto de clemencia, oportunísimo para calmar el desasosiego de la multitud, el cederlas en herencia á su prima Fabiola, de la cual comenzó á hacer

desmedidos elogios, pintándola sobre todo como devotísima de los Dioses y del genio imperial.

—Ah! sí: la conozco, le interrumpió Maximiano riéndose, como si le viniese á la memoria alguna aventura muy graciosa.— Pobrecita! me mandó el día pasado un magnífico anillo, y á pesar de esto me pidió ayer la vida de aquel malvado de Sebastian, justamente en los momentos que recibia el *ictus graciosus* de la última clavada.—Aquí soltó la risa á carcajadas: luego prosiguió.— Sí, sí, dices bien: un poco de herencia la consolará de la pérdida de aquel sugeto. Prepara el rescripto para firmarlo.

Tertulo sacó el que traia ya preparado, diciendo habia venido en plena confianza de la generosidad imperial; y el augusto bárbaro estampó sobre él un escarabajo de firma tan desgraciada que de ella habriase avergonzado un muchacho de la escuela. El prefecto puso al momento el rescripto en manos de su hijo.

De allí á poco, hé aquí que Fulvio se presenta también en palacio. Despues de la escena [del Foro, habia ido en derechura á su casa para componerse, acicalarse y ponerse en traje de corte, queriendo presentarse cuanto antes á pedir su parte de confisca-

cion, última esperanza de su fortuna. Su corazón ya le decía que debía de contar con un nó absoluto, temiéndose sobre todo de la rapacidad y del ódio de Maximiano, mas estaba muy lejos de sospechar hubiese otros rivales y concurrentes para disputarle la presa. Después de algun tanto esperar, fué introducido en la pieza de audiencia, y componiendo sus labios con una sonrisa la mas dulce que le fue posible, se adelantó á los pies del Emperador.

—Qué traes tú por aquí?—preguntó Maximiano.

—Señor, vengo á suplicar humildemente á vuestra imperial justicia que me asegure la pronta posesion de la porcion que me toca de los bienes de Inés. Yo la acusé de cristiana, y convencida del delito acaba de sufrir su justa pena.

—Está muy bien: mas hemos sabido así mismo que por tu torpeza y crueldad de siempre la cosa fué muy mal, y ha sido causa de que el pueblo esté prevenido contra nosotros. Así pues cuanto mas pronto libres esta pieza, el palacio y la ciudad del hedor de tu presencia, tanto mejor para tí. Me has comprendido? Estos avisos no acostumbro á darlos dos veces.

—Obedeceré prontamente toda indicacion

de vuestra voluntad suprema. Pero yo me encuentro cuasi arruinado: mande vuestra divinidad darme lo mio, y parto al momento.

—No charles mas: vete de aqui luego al punto. Lo que insistes en pedir con tanta obstinacion, no es ni puede ser tuyo, habiendo nosotros donado con auto irrevocable todo el haber de Inés á la noble Fabiola, persona meritísima.

Fulvio no replicó mas palabra, y en haciendo reverencia al Emperador, se retiró con lento y mesurado paso. Veíase pintada en su semblante la horrible calma de un hombre desesperado. Por el camino iba repitiendo entre si.—Ella pues me ha reducido ademas á la mendicidad.—Llegado á casa, Euronas que comprendió al momento como habia salido la empresa, quedó asombrado de verlo tan tranquilo.

Resolvieron incontinenti dejar á Roma aquel mismo dia y volverse en mal hora al Asia. Ya habian vendido lo mas y mejor que tenian en piedras preciosas, en muebles y esclavos; en cuanto á la deuda de algunos centenares de sextercios que dejaban sin pagar en los bancos de los usureros Israelitas en el arco de Jano, bien se dá á entender cuánto les inquietaria este pensamiento! Acabadas todas las prevenciones, se citaron

para el tercer [miliario fuera] de la puerta Latina, donde se reunirían con los caballos de viage despues de oscurecer. En este intermedio, Eurotas se fué al cuartel de los archeros Numidas para recojer de la Señora Yubala algunos frasquitos y botellas que la habia encargado para aquel dia, donde la hechicera habia echado un fuertísimo veneno. Fuvio por su parte se marchó tambien por un negocio que le tocaba de cerca, y el cual deseaba en gran manera llevar á cabo antes de partir de Roma.

Mas ya es tiempo de que volvamos á Fabiola. Quizás espere el lector hallarla ya cristiana, al menos con el afecto; pero sentimos deberle anunciar que aun no lo es todavía. Ni esto debe asombrar á nadie que reflexione que el nombre cristiano no era aun ni podia ser para Fabiola otra cosa que un nombre, no ya vil, es verdad, ni odioso como ántes, ántes bien reverenciado y querido, ennoblecido como se ofrecia á su vista por Sebastian é Inés, cuya virtud y sabiduría mas que humana tenia en tan alta estima; pero todavia, repetimos, nada mas que un nombre, cuya divina significacion estaba aun tan distante de su comprension, que no podia hacer de él un objeto de decidido amor y de firme eleccion, abrazando su

profesion. Qué sabía ella en verdad de los dogmas y misterios sublimes, de los sacramentos y de los preceptos, de la institucion y jerarquía divina del cristianismo? Los nombres de María, de José, de Pedro y Pablo y Juan, éranle todavía desconocidos ó bárbaros, por no decir nada de aquel Nombre sacrosanto y divino que es la fuerza y dulzura de todos los creyentes. Inés bien merecia ciertamente la gloria de obtener con su sangre la conversion de su prima, á la cual sin duda alguna contribuyó en gran parte, asi como Sebastian; mas no habia allí por ventura quién podia presentar un derecho mas antiguo á semejante gloria, quién antes que otro ninguno habia con asiduo celo iniciado la obra, quién por acabarla habia sacrificado su libertad y estaba pronta á sacrificar hasta su vida, la cual, si era mas vil á los ojos del mundo, no por eso era menos preciosa á los de Dios?

Fabiola, fatigada de los trabajos del dia y de la noche precedente, habiase reducido á su doméstica soledad, y aquí sin poder en manera alguna cojer el sueño ó el sosiego, se habia abandonado á los dolorosos pensamientos y reflexiones saludables que le inspiraban la recientísima y repentina pérdida de los dos objetos mas queridos que sobre la

tierra tenia, muertos ámbos por la fé de Cristo. Mas ni la solitaria paz de su dolor pudo gozar por largo tiempo. Pues hé aquí que de improviso se le presentó delante un sugeto, al cual, como se habia anunciado por enviado del Emperador, no se le pudo negar la entrada. Era nuestro Corvino, el cual con villanesca gracia y con palabras largamente estudiadas pero malísimamente encargadas á su pobre memoria, la venia á ofrecer un rescripto imperial, los bienes de Inés, su rendimiento y su mano. Fabiola no comprendió bien lo que quería decir, ni como se ajustasen la una oferta con la otra, y así sin mas le respondió rogándole diese de su parte las mas humildes gracias al Emperador, á quien vería de ofrecer sus homenajes en persona tan pronto como se sintiese algun tanto restablecida. Corvino, todo confuso, añadió balbuceando que aquellos bienes habian recaido en el fisco, pero que Tertulo su padre los habia alcanzado para ella.

—Oh! no era menester, respondió Fabiola; de muy atrás estaban ya legados á mi, y se hicieron míos desde el momento que— un sollozo que se esforzó en reprimir, le cortó á este punto la palabra—desde el momento que cesaron de ser de otro, ni el fisco ha podido jamas incorporárselos.

Corvino quedó hecho una estatua: por fin recapacitando un poco, pronunció como pudo ciertas frases de cumplimiento y de petición dirigidas á que lo contase entre los aspirantes á su hermosa mano, frase que Fabiola entendió ó quiso entender como si la pidiese no se que en premio de haberla llevado un documento tan importante. En consecuencia le respondió, que no dejaría ella de pagarle largamente toda su deuda, (pero que sintiéndose en aquel momento muy fatigada y dolorida, le rogaba la dejase en paz por entónces; y con esto le despachó hasta contento, tomando el bonachon por condescendencia á sus deseos las últimas palabras de la matrona.

Fabiola, no bien dió una rápida ojeada al pergamino que sobre la mesa habia dejado Corvino, volvió á las dolorosas y caras memorias de aquellos dos que ocupaban entónces su pensamiento, y estuvo asi meditando y triste hasta el caer del dia, cuando para trasponerse el sol faltaba poco menos de una hora. Sus pensamientos vagaban ora aquí, ora allá, de un punto á otro de las recientes escenas, de que habia sido espectadora y parte: por último, habíanse fijado en la accion traidora de Fulvio y en el encuentro que aquella mañana habia tenido con él

en el Foro. La fresca memoria y la escitada fantasía le encendieron en el ánimo á semejante recuerdo una pasión tan vehemente, que la hizo por fin desfogarse, diciéndose en alta voz á sí misma.—Gracias al cielo! al menos no tendré que volver á ver mas aquella cara de bribon.

Apenas habia proferido estas palabras, cuando haciendo con la mano sombra á sus ojos é incorporándose sobre el sofá donde se hallaba tendida, se puso á mirar atentamente hacia la puerta de donde le habia llegado un ligero ruido. Deliraba ella en febril exaltacion, ó veia realmente con ojos dispiertos y sanos? Presto la sacó de la duda el oido, cuando oyó.—De gracia, Señora, quién es aquel que honrais con tan corteses saludos?

—Vos cabalmente, Fulvio.—dijo ella, poniéndose con dignidad en pié.—Cómo aquí? de esta manera pues no se ven libres de vuestras intrusiones, no ya las salas y las prisiones, pero ni las mas secretas habitaciones de una matrona, y lo que es peor, los retiros mismos del dolor de aquella á quien habeis arrebatado sus objetos mas queridos? Id de aquí al momento, si no quereis que os haga arrojar ignominiosamente á la fuerza.
—Sosegaos, Señora, y sentaos de gracia,

contestó el otro: esta es mi última visita; pero debemos ajustar juntos ciertas partidas importantes. En lo del gritar ó pedir socorro, es inútil penseis en ello: vuestras órdenes de dejaros sola son perfectamente respetadas por vuestros siervos. Ninguno os oirá.

Así era en efecto. Fulvio, al presentarse á la puerta de la casa donde era conocido, y previendo que en semejante coyuntura no sería admitido de otra manera, habíase anunciado él también por enviado de la Corte: y diciendo al portero que no le era menester guía ninguno, como práctico que era del aposento de Fabiola, se había introducido enteramente solo por las desiertas salas hasta el retirado gabinete de la ama.

Sentándose pues frente á Fabiola, comenzó con tranquila ferocidad á entrar en materia, y á explicar la causa de esta su inesperada visita.

Trayendo á la memoria todas las pasadas escenas desde aquella primera tarde del convite donde se habían por vez primera conocido, vomitó contra ella un mar de quejas y de calumnias echándola toda la culpa de haberle deshecho entre las manos el plan por él tan deseado de las bodas de Inés, y mezclando con las inicuas acusaciones, denuestos

y amenazas. Luego la reprochó la infamia de que le habia aquel mismo dia cubierto en pleno Foro, llamándole espía, la ruina á que le habia arrastrado, la necesidad á que le habia reducido de huirse furtivo y precipitadamente de Roma, y mas que todo, en fin, la iniquísima rapiña, decia él, con que le habia arrebatado la parte que se le debia de los bienes de Inés, y la sanguinaria recompensa de un delito que tantos remordimientos le habia costado. La altanera Romana sostuvo con intrépida dignidad de respuestas y de continente la violencia del asalto; mas éste, creciéndole á cada momento el furor de la cólera y la desesperacion de la venganza que mostraba en sus ojos inflamados, en la espuma que blanqueaba sus labios, y la biliosa palidez de su semblante, llegó á poco trecho á los términos estremos. Y como Fabiola fatigada ya de rechazar con palabras tan villano asalto, se pusiese en pié como para desurdirse de sus insolentes furias, Fulvio la asió por el brazo, y oprimiéndosele con una fuerza de loco.—Escucha, pues, la dijo, las últimas palabras que voy á decirte, si no quieres que sean las últimas que hayas de oir en tu vida. Devuélveme los bienes que tan injustamente me has usurpado: no es justo que yo haya consumado el crimen y que tu goces

el premio: Cédemelos con tu rescripto como en libre y espontánea donacion, y parto. Donde nó, firmado has tu sentencia.

A estas palabras sintió Fabiola que se alzaba en su corazon toda la soberbia de su pecho romano, y la grandeza del peligro que la amenazaba solo sirvió para hacerla mas intrépida y esforzada. Con dignidad de matrona se recogió en derredor del cuerpo su anchuroso vestido, y luego habló de esta manera.

Fulvio, oye mis palabras, que serán acaso las últimas que yo hable, pero que de seguro son las últimas que yo te digo. Yo cederte los bienes de Inés? Antes que á ti los daría al primer leproso que encontrase en la calle. De todo cuanto pertenece á aquella celestial doncella, no permitiré jamas que tu toques nada, ni siquiera una paja, cuanto menos una perla! tu tacto la contaminaria. Si tu quieres oro, toma de mi naveta cuanto te plazca; pero de lo que fué de Inés, no hay tesoro que baste cerca de mi para comprar la mas pequeña parte. Otro tesoro me legó mas precioso para mi que su herencia. Me ofreces como á Inés la noche pasada, la eleccion entre ceder á tu demanda ó morir. Pues bien; Inés me ha legado el ejemplo de la eleccion. He aqui mi última respuesta: partíos.

—Si, hé! dejándote rica con lo que es

mio, dejándote el triunfo de haberme vencido: tu honrada, y yo infame; tu rica, y yo por puertas; tú feliz y yo miserable? Ah! no: jamás! Si yo no puedo deshacerme del estado á que me has reducido, puedo al menos quitarte que seas lo que no mereces. Por esto he venido aquí: este es el dia de mi Nemesis. Muere pues!

Diciendo esto, habia venido echándola hácia atras con la mano izquierda hácia el sofá de donde se habia levantado, en tanto que con la derecha convulsa andaba buscando en su seno no sé que entre los pliegues de la toga. Asi como acabó la última frase, la derribó con ímpetu sobre el sofá, y la sujetó por los cabellos. Ella no hizo resistencia, no dió un grito, ya porque en la pasion de aquel fiero momento se sintió ofuscada como de una niebla de deliquio, ya porque un noble instinto de dignidad no la permitió consolar con el mas pequeño signo de temor la cobardía de un enemigo tan despreciable. Al cerrar los ojos vió un no sé que brillar sobre su cabeza, sin poder decir si era el brillo del acero ó el centellar de sus ojos furibundos. Un instante despues sintióse oprimida y sofocada como de un gran peso sobre el cuerpo, y que un líquido caliente la bañaba corriéndole por el pecho.

Una voz suave, pero llena de fuerza le sonó al oído, que decía. — Detente, Oroncio, yo soy tu hermana Miriam!

Fulvio, con voz sofocada por el furor, respondió. — Mientes: déjame mi víctima.

Pocas palabras en una lengua desconocida á Fabiola pronunciadas en debilísimo tono, sucedieron á las primeras. Luego sintió que quedaban libres sus cabellos, oyó el golpe de un hierro arrojado al suelo, y á Fulvio que al salir del aposento, gritaba desesperadamente. — O Cristo! esta es tu Nemesis!

Fabiola volvió en sí, pero sentía crecer sobre ella aquel peso. Con un pequeño esfuerzo se libertó de él, y hé aquí que vió tendida en el suelo á su lado otra persona que parecía muerta y toda cubierta de sangre.

Era la fiel Sira, que se habia arrojado entre el cuerpo de la ama y el puñal del hermano.

CAPITULO XXIV.

La Catecumena.

EL primer cuidado de Fabiola fue restañar la sangre que en abundancia salia de la herida de Sira, sirviéndose al efecto de lo primero que halló á mano. Entretanto acudieron de todas partes sirvientes y esclavos, despertados y aterrorizados por los gritos del portero, quien al ver salir con tanta precipitacion á Fulvio como si fuese un loco con algunas manchas de sangre en los vestidos, habia dado el grito de alarma en toda la casa. Fabiola no permitió que entrasen en la habitacion sino su antigua nodriza Eufrosina y la esclava Graya, que hacia mucha estimacion y compañía á Sira desde que no se hallaba Afra, que le comunicase su venenosa hiel. Al mismo tiempo mandó llamar á su médico Dionisio, que, como digi-

mos en otra parte vivia en la casa de Inés, y era el mismo á quien solia recurrir Sira en sus enfermedades.

A luego que cesó de salir la sangre, volvió en sí la pobre herida, y por un instante abrió lánguidamente los ojos con una dulce sonrisa dirigida á Fabiola para la que parecia renacer. Llegó en esto Dionisio, y habiendo examinado la herida, no la juzgó grave por el presente. El asesino habia dirigido el golpe al corazon de Fabiola, pero la buena esclava, que no obstante la prohibicion de su Señora, habia estado todo el dia oculta cerca de ella, para aprovechar la primera ocasion que se le ofreciese de secundar los impulsos de la gracia, que no podian menos de haber despertado en su ánimo los sucesos de la mañana, en el momento que desde una habitacion contigua oyó los furiosos gritos de una voz que le era muy conocida, habia acudido á la entrada del gabinete de Fabiola, donde se mantuvo oculta detras de las cortinas, hasta que, llegado el momento terrible, en el acto en que Fulvio compujó á Fabiola hácia el sofá, Sira lo siguió calladito por la espalda, y cuando levantó el brazo para dar el golpe, ella, dando una vuelta rapidísima, se arrojó entre él y la víctima. El golpe, pues, desviado algun tanto por el

empuje que ella dió al brazo asesino, vino á caer sobre su cuello, abriendo en él una profunda herida.

No hay necesidad de esplicar cuánto costaria á Sira este sacrificio; pero lo que mas sintió, lo que mas le costó fue el horror de haber de estampar sobre la frente de su hermano, la márca de Cain haciéndolo parricida. Pero queriendo salvar á su Señora por la que toda entera se habia ofrecido á Dios, mas no bastando para salvarla ni el luchar á viva fuerza con el asesino, mucho mas fuerte que ellas, ni el gritar pidiendo socorro, tomó el único partido que le restaba, que fué el de ofrecerse por víctima, recibiendo en su propio cuerpo el acero de Fulvio. Para impedir, sin embargo, en cuanto fuera posible, la consumacion del delito, se manifestó en aquel momento á Fulvio; no creyéndola éste al principio, Sira le dijo en el nativo idioma siriaco ciertas palabras, recordándole una de las mas íntimas circunstancias de sus tragedias domésticas; recuerdo tan terrible para Fulvio, que en aquel momento hubiera querido sepultarse siete estados debajo de tierra, para ocultar su vergüenza y remordimiento.

Dionisio, despues de haber vendado bien la herida, despues de haber dado á Sira algu-

nos confortativos que del todo la hicieron volver en sí, ordenó que la dajasen descansar, y que de cuando en cuando le suministrasen las dosis de los remedios que prescribió.— Mañana, dijo, volveré á verla muy de madrugada, pues tengo que hablar á solas con ella.—Y diciendo en voz baja á la enferma algunas palabras que produjeron en ella una sonrisa angelical, se retiró. Fabiola habia puesto á la esclava en su propio lecho; y mandando á Eufrosina y Graya que no se separasen de la antesala para estar prontas á cualquiera necesidad, se reservó para sí sola el privilegio de asistir á la enferma. Oh! cuánto habia cambiado aquella altiva y soberbia Fabiola que hemos visto en el principio de esta historia. Apesar de haber pasado un dia tan agitado, quiso velar toda la noche sin separarse de la cabecera de Sira. Mas facil es imaginar que espresar con palabras los pensamientos y afectos que conmovieron su ánimo y su corazon en aquella noche. El heroismo del sacrificio de la esclava habia sido para el alma generosa de Fabiola un golpe que la habia conmovido y despertado en ella un tumulto de nobles afectos; y reflexionando sobre las sublimes máximas que con frecuencia habia oido á Sira, y viéndolas ahora puestas en práctica, llegó á inferir

que la sabiduría y religion de Sira debia ser divina, puesto que sublimaba y trashumana-
ba tan admirablemente los pensamientos y
las obras de los hombres colocados en la con-
dicion mas vil; y no se contentaba de vanas
teorias como la filosofía del paganismo, sino
que inspiraba tan heróicas virtudes. De aquí
es que entró en deseos de conocer mas á fon-
do los secretos de esta divina religion; y pro-
puso entrar en conversacion mas íntima con
su esclava acerca de este asunto, cuando és-
ta mejorase algo: entretanto no cesaba Fa-
biola de dar á Sira las mayores pruebas de
amor y solicitud; en cambio Sira correspon-
dia con una suave mirada, con alguna dul-
ce sonrisa, que aunque mudamente conso-
naban con la secreta elocuencia de los sen-
timientos que leia en el corazon de Fabiola.

Al amanecer del dia siguiente volvió Dio-
nisio, y encontró á la enferma bastante me-
jorada: pidió que los dejaran solos; y entón-
ces estendiendo sobre la mesa un blanco lien-
zo, y encendiendo dos velas, sacó del seno
una rica bolsa de tela recamada, de la que
sacó un coponcito de oro que descubrió y co-
locó sobre la mesa. Despues con el acostum-
brado rito y oraciones tomó del copon una
forma de aquel Pan celestial que Sira desea-
ba tan ansiosamente, y mojando primero en

un poco de agua la puso en sus labios medio abiertos. Sira la tomó, y por algun tiempo quedó absorta en contemplacion juntamente con el venerable Dionisio, quien para con Sira cumplia el doble oficio de médico y de Sacerdote, que se lee ahora en su tumba.

Todo aquel dia pasó la enferma en un dulce estásis de alegrías celestiales, que de cuando en cuando se manifestaban en su semblante, como un exuberante flujo que inundaba y rebosaba de su alma. Fabiola que no acertaba á separarse de su lado, y que estudiaba todos sus movimientos, aunque no sabia cual era la causa de tan grande júbilo como notaba en Sira, se alegraba mucho de ello, esperando que contribuiría no poco para su pronta curacion. Por la tarde, despues de haberle servido un poco de caldo, le dijo sonriéndose;—Sira; me parece que ya estas mucho mejor. Tu médico ha debido darte alguna medicina milagrosa.

—Oh! verdaderamente milagrosa, mi amada Señora, verdaderamente milagrosa!

—Al nombre de Señora, se anubló el semblante de Fabiola; y acercándosele mas, añadió amorosamente.—Oh! por favor! no me llames así. Yo ya no soy tu ama ó dueña, lo que intentaba ha mucho, acabo de cumplirlo ahora.

Ya he mandado hacer la escritura solemne de tu emancipacion, no como liberta, sino como ingenua. Tu ya no serás para mi Sira, la esclava, sino Miriam la amiga y querida hermana de Fabiola.

Una tierna mirada de reconocimiento y de amor fué la respuesta de la enferma, á la que nosotros llamaremos tambien con su verdadero nombre de Miriam.

Habiendo vuelto por la noche Dionisio, la halló tan mejorada, que ordenó la diesen algo mas de alimento, y la permitió tener algun rato de tranquila conversacion. Al momento se aprovechó Fabiola de este permiso, y cuando quedó sola con Miriam, lo primero que hizo fué dar completo desahogo á los vivísimos afectos de gratitud que sentia para con ella, no tanto decia, por haberme salvado la vida, cuanto por el magnánimo sacrificio que hiciste de ti misma, y por el maravilloso egemplo de aquella virtud que ha podido inspirarlo.

—Yo no he hecho otra cosa, respondió Miriam, sino cumplir mi deber. No teniais vos derecho á mi vida aunque no fuera necesaria para salvar la vuestra?

—Asi te parece á ti, añadió Fabiola, que te has educado en una escuela, que mira los actos mas heróicos, como simples debe-

res; mas por lo que á mi toca, no encuentro uno mas noble y generoso que este. Cuanto mas pienso en ello, mas admirada y confusa quedo; no puedo comprender que la virtud humana pueda elevar tan alto su heroismo.

Miriam que estaba medio incorporada sobre el lecho, pretó entre las suyas las manos de Fabiola, y con una espresion de voz suave pero seria la dijo:—Amable Señora mia, escuchad con atencion.—No para rebajar el sacrificio que vos apreciáis tanto, sino para mostraros cuán lejos estamos [todavía de la cima del heroismo, es por lo que me habeis de permitir os espese un ejemplo semejante; pero donde las condiciones están completamente cambiadas: Sea un esclavo.—Oh! no os entristecereis al oír este nombre; esta será la última vez que lo pronuncio.—Si: un esclavo; pero el mas brutal, desconocido y rebelde para con el mas amable y generoso de los amos.

Esté pendiente sobre la cabeza de este esclavo el golpe, no de un asesino sino de un ministro de la justicia.

Qué diriais, ó qué nombre dariais á la virtud de aquel amo que por puro amor y solo con el fin de redimir aquel desgraciado esclavo corriese á precipitarse bajo el golpe

de la espada, dejando al mismo esclavo por heredero de todos sus títulos y tesoros, con orden espresa que se le tratase y mirase como á su propio hermano?

—O Miriam, Miriam! Tu me pintas aquí un heroismo demasiado increíble de un hombre; ni con ese puedes eclipsar el tuyo, porque yo hablo de una virtud *humana*; para el hecho que tu describes, seria menester si posible fuera la virtud de un Dios!

Miriam estrechó vivamente contra su seno la mano de Fabiola, y fijando sobre su rostro atónito una mirada llena de entusiasmo celestial, con serena y solemne espresion la respondia, —*Luego Jesucristo que hizo todo esto por el hombre era verdaderamente Dios.*

Fabiola se cubrió el semblante con las dos manos, permaneciendo algun tiempo en silencio, mientras que Miriam por su parte, rogaba fervorosamente por ella. Finalmente—Miriam, la dijo, te doy gracias del fondo de mi alma por haber cumplido la promesa que me hiciste de ser mi guia y mi maestra. Ya há tiempo que yo sospechaba que eras cristiana, pero ahora veo claramente que tienes y no podias menos de tener al Dios de Inés y de Sebastian. Dime, pues, las tremendas y dulcísimas palabras que

acabas de pronunciar y que han quedado grabadas en lo mas profundo de mi corazon, son una sola parte de la doctrina cristiana, ó no contienen mas que la sustancia y la esencia.?

Entonces Miriam comenzó á esplicarle por órden los grandes misterios de la caida del hombre y de la redencion de Cristo, que verdaderamente es como el nucleo y centro de toda la economia del cristianismo. A las preguntas que Fabiola le hacia con el deseo de penetrar las nieblas con que se presentan á los ojos de la razon humana el misterio del Hombre-Dios. — Fabiola, respondió Miriam, otros maestros mas doctos que yo bajo cuya direccion os pondré, satisfarán en lo posible los justos deseos de vuestro sublime entendimiento. Por ahora prestareis fe á lo que yo supiera deciros y esplicaros?

—Miriam, contestó Fabiola con énfasis; *quien está pronto á morir por otro, no querrá ciertamente engañarlo.*

—Y precisamente con esa reflexion, añadió Miriam, habeis espresado el gran principio de nuestra fe. Os espondré pues con toda sencillez la que Jesucristo, que verdaderamente ha muerto por nosotros, nos ha enseñado. Dareis pues crédito á mi palabra, como á la de un testimonio fiel, y aceptareis

la suya como palabra de un Dios infalible.

No nos estenderemos á referir todo el discurso de Miriam escuchado por Fabiola con aquella atencion y reverencia con que se escuchan y acojen los oráculos del cielo. Cuando la enferma calló, y fatigada se abandonó á un dulce reposo, la ferviente discípula quedó sumergida en aquellos sublimes pensamientos, y cuanto mas se engolfaba su mente en aquel nuevo y maravilloso mundo de ideas que le habia abierto la elocuente sencillez del Evangelio, tantas mas luces, bellezas y armonías descubria. No solamente se hallaba estasiado su entendimiento, tambien sentia inundado su corazon de celestiales y jamás experimentados afectos. El ejemplo inefable del anonadamiento de un Dios hecho hombre y muerto en la Cruz por hombres pecadores y rebeldes, y el heroico sacrificio de Miriam habian acabado de domar el nativo orgullo de su alma pagana; y cuando Miriam pasado algun tiempo, despertó, encontró echada á sus pies á su señora, que en aquella humilde postura habia sido vencida del sueño. Miriam comprendió el significado y el mérito de este acto, y por ello dió fervorosas gracias á Dios. Fabiola se despertó; y creyendo que Sira no la habia visto, se retiró en silencio á su ca-

ma, y no porque se arrepintiese de aquella humillacion, para la que habia sufrido una secreta y evidente lucha, antes por el contrario se gozaba de ello como de un triunfo; pues su corazon era ya enteramente cristiano.

A la mañana siguiente encontró Dionisio á las dos amigas, (pues tales las habian hecho en verdad los nuevos vínculos de afecto) encontró, deciamos, á las dos amigas radiantes de alegria, de lo que quedó agradablemente admirado sorprendido, y Miriam le esplicó de una vez el misterio, diciendo. — Venerable Sacerdote del altísimo, yo confio á vuestro paternal cuidado esta *catecumena* que desea instruirse en los misterios de nuestra santa fé, y ser reengendrada en las aguas de la salud eterna.

—Cómo? exclamó Fabiola, con que no sois médico?

—Si lo soy, hija mia, respondió el venerable anciano; pero al mismo tiempo llevo aunque indignamente el sublime carácter de Sacerdote en la Iglesia de Dios.

Fabiola se postró inmediatamente á sus pies, y le besó la mano. Dionisio puso su mano sobre la cabeza de la catecumena, y la dijo. — Alégrate y realégrate, ó hija, porque no eres tú la primera de tu familia que ha-

ya llamado Dios á su santo aprisco; hace ya muchos años que fuí llamado á este mismo lugar por otra sirvienta que ya no vive, bajo color de médico, pero en realidad para bautizar pocas horas ántes de su muerte á la esposa de Fabio.

—Mi madre! exclamó Fabiola; murió de parto, apenas me dió á luz! Y murió de veras cristiana?

—Si: y no dudo que su espíritu ha estado siempre á tu lado con el ángel de tu guarda, hasta procurarte esta feliz ocasion, y que sin cesar habrá estado ofreciendo sus súplicas por tí en el trono de las misericordias de Dios.

Quién podrá referir el júbilo que á esta inesperada revelacion inundó las almas de las dos fervientes amigas? Dionisio entretanto fué preparando todo lo necesario á la instruccion de Fabiola, para que recibiese el bautismo en la próxima Pascua. Juntamente con ella habian de bautizarse su nodriza Eufrosina y la esclava Graya con la niña Emerenciana que ya se hallaba adscrita entre los catecumenos, y que habia sido adoptada como hija por Fabiola despues del martirio de Inés su hermana de leche.

CAPITULO XXV.

Aventuras de Miriam.

EL imprevisto descubrimiento del vínculo que unia á Miriam con Fulvio habia despertado en Fabiola un vivo deseo de conocer su historia, y porque estrañas aventuras habia caido en esclavitud: á lo que satisfizo Miriam, contándole toda la serie de sus vicisitudes: por no alargarnos demasiado, las compendiaremos brevemente.

Algunos años antes del 302, en que principia nuestra historia, vivia en Antioquia un rico Señor, que llevando una vida fastuosa mas de lo que permitian sus intereses, en aquella grandiosa y opulenta ciudad, habia contraido deudas de mucha consideracion. Habíase casado con una señora de gran virtud, que se hizo cristiana, y que, como tal se mantuvo al principio en secreto, pe-

ro despues públicamente, á pesar de los obstáculos que le oponia el marido.

Tubieron dos hijos, un varon y una hem-
bra que fueron educados por la madre. El pri-
mero que se llamaba Oroncio aunque desde
niño habia aprendido de su madre las má-
ximas y doctrina cristiana y habia frecuen-
tado las iglesias y reuniones que tenian
los cristianos, no habia querido recibir el
bautismo; asi creciendo con los años las pa-
siones y el desenfrenado amor del libertinage,
se habia entregado á todos los vicios de la
edad, y á las perversas inclinaciones de su
índole astuta, terca y ambiciosa, enrique-
ciendo al mismo tiempo su ingenio pronto y
agudo con todas las doctrinas y ornatos pro-
pios de una fina educacion. Los tristes egem-
plos del padre, y el ódio que tenia al nombre
cristiano sofocaron bien pronto en Oroncio
las buenas semillas de la educacion mater-
na, de tal suerte, que salió uno de los mas
corrompidos jóvenes paganos.

El reverso de la medalla era su hermana
Miriam, tres años menor de edad, que habien-
do permanecido siempre bajo el cuidado de
la madre, descuidada por el padre, como
muger, y dejada pacíficamente en poder de
sus religiosos caprichos, como él solia decir,
hizo admirables progresos en todo género de

virtudes cristianas, procurando al mismo tiempo adornar su mente con variados conocimientos, lo que era fácil conseguir en una metrópoli tan culta, en la que florecían en aquel tiempo muchos brillantes ingenios aun entre los mismos cristianos.

Murió la madre dejando á los hijos ya bien adultos; pero previendo la ruina en que la prodigalidad del padre precipitaria á la familia, quiso dejar á su Miriam una subsistencia segura é independiente. Legó pues á Miriam por su testamento toda su rica fortuna, mandándola como su última voluntad, que por ningun caso permitiese se enagenase nada de su herencia, ni entrase á hacer parte comun del patrimonio doméstico.

No tardaron á realizarse las previsiones de la madre: los acreedores apretaban, y la ruina era inminente, cuando apareció de improviso un personaje misterioso que se llamaba Eurotas, conocido solamente del padre, del que era hermano. Este sostuvo por algun tiempo la casa; pero viendo por una parte que su carácter áspero y siniestro lo hacia inepto para gobernarla, y ardiendo por otra en un deseo desmedido de enriquecer y levantar á un grado superior su familia, resolvió dedicarse al comercio, dirigiéndose al efecto al interior del Asia, de

donde volvió pasado algun tiempo con una rica ganancia en oro y piedras preciosas. A su vuelta encontró nuevamente á su hermano medio arruinado, por lo que tuvo con él amargos y violentos altercados: mas prevaleciendo en él mas la ambicion de la nobleza y crédito de la familia, que la avaricia, pagó de su bolsillo todas las deudas, y puso en algun arreglo la familia, de la que vino á ser el amo absoluto.

Pocos años despues murió el padre; en los últimos instantes llamando á Oroncio á su cama, le manifestó que nada propio podia dejarle; que de todo era dueño absoluto su tio Eurotas á quien lo dejaba recomendado: Asi el infeliz jóven, en la flor de su edad, y en lo mas bello de sus dorados sueños de ambicion y de libertad, cayó en poder de este feroz y desnaturalizado viejo, el que por primera condicion le impuso una absolutísima obediencia á su voluntad, con el espreso mandato de atender con todos los medios al fin comun de reconquistar para la familia esplendor y riquezas, sin reparar en los medios, fueran ó no honestos ó iniquos, dignos ó villanos. A la muerte del padre se descubrieron nuevos abismos de deudas que habia contraido en oculto; para pagar las cuales, y salvar al mismo tiempo

un capital suficiente para tentar fortuna en otra parte no bastaba el vender todo lo que habia en casa. Entónces el triste viejo puso los ojos en la herencia materna de Miriam, y comunicando su pensamiento á Oroncio, formaron entrambos el plan de arrebatársela. Y como por un lado nada valiesen las insinuaciones y arterías de los dos cómplices, ni por otro les agradaba, y mucho menos satisfacian las generosas pero prudentes ofertas de la sábia doncella, Eurotas dijo resueltamente al jóven, que era necesario deshacerse de quien así se atravesaba, y servia de obstáculo á sus designios.

Oroncio se horrorizó al pensamiento de un fratricidio; y como los hermanos del casto José, buscó un medio menos inicuo para conseguir su intento. Le ocurrió pues una estratagemata que le pareció infalible. Sabia el sumo aprecio en que los cristianos tenian la sacrosanta Eucaristía, que en aquellos tiempos conservaban por privilegio en sus casas custodiándolas con gran reverencia en un blanco lienzo llamado *Orarium* envuelto en alguna preciosa telay encerrada dentro de una estipeta ó arquilla como la llama San Cipriano. Conocia Oroncio perfectamente el lugar y la arquilla en que solia guardarse el celestial tesoro, primero por la madre, y

ahora por Miriam que continuaba sus devotas prácticas. Un día pues, puso su mano sacrílega dentro del arquilla, y dejando todo lo demás, se llevó el pan consagrado. Mas quién podrá decir como quedó Miriam cuando á la mañana siguiente al amanecer, despues de haber hecho una fervorosa oracion delante de su tabernáculo doméstico, lo encontró abierto y vacío? Lo mismo que la Magdalena en el sepulcro, lloró Miriam amargamente por que le habian arrebatado su Señor y no sabia donde lo habian puesto: tambien Miriam miró de nuevo á ver si estaba su amado, pero no encontró mas que una carta que en su primera confusion no habia advertido. La carta decia, que lo que buscaba estaba salvo en poder de su hermano, y que podria redimirlo. Al instante corrió á él, y lo encontró en estrecha conversacion con el viejo: se echó á sus pies, y le suplicó llorando le devolviese el tesoro que mas apreciaba en el mundo. Oroncio estaba ya para ceder á las lágrimas de la hermana; pero Eurotas fijando en él dos ojos de fuego, lo contuvo, y volviéndose á Miriam.—Pues bien dijo: tomamos acta de tus palabras, y queremos ver si tu fé es de buen temple: Quiéres redimir lo que buscas?

—Si: á cualquiera precio con tal que yo

salve de la profanacion al Santo de los Santos.

—Pues firma este papel.—Miriam tomó la pluma, y dando un vistazo al escrito, lo firmó sin más.

Era una cesion entera de toda su legítima materna á Eurotas, sin que en ella se hiciese mencion de Oroncio; quien viéndose arrebatado asi la presa cogida por su astucia, se puso furioso, pero no pudo hacer sino morder la cadena conque ahora mas que nunca lo tenia amarrado el inicuo viejo.

Miriam fue tratada por algun tiempo con benignidad y consideraciones cariñosas, pero despues se empezó á hablarle de salir de Antioquia; diciendo Eurotas que tenia intencion de ir con Oroncio á la ciudad imperial de Nicomedia. Entonces ella pidió la llevasen á Jerusalem donde entraria en alguna comunidad de virgenes. Convinieron en ello; pero la hicieron embarcarse en una nave cuyo capitan, despues de hallarse en alta mar, en lugar de costear hácia Jope ú otro puerto de aquellas riberas, se dirigió no se sabe hácia qué tierra lejana ni con qué designio. Los pocos pasajeros que iban en la embarcacion comenzaron á murmurar y disputar con el capitan, pero una horrorosa tempestad que de improviso se levantó, cortó todas las

disputas, y la nave lanzada de acá para allá por los vientos, vino por último á estrellarse contra un islote próximo á Chipre. Miriam se salvó en la orilla, y atribuyó su salvacion al sacrosanto viático, que segun el uso de aquellos tiempos, llevaba en el viaje suspendido al cuello, y que fue el único tesoro que le quedó. Los pocos que como ella se salvaron, no habiéndola visto mas, la creyeron muerta con el mayor número, y por muerta la dieron cuando á su vuelta á Antioquia refirieron el suceso.

Algunos bárbaros isleños, acostumbrados á vivir con la ganancia de estas presas, la recogieron medio muerta, y despues la vendieron á un traficante de esclavos, que la llevó á Tarso en tierra firme. Aqui fue vendida á un ilustre personage que la trató con bastante bondad. De allí á poco tiempo, habiendo encargado Fabio á uno de sus agentes en Asia que á cualquier precio le procurase una esclava de buenas condiciones, una esclava civilizada y virtuosa que pudiera servir á su única hija, vino Miriam á Roma con el nombre de Sira para traer la salud á la casa de Fabiola.

Siguiendo ahora nuestra interrumpida historia, Fabiola dividia el tiempo y sus pensamientos únicamente entre el cuidado de la

enferma, y el de prepararse para recibir el bautismo. Para adelantar la curacion, creyó que le aprovecharia mucho el aire puro y libre de la campiña, y con este objeto la trasladó á su granja Nomentana, sitio ahora muy agradable á las dos, porque muy cerca de él descansaban las sagradas reliquias de su Inés sepultada en un *cubiculum* de aquel cementerio, que desde entonces tomó su nombre. Asi, desde el mismo balcon de Miriam se veia el lugar en que estaba la tumba tan querida. La enferma no obstante aunque curada de la herida, en vez de adquirir fuerzas, se iba debilitando de dia en dia, consumida poco á poco por una lenta fiebre ética, que se manifestaba por muchos síntomas, por el color de cera de sus carnes, por el débil encarnado de los pomulos de sus carrillos, por la tos ligera pero seca y pertinaz, por la debilidad y enflaquecimiento de toda su persona; pero por ninguno eran menos advertidos estos síntomas que por Fabiola, cuyo amor le cegaba de tal suerte, que no los veia.

Entretanto, despues de las acostumbradas instrucciones y preparaciones necesarias á los catecumenos, pero abreviadas entonces por la persecucion, llegó para Fabiola y sus compañeras el suspirado dia del bautismo.

Solo se echaba de menos á la niña Emerenciana, que pocos dias antes habia prevenido el rito de la sagrada regeneracion con el bautismo de sangre con que habia sido bautizada. Porque encontrándose una tarde por casualidad en un grupo de jóvenes que en las orillas del próximo rio tenian sus orgias paganas, y habiendo no solo resistido á sus excitaciones para que participase de aquellas orgias, sino echádoles en cara y reprendido su impiedad, habia sido apedreada por ellos, hasta que acogiéndose toda llena de sangre á la cripta de Inés, para orar como solia en su tumba, perseguida allí mismo por los jóvenes, descargaron sobre ella tantas piedras, que la dejaron muerta; despues los cristianos la dieron sepultura al lado de su amada Inés.

Al amanecer pues de aquel Sábado Santo, salieron de la granja juntas todas las catecumenas, y dando la vuelta por los muros de la ciudad, se encaminaron al punto opuesto, donde siguiendo un poco la via Portuense, y despues metiéndose por entre una viña próxima á los jardines de César, bajaron al cementerio de Ponciano, famoso por las tumbas de los Santos Mártires Abdon y Sen. Aqui pasaron el dia en fervientes súplicas y preparaciones hasta empezar el oficio solemne para celebrar aquella festividad. Llegado

el tiempo de la administracion del bautismo, por una larga y pendiente escalera fueron llevadas al bautisterio, que era una gruta profunda escavada en la viva peña, donde habian sido recogidas las claras y frescas aguas de una fuente subterránea en una pila cuadrada, de cuatro ó cinco pies de profundidad. Fueron pues bautizadas con la triple inmersión segun el rito antiguo, y despues recibieron el sacramento de la confirmación, y de allí á poco se las admitió por la primera vez á la mesa eucarística, y fueron alimentadas con el pan de los angeles.

Llenas de inesplicable alegría, y de aquel gozo celestial que el mundo no puede dar ni conocer, salieron las fervorosas neófitas de los agradables horrores de las catacumbas el dia solemne de la Pascua, y se volvieron por el mismo camino á la granja Nomentana. Fabiola corrió á la habitacion de Miriam, y arrojose á su cuello con un ferviente abrazo.

Pero Dios que siempre alterna y templa á sus elegidos las alegrías con las tristezas, preparaba á Fabiola una dura prueba, y le exigía un sacrificio el mas costoso á su corazón. En aquel abrazo de que acabamos de hablar conoció la primera vez por el afán de la respiración el estado grave en que se encontraba la enferma. Lisongeándose sin em-

bargo, todavía, y esforzándose por echar de sí toda aprension siniestra, se contentó con enviar á decir á Dionisio que viniese á visitarla al dia siguiente. Entretanto hizo preparar el solemne banquete de la Pascua, el que presidió con Miriam á su lado en medio de sus esclavas convertidas, juntamente con las esclavas de Inés, todas las cuales habia querido quedasen á su servicio; y no se acordaba, decia, de haber gozado jamás una cena mas alegre y deliciosa.

La mañana siguiente Miriam llamó á Fabiola á su lecho, y con una extraordinaria dulzura de amor, la dijo. —Carísima hermana mia, qué hareis cuando yo os dejare?

La pobre Fabiola estupefacta, llena de amargura y de dolor.—Oh! quieres pues dejarme? Yo habia esperado que viviríamos siempre juntas como hermanas! Mas si tu has resuelto abandonar á Roma, no podré yo acompañarte, al menos para asistirte y servirte?

—Miriam se sonrió tristemente, y tomando la mano de Fabiola con las lágrimas en los ojos le señaló el cielo. Fabiola comprendió: pero no pudiendo resistir tan doloroso pensamiento, procuraba persuadirla por todos los medios, que el caso no era enteramente desesperado, y aun dado que lo fuese, que

suplicase á Dios, la concediese una vida mas larga, que Dios no le negaria esta gracia.

Pero la enferma, moviendo la cabeza, no triste, no; sino toda gozosa respondió: No os hagais ilusiones, Fabiola; Dios me ha conservado hasta este dia que yo tanto deseaba; pero ahora, El me llama, y con sumo gozo respondo á su llamamiento. Se muy bien que está para completarse el número fijo de mis dias.

—Si al menos no fuese tan pronto!—dijo Fabiola sollozando

—No será mientras vos lleveis ese vestido blanco, respondió Miriam; por que sabiendo que hareis mi duelo, no quisiera quitaros ni una sola hora vuestra mística blancura.

En el entretanto vino Dionisio, y encontró á la enferma, que hacia bastante tiempo no habia visto, bastante empeorada. Como él habia sospechado, la insidiosa punta del puñal, chocando en el hueso se habia replegado hácia la pleura y le habia herido, por lo que se habia desarrollado una pronta tisis que acabaria con tan preciosa vida. Dionisio pues se vió obligado á confirmar los pronósticos de Miriam. Fabiola, herida del mas vivo dolor, fue á desahogarse llorando en la tumba de Inés para alcanzar valor y fortaleza en su amargo sacrificio. Volvió en efec-

to mas resignada y tranquila, y aproximándose á Miriam.—Hermana mia, la dijo con voz firme, cúmplase la voluntad de Dios! Cuando le plazca, estoy pronta á perderte á tí tambien. Ahora te suplico, me digas, cuál es tu última voluntad.

Miriam elevó la vista al Cielo, y respondió.—Sepultadme á los pies de Inés, y quedaos para guardar nuestro sepulcro rogándole por mi hasta que llegue un peregrino de Levante portador de buenas nuevas.

El Domingo siguiente, que era la Dominica in albis, celebró Dionisio por especial privilegio los santos misterios en la habitacion de Miriam; le administró la Sagrada Eucaristía por Viático, y despues la Estrema Uncion. Fabiola, despues de haber asistido con todos los suyos á estas ceremonias, acompañándolas de lágrimas y oraciones, fué á la próxima catacumba para asistir á los divinos oficios, despues de los cuales, quitándose el vestido blanco, volvió á Miriam vestida de luto.

—Ya ha llegado la hora! dijo Miriam, tomando la mano á Fabiola. Perdóname hermana, añadió, si te he faltado ú ofendido en algo, ó no te he dado el ejemplo que debia.

A estas palabras Fabiola no pudo resistir mas, y prorrumpió en un amargo llanto. Mi-

riam la animó y dijo.—Cuando ya no pudiese hablar, aproximame á los labios el signo de nuestra salud. Y tu, buen Dionisio, acuérdate de mi en el sacrificio del altar, cuando hubiere muerto.

Dionisio oró á su lado, y ella respondia, hasta que le faltó la voz; pero todavia movia los labios y los apretaba amorosamente sobre la cruz que le deban á besar. Su serena y gozosa mirada alternaba de la cruz al Cielo, volviéndose algunas veces, como para despedirse de las personas amadas que dejaba en tierra. Finalmente, habiendo levantado la mano derecha á la frente, y llevádola despues al pecho, la dejó caer, espirando en el acto de hacer el signo de nuestra salud. Una sonrisa celestial iluminó su semblante, que aun despues de muerta respiraba la paz y la alegría de los justos.

Flabiola la lloró con largo duelo; pero esta vez su llanto era templado con aquella esperanza celestial que nace de la fé en Jesu-Cristo.

CAPITULO XXV.

El Peregrino de Levante.

QUINCE años han transcurrido desde la última escena que hemos descrito, y la faz del Imperio y la de la Iglesia ha cambiado enteramente. A Maximiano Hercúleo que terminó sus días estrangulándose con sus propias manos, á su cólega Diocleciano que se habia visto obligado á abdicar el mando, á Galerio Maximino y Maxencio, cruelísimos perseguidores de los cristianos, y que todos han muerto miserablemente, ha sucedido Constantino el Grande, que enarbolando su glorioso labaro, plantó la cruz en el mismo trono de los Césares. A los tiempos de persecucion y de sangre, ha sucedido una era feliz de libertad, de paz y de triunfo. La Iglesia saliendo de los horrores de las cárceles y de las catacumbas, reina ahora en los templos y esplendidas Basílicas, manifestando

toda la pompa de su divino culto, dilatando rápidamente por todo el mundo sus conquistas, y desarrollando con admirable sabiduría y felicidad todas las partes de su organización.

Si nuestro lector se dirige con nosotros fuera de la puerta Nomentana á la Granja que ya le es bien conocida, encontrará los jardines y huertas de Fabiola convertidos en paseos, castillos, mármoles y columnas. Porque Constancia hija de Constantino, habiendo orado en la tumba de Santa Inés para obtener la curacion de una úlcera venenosa que la devoraba, y habiendo alcanzado lo que pedia, pagó su deuda de gratitud á la Santa mártir, haciendo erigir sobre su sepulcro la suntuosa Basílica que todavia subsiste. Los fieles sin embargo tenian siempre libre el acceso á la cripta de la Santa, y continuamente concurrían á ella multitud de peregrinos de todas las partes del mundo.

Sucedió pues un dia, que volviendo ya tarde Fabiola de la ciudad en la que habia estado ocupada sirviendo á los enfermos en el hospital que habia fundado en su misma casa, volviendo, decimos, á su granja Nomentana, el guarda ó sea como se llamaba el *fossor* del antiguo cementerio, salióla al encuentro con un aire de singular conmo-

cion, y la dijo.—Señora, creo firmemente que ha llegado ya por fin aquel peregrino de Levante que hace tanto tiempo estais esperando.

Fabiola que siempre habia conservado vivas en la memoria las últimas palabras de Miriam, le preguntó con ánsia.—Y dónde está ahora?

—Se ha marchado, respondió Torcuato.

Fabiola inclinó la frente triste y pensativa.

—Pero de dónde infieres, añadió, que sea verdaderamente el peregrino que yo esperaba?

—Torcuato respondió.—Esta mañana observé entre la multitud un hombre de unos cincuenta años, pero consumido y encanecido antes de tiempo por las penitencias y aflicciones. Tenia una barba larga, y vestia á la manera de los orientales con una capa que usan los monges de aquellos paises. Cuando llegó á la tumba de Inés, se postró en el suelo, y se entregó á un tal desahogo de llantos, gemidos y suspiros, que todos los presentes se han conmovido y lo consolaban diciendo.—Hermano, grandes deben ser tus desgracias, pero no llores asi: la Santa es muy piadosa, y todos rogaremos á ella por tí.—Pero él estaba inconsolable: yo decia para mi, no hay mas que un solo hombre

que ante una Santa tan graciosa pueda entregarse á tales extremos de desolacion.

—Sigue, sigue, dijo Fabiola: qué ha hecho despues?

—Levantóse despues de un largo rato, y sacando del seno un hermosísimo y flamante anillo lo dejó sobre la tumba: y á mi me parece haber visto hace muchos años este anillo.

Y despues?

—Despues acercándose á mi y conociendo el oficio por mi vestido, sin mirarme á la cara y como temblando me preguntó.—Hermano, sabrás decirme donde está por aqui la sepultura de una doncella de Siria, que se Hamaba Miriam?—Yo sin moverme le señalé la tumba. Entonces despues de una afanosa pausa y con voz conmovida, añadió.—Y sabes de qué murió?—De consuncion, le respondí yo. Sean dadas gracias á Dios! exclamó, como aliviado de una pena cruel; y fue á postrarse delante del sepulcro que le habia indicado. Allí permaneció llorando y gimiendo mas de una hora: acercándose finalmente al túmulo, besó con afectuosa reverencia la losa y se retiró.

—El mismo, el mismo es, Torcuato, exclamó con viveza Fabiola. Pero por qué no lo has detenido?

—Ah Señora! No me hé atrevido desde

que le ví el semblante, no me quedó gana de volverlo á mirar; pero estoy seguro que volverá, porque se ha dirigido hácia la ciudad.

—De todos modos es necesario encontrarlo, añadió Fabiola. Oh Miriam, Miriam!— Tu morias teniendo un presagio tan consolador!

A la mañana siguiente se dirigió el peregrino al Foro, buscando el banco de un tal Efraim judío y famoso usurero: tropezó con un grupo de gentes del pueblo que estaban divirtiéndose y haciendo burla de uno á quien tenían en medio; era un hombre de no mucha edad, pero calvo y envejecido antes de tiempo, sucio, desmesuradamente grueso, cara amoratada por los excesos de la crápula, el cual por su modo de andar vacilante, y mirar entre estúpido y feroz, se conocia se habia embriagado en aquel mismo dia. Nuestro peregrino hubiera pasado adelante sin hacer caso de la turba, si no hubiera llegado á sus oídos el sonido de un nombre que le era muy conocido.—A ti, Corvino, gritaba á carcajadas la plebe, á tí Corvino, á tí la pantera de Pancracio. Enfurecido el borracho con estas voces, se puso á seguir á la chusma rugiendo y amenazando.

El peregrino movido á piedad, lo siguió

de lejos hasta el coliseo, donde, llegado que hubo á la casa de las fieras, que todavia se conservaban para que entre ellas combatiesen en el anfiteatro, oyó de improviso un grito agudísimo y feroz. Corrió, y encontró á Corvino todo ensangrentado al pie de una gavia en la que estaba una fiera pantera. El miserable, atraído por aquel funesto instinto de curiosidad que suele empujar á ciertos monomaniacos hácia el objeto fijo de sus terrores, se habia acercado demasiado á la gavia, provocando confiadamente á la fiera con voces y ademanes: rabiosa la fiera se habia arrojado contra él, y habiendo á través de los barrones de la gavia alcanzado con sus garras el cuello de Corvino, le habia hecho en él una horrible herida. Inmediatamente fué llevado á su casa que distaba poco, á donde le siguió el peregrino, dándose prisa y esmerándose en servirlo y curarlo. Pero lo que mas le importaba era el alma de aquel infeliz; por lo que dándose á conocer y refiriéndole su conversion, procuró con todo el celo que le fué posible, asistirlo en su curacion temporal, para instruirlo en la fé cristiana. El pobre hombre lo escuchaba con docilidad, y parecia dar alguna esperanza; mas cuando el peregrino llegó á hablarle del bautismo y de las aguas regeneradoras en que debia ser

bautizado, entró el enfermo en un delirio tan furioso, que se lanzó contra el amigo para destrozarlo, y comenzó á delirar tan espantosamente, que bramaba á manera de fiera, vomitando las mas atroces blasfemias. El peregrino conoció que el infeliz estaba tocado de hidrofobia, contraida en la herida que le habia hecho la rabiosa pantera. A duras penas él y un viejo esclavo que se encontraba en aquella miserable casa, pudieron domar aquel dia los impetus de furia en que entraba en sus rabiosos accesos, hasta que, á la noche, el desgraciado, quitándose en un violento acceso de furor el vendage, y brotando por la herida un copioso chorro de sangre, murió miserablemente: ejemplo funesto del fin que aguarda á los perseguidores impenitentes!

Al otro dia, el peregrino, despues de haber concluido en el Foro mas facilmente que lo que pensaba el negocio, que lo condujera la mañana anterior, y del que lo habia desviado la desgracia de Corvino, se fué en derecha á la Granja Nomentana: y despues de haber orado algun tiempo en la cripta de Inés, acercóse mas sereno al guarda. — Torcuato, le dijo con la familiaridad de antiguo amigo, podré hablar á la señora Fabiola?

—Si por cierto, respondió éste; Fabiola os

está esperando; venid conmigo por aquí. — Y lo llevó hasta dentro del jardín de Fabiola, donde ella estaba sentada junto á la fuente; y señalándosela, se retiró el *fossor*.

Fabiola, viendo adelantarse el peregrino tan esperado, le salió al encuentro, revolviendo en su imaginacion mil recuerdos. El peregrino con profunda humildad y franca sencillez la saludó y dijo, — Señora, jamás me hubiera atrevido á presentarme á vos, si á ello no me obligasen un deber de justicia, y muchas deudas de reconocimiento.

—Oroncio, respondió Fabiola, os debo dar este nombre? (el peregrino hizo una señal afirmativa) vos no podeis tener para conmigo otras obligaciones que las que nos impone S. Pablo, á saber, las de amarnos unos á otros en Jesucristo.

—Estos son los sentimientos de vuestra bondad; pero yo bien sé cuanto es el rigor de mi deuda; yo bien se cual debe ser mi gratitud por el tiernísimo afecto que tuvisteis para con *aquella* que ahora es para mi mas que hermana, cumpliendo liberalmente con ella aquellos oficios de amor fraterno que yo habia despreciado.

—Lo que fue ocasion de que en ella encontrase yo al ángel de mi vida. Acordaos, Oroncio, que José fue vendido por sus her-

manos, porque él debía salvar á toda su estirpe.

—Vos sois, Señora, demasiado afable y buena para un malvado como yo. No insistiré en daros gracias por *aquella* que os pagó con beneficios tan preciosos; pero os soy deudor por lo que habeis hecho en favor de quien no merecia sino castigos.

—No os entiendo, respondió Fabiola.

—Pues bien: Todo os lo contaré con franqueza. Hace muchos años que pertenezco á una de aquellas comunidades de la Palestina que viven en el desierto en ayunos y penitencias, dividiendo el dia entre las alabanzas divinas y el trabajo de manos. No habeis oido hablar nunca de estos hombres?

—La fama de Pablo y de Antonio no es menos grande en Occidente, que en Oriente, respondió Fabiola.

—Pues bien; el discípulo mas grande de Antonio ha sido mi maestro, la guia de mi dura y nueva vida de espiacion. Pero en medio de las dulzuras y la paz de mi arrepentimiento, sentia siempre en el corazon una espina secreta, que me atravesaba: era el remordimiento de una deuda de mucha consideracion que al huir de Roma habia dejado sin pagar, y que por el acumulamiento de los intereses debía haber crecido desme-

didamente. Mas cómo podría satisfacer tan grande obligacion yo pobre monge? No me restaba mas que un solo espediente; el de venderme por esclavo á mi acreedor: y á este me atuve. Esta mañana he buscado en el Foro á su hijo, he examinado con él nuestras cuentas pasadas; y con la mas grande sorpresa encuentro, que vos hace tiempo las habiais saldado todas completamente. De justicia pues, oh Fabiola! de justicia soy vuestro esclavo, y como tal me entrego á vos, y como tal os serviré de rodillas; y al decir esto, se arrodilló humildemente á sus pies.

—Ah! levántate, levántate, dijo Fabiola, volviendo la cara hácia atrás, y derramando abundantes lágrimas. Tu no serás mi esclavo, sino mi hermano amado en nuestro Dios y Señor.—Hizo que se sentase junto á ella cerca de la fuente, y hablando familiarmente le dijo.—Oh! ten la bondad Oroncio de referirme los sucesos de tu vida que te han hecho abrazar este género de penitencia.

Oroncio la satisfizo; y mezclando de cuando en cuando á las palabras algunos suspiros y lágrimas, la fue refiriendo todas sus aventuras, que reduciremos á compendio. Despues de aquella noche funesta en que huyó de Roma, Eurotas y Oroncio se dirigie-

ron á Brindis, despues á Chipre y Palestina, en donde tentaron diversos géneros de tráfico, pero siempre con tan mala fortuna, que en lugar de enriquecerse, cada dia se empobrecieron mas. Entonces Eurotas instigó á Oroncio para que se hiciese delator de los cristianos, aprovechándose de las persecuciones que entonces eran tan terribles. Pero Oroncio se resistió, rebelándose por primera vez contra su tirano doméstico. Rabioso Eurotas por esta rebelion, trató de vengarse, y sacando un dia como de paseo á Oroncio, lo llevó á un valle remoto y solitario. Aquí le recordó que era llegado ya el tiempo de cumplir el juramento que ambos habian hecho de no sobrevivir á la ruina de su familia: y sacando al efecto dos botellas de veneno, se bebió la una alargando la otra al compañero. Este se negó á beberla; pero el infame viejo lo apretó con un furor de maniaco, y echándolo en tierra y poniéndolo boca arriba, derramó á viva fuerza en su garganta todo el veneno que pudo. Desde aquel momento Oroncio perdió el sentido; y cuando volvió en sí, se encontró en una gruta al lado de un venerable anciano de barba blanca. Por éste supo que Eurotas habia muerto, y que él era Ilarion nativo de Gaza, que despues de haber pasado muchos años en

Egipto con el Santo anacoreta Antonio, habia vuelto aquel mismo año á su patria, para establecer en ella la vida cenobítica, contando ya muchos discípulos que viven esparcidos por las próximas grutas, alimentándose de solo pan y agua. La caridad de estos cenobitas, su serena piedad y el ejemplo de la santa vida ganó de tal modo el ánimo de Oroncio, y la memoria de la madre y hermana reavivaron de tal manera en su corazón las semillas, no muertas pero si apagadas de aquella divina religion que en su niñez habia aprendido, que resolvió abrazar la fe cristiana, y despues de las necesarias preparaciones, recibió el Santo Bautismo en la vigilia de la Pascua.

—Oh! Somos, pues, doblemente hermanos, exclamó al oír esto Fabiola; somos hijos gemelos de la iglesia; porque tambien yo renací en aquel mismo dia á la vida eterna. Y ahora cuáles son, Oroncio, vuestros desig-nios?

—Volver á Gaza para vivir entre mis hermanos del desierto, ya que aqui he cumplido felizmente el doble objeto de mi peregrinacion, que era satisfacer mi deuda, y tributar el debido homenaje á la tumba de Inés.

—Pero teneis bastante para los gastos de un camino tan largo? preguntó Fabiola.

—Tengo mas que lo que puedo necesitar en la caridad de los fieles, y en las cartas de recomendacion que me ha dado el Obispo de Gaza. Aceptaré sin embargo de vos un vaso de agua y un pedazo de pan.

Y diciendo esto, entraron en casa, donde Oroncio admiró la sencillez de las habitaciones que tan grande contraste formaba con el lujo espléndido que antiguamente habia visto en las mismas habitaciones. Pero bien pronto llamó vivamente su atencion un riquísimo relicario que vió en una urna, adornado de perlas, y cubierto con una cortina preciosamente recamada, que no dejaba ver sino la cornisa. Aproximándose algo mas, leyó este epígrafe:

SANGRE DE LA BEATA MIRIAM,
DERRAMADA
POR MANOS CRUELES.

Oroncio palideció; despues se puso encarnado como una grana, y empezó á vacilar como si padeciese vértigos. Fabiola que lo percibió se le acercó mas, y tomándolo del brazo, le dijo con inefable dulzura.—Oroncio! aquí dentro se ocultan tales recuerdos, que á los dos nos deben llenar de igual confusion; pero no deben asustarnos. Y al decir

esto tiró la cortina. Oroncio vió dentro de una custodia de cristal una almohadilla riquísima, y sobre ésta cruzados dos instrumentos agudos, cuyas puntas estaban manchadas de sangre: en el uno reconoció su propio puñal, y el otro le pareció uno de aquellos punzones que sabia usaban las damas romanas para castigar á sus esclavas.

—Los dos, dijo Fabiola, hemos herido, y derramado la sangre de *aquella* que ahora honramos como hermana en el cielo. Mas por lo que á mi toca, desde aquel dia empecé á sentir las primicias de la divina gracia: y, vos, Oroncio, qué decis?

—Lo mismo: desde el momento que le di ocasion para un sacrificio tan heróico como el que egerció con vos, desde el mismo momento, comencé tambien á sentir sobre mi la mano de Dios, que piadosa me ha conducido al arrepentimiento y al perdon.

—Tal es siempre, concluyó Fabiola, el modo suave con que sabe obrar la divina misericordia. El egeemplo de Jesucristo ha producido muchos mártires, el egeemplo de los mártires nos guia á Jesucristo. La sangre de los mártires ablanda nuestros corazones, la de Jesucristo los santifica. Los mártires piden gracias para nosotros, y Jesucristo nos las concede. Quiera Dios que la iglesia en

sus dias de paz y de triunfo recuerde siempre, y jamás desmienta cuanto debe á la era de sus mártires! En cuanto á los dos, que hemos visto esta era, y el heroismo de muchos mártires, no olvidemos jamás que á ellos somos deudores de nuestra regeneracion y de nuestra eterna salud.

Dicho esto, se postraron juntos y juntamente oraron ante el relicario; despues se despidieron para no volverse á ver ya en la tierra.

De allí á pocos años empleados en el fervor de una asperísima penitencia durmió Oroncio el sueño de los justos; y un verde sepulcro sombreado por las palmas en un oasis del desierto de Gaza, mostraba á los viajeros el lugar de su descanso. Igualmente despues de algunos años llenos de virtud y de merecimientos, con una muerte feliz voló Fabiola á gozar con Miriam y con Inés las inefables dulzuras de la eterna paz.

FIN.

que tras de mí y de pronto recuerdo a mi
pre y punto de partida cuando daba a la era
de una máquina. En cuanto a los dos que he
más visto esta era y el momento de trabajo
máquina no olvidaría jamás que a ellos se
nos deberíamos de pagar, regulación y de
pagar estas cosas.

Dicho esto se postaron juntos y juntos
nosotros en el momento de salir después se
despidieron para ir a volver a ver en la

hora de la tarde.

De allí después nos empleamos en el for-
vor de una gran máquina de trabajo. Cuando
Orlando el dueño de los animales y un verde
apuntó a salir por las puertas en un os-
ta del momento de salir a las ma-
nadas de los animales. Finalmente
después de haber estado un tiempo de vigilia y
de haber estado con un hombre que vino
había a ver con un animal y con los las
máquinas que se usaban para...



Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000340420





LA
FABIOLA

R

8574